JULIEN GRACQ

Los ojos del bosque

Traducción de Jaqueline Conte & Rafael Conte



La novela se sitúa en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial. El joven oficial francés Grange recibe el encargo de defender una posición aislada en las Ardenas ante el eventual avance de las tropas alemanas. Durante el invierno de 1939-1940 vive la extraña calma de la drôle de guerre, una espera suspendida en el tiempo bajo la sensación de que una amenaza oscura se aproxima.

Aislado en su búnker, Grange se desprende progresivamente de los vínculos que lo unían a su vida anterior y descubre una existencia nueva, casi fuera del tiempo. El encuentro con Mona, y con el bosque que rodea su refugio, le abre la posibilidad de recuperar una especie de paraíso perdido. Pero la Historia, que Grange intenta mantener alejada, terminará por irrumpir violentamente en ese mundo suspendido.

Julien Gracq

Los ojos del bosque

Título original: *Un balcon en forêt*
Julien Gracq, 1958
Traducción: Jacqueline Conte & Rafael Conte
Ilustración de cubierta: *La conquista del filósofo*. Metafísica, 1914, de Giorgio de Chirico

PRÓLOGO

A lo largo de toda su vida, Julien Gracq ha sido siempre aquel hombre que uno de sus más antiguos amigos, Armand Hoog, describía en cautividad a finales de mayo de 1940: «Solo entre aquellos millares de hombres, un teniente de infantería permanecía acostado apaciblemente entre el tumulto; era Julien Gracq … En el campo de Hoyerswerda, Gracq fue para todos nosotros un motivo permanente de irritación, de admiración… No nos gustaba nada aquel campo, aquella angustia del hambre, aquella miseria totalitaria. Que no nos hablen más de mística de la comunidad; ya hemos tenido suficiente. Pero aquel Gracq, el más individualista, el más anticomunitario de todos, el más feroz detractor de Vichy, soportaba cuanto ocurría allí dentro como si lo sostuviera su desprecio, *sin dejarse herir*».

Es más difícil herir a los solitarios, me digo yo ahora. Llevo días aquí completamente solo en este hotel-albergue de las Ardenas, llevo días tratando de aprender en la soledad a no ser más zarandeado por las heridas de la vida mundana. En el horizonte vislumbro cierta posibilidad de alcanzar algún día el ritmo de la envidiable vida serena y dúctil que lleva Gracq desde hace ya mucho tiempo en su retiro de Saint-Florent-le-Veil, su casa natal junto al río Loira.

Confío en volver a vivir pronto en la discreción y la tranquilidad en la que se desarrolló mi primera etapa como escritor, volver a los

días en que Marcel Duchamp —cuyas tomas de posición ante la vida y el arte creo que tienen puntos en común con Gracq— era mi modelo existencial. Discreción, geometría, clasicismo, elegancia y calma. En el horizonte todo esto y también el que un día pueda contestar como Duchamp cuando ya tenía una cierta edad y le preguntaron cómo se encontraba: «Estoy muy bien. … He sufrido las molestias que asaltan a todas las personas que tienen mi edad: ¡atención! Soy muy feliz».

Refugiarme en las Ardenas, por otra parte, está significando para mí *revivir* las circunstancias de silencio y de retiro por las que atraviesa la vida del oficial francés Grange a lo largo de *Los ojos del bosque*, esa novela que transcurre en las Ardenas y de la que se me encargó escribir un prólogo, que es el que ahora, tras unos tranquilos días de estudio de la vida y obra de Gracq y con el tiempo sublimemente paralizado, estoy ya escribiendo. La verdad es que no ceso de recibir lecciones de entereza literaria a cada momento, del mismo modo que no paro de ponerme en la piel de Grange, quieto ahí en las Ardenas, con el tiempo de su vida completamente suspendido. Gracq es absorbente. Cuando llegué aquí, creía conocer a este gran escritor, pero empiezo a ver que no era así. Gracq es interminable. Cuanto más me adentro en su hierática obra de prosa señorial y brillante pensamiento medieval, más fascinado y sorprendido me encuentro por el mundo de este clásico en vida (su obra está ya en La Pléiade), por el mundo de este sabio que es el patriarca más venerado de las letras francesas, el número uno de ellas («sigue siendo el Jefe», escribían el otro día en *Le Monde*), el maestro indiscutible, el escritor menos moderno de nuestro moderno mundo actual.

Afuera, la pesada lluvia de las Ardenas comienza a caer, pero su tamborileo, mientras escribo estas líneas, resulta apagado por la nieve. Mi albergue está cerca de toda esta zona que en 1940 fue el escenario de lo que se dio en llamar *la drôle de guerre* y que es el escenario de la búsqueda interior del joven oficial francés Grange. Estoy bien cerca de los lugares donde transcurre la acción de esta

novela que Gracq publicó en 1958 y que fue la última de las suyas, pues tras ella se desvió del camino narrativo («ya no más novelas, el género exige una energía vital, una fuerza, una convicción que me faltan») adentrándose en sus cuadernos de notas, muy especialmente en los *Carnets du grand chemin* y en otras obras fragmentarias de orden ensayístico. Y así hasta el día de hoy. Hasta el día de hoy cuando, por cierto, cumple noventa y cinco años, y aquí hasta la lluvia de julio parece celebrarlo.

La llamada *drôle de guerre* (es decir, la ridícula «guerra de chiste» o «guerra de coña») empezó en septiembre de 1939 cuando Alemania invadió Polonia y los pactos defensivos que unían a los polacos con Francia llevaron a este país a realizar en las Ardenas operaciones dirigidas contra un enemigo imaginario, operaciones o movimientos fantasmas del ejército francés que terminaron en mayo de 1940 y en los que participó, como oficial francés, el propio Gracq, concentrado en una misión absurda, en pie de guerra ante un enemigo que parecía tener un balcón con grandes vistas al bosque y estar cómodamente al acecho, pero sin la menor intención de asomarse por alguna parte. Gracq participó en esa conflagración y acabó prisionero, sostenido por ese imponente desprecio del que hablaban sus amigos y por esa serenidad y desapego que son uno de los rasgos más importantes de su carácter literario.

En los últimos tiempos, ese *desapego* de Gracq y ese quiebro a las heridas de la vida y ese saber soportar lo insoportable se manifiesta incluso en la manera lúcida en que, sin complacencia aunque con cierto asomo de ironía, hace su autorretrato en *Carnets du grand chemin*: «El mosaico de bienes raíces minúsculos que me pertenece, disperso y fragmentado por todo un cantón, me ha anclado a este terruño con lazos que nunca he roto, que en realidad nunca he intentado romper. Atribuyo a esta ascendencia vendeana mi carácter hogareño, mi desconfianza hacia los rostros desconocidos, el conservadurismo estereotipado de mis costumbres, el confinamiento en un círculo de relaciones reducido, sobre todo familiar, el placer de decir *no*; en una palabra, ese *dejadme en paz y*

pasad de largo que fue —dejando a un lado todas las motivaciones sociales y religiosas— el motor definitorio del levantamiento vendeano de 1793».

No es Gracq precisamente un artista o un escritor portátil. Como él mismo dice, la falta de movilidad es el precio que ha pagado por la sólida vinculación a la tierra que este arraigo le ha proporcionado. «Nunca he tenido mucho que ver con las especies que viven al aire libre», dice. Con estas declaraciones de principios, el tono de Gracq ya está dado. Como dijo una vez, en frase célebre, su amigo André Breton: «Con este autor nos encontramos en la encrucijada de la poesía, la geografía y la historia». De todas formas ese autorretrato de Gracq en el que habla del mosaico de modestos bienes que le pertenece tiene algo de extraño si pensamos que es el autorretrato de un escritor que apenas descubre su pensamiento, que pretende ser discreto, que rechaza los hábitos literarios de su tiempo, que se niega a aparecer en las pantallas de televisión (considera que la imagen está reñida con la literatura, a la que sólo puede deformar), que insiste en que sus contados visitantes no reproduzcan sus palabras en forma de entrevista.

En su deseo de preservarse, de no ser molestado, de decir no, en definitiva, en ese «dejadme en mi rincón y pasad de largo» que Gracq atribuye a su ascendencia vendeana, se oyen, por supuesto, los ecos de Hölderlin y de Robert Walser. Ecos que conviven con los de los antepasados del escritor, aquellos que golpearon en sus tierras a las tropas de la Convención. De hecho, Gracq es un experto en resistir a París. Basta recordar cuando en 1950 rechazó el premio Goncourt, el más ambicionado galardón de las letras francesas. Su resistencia fue tal que, ante la insistencia del jurado en darle de todas formas el premio, llegó a acusarlos —yo creo que con toda la razón del mundo— de «abuso de poder».

Es asimismo un resistente de la escritura desde su legendaria *La littératura a l'estomac* («La literatura en el estómago»), ese profético panfleto de 1951, hoy en día tan asombrosamente vigente cuando denuncia la degradación galopante de la literatura de nuestros

tiempos y predice el *circo* mediático. En el Gracq de *Los ojos del bosque* (como perfectamente le será dado a observar al lector en esta perfecta, refinada, cuidadísima traducción de Jacqueline y Rafael Conte) hay siempre una búsqueda casi maniática de la palabra exacta, algo que a veces incluso tiene un aspecto exasperante para quien lo lee: lo que otros buscan, Gracq lo encuentra infaliblemente; es un admirable cazador de palabras, aunque su perfeccionamiento minucioso es en ocasiones tan admirable como turbador. Como muy bien se observa en la lenta exposición de los episodios sonámbulos de *Los ojos del bosque*, Gracq emplea siempre el tiempo que sea necesario en esforzarse por reflejar el más mínimo matiz, por fugaz que sea. Es un sorprendente paisajista, por ejemplo. Sitúa al paisaje como mínimo a la misma altura que los personajes. Busca describirnos el color del cielo a cierta hora del día, el paisaje descubierto en un recodo de la carretera, la forma de una hoja o de un árbol. Es siempre un paseante en constante alerta, tan en alerta como lo está el joven Grange, oficial francés emboscado literalmente en un tiempo paralizado. A lo largo de la absurda *drôle de guerre*, Grange no sabe nunca qué signo va a manifestarse, pero sólo espera el signo, se podría decir que vive para el signo, para la señal emboscada en el ojo invisible del enemigo del bosque. Grange me recuerda al narrador de *Nadja*, el emblemático texto de André Breton, el hombre cuyas palabras de aliento y de admiración en 1938 hacia *En el castillo de Argol* de Gracq (le bautizó como «el novelista del surrealismo») dieron el espaldarazo al entonces joven autor de Saint-Florent-le-Veil.

Sostiene Christopher Domínguez Michael —creo que con evidente acierto— que esa licencia bretoniana habla más del tradicionalismo profundo del sumo pontífice del surrealismo que del propio Gracq, pues en realidad el autor de *Los ojos del bosque* poco tiene —por no decir nada— de experimental y lo que traía a colación con su castillo de Argol era nada menos que la leyenda del Santo Grial, tratada con una sagrada seriedad que hoy desconocen los Brown de turno. Lo

que revelan los elogios de Breton es lo mucho que había en el surrealismo de solidez (en contraste con otros miserables *ismos* del siglo pasado), lo mucho que en el fondo había de clasicismo y de feliz regreso al simbolismo medieval. Para Gracq, nos dice Domínguez Michael, más que buscar un objeto milagroso, ir tras el Grial es cifrar la esencia de la condición humana.

En cualquier caso, al igual que el narrador de la surrealista *Nadja*, el oficial Grange está siempre a la espera de la aparición de un signo, a la espera de una señal. Recomiendo que la lectura de este libro de Gracq se haga siempre en un literario estado de alerta, siempre a la búsqueda del mayor número de señales dispersas a lo largo de la aparentemente tenue acción. Puede que lleguemos a descubrir entonces que el famoso «placer de la lectura» está emboscado en la espesura de las mejores líneas de este libro casi perfecto en el que nos es dado presenciar, con la lentitud precisa, cómo el oficial Grange rompe todas las ataduras que tenía con el pasado para situarse en una especie de isla donde *robinsoneará* hasta situarse en el centro mismo de un lugar ideal, con todo el tiempo en suspenso: un espacio iniciático, simbolizado por el búnker, donde acabará accediendo a una vida casi irreal, dichosa en su presente inmóvil. Los momentos, a partir de ese instante, tendrán tal fuerza que hasta anularán el exterior, la guerra de risa. El bosque y lo femenino se complementarán perfectamente cuando Grange encuentre a Mona y la serenidad de ésta le lleve a situaciones de felicidad edénica que permitirán que al final quede sólo en pie lo esencial de la condición humana, y con ella los escasos pero suficientes elementos con los que está escrita esta obra esencial.

Termino de escribir esto y luego contemplo cómo cae la noche sobre esta región tan bella, pero también tan sombría. Da un cierto pánico aquí siempre la caída de las sombras nocturnas. Hasta le entró ese miedo al imperturbable y poco sentimental Julio César, que en sus *Comentarios de la guerra de las Galias* anotó en pleno centro de las Ardenas: «El bosque es sombrío y lleno de terrores».

Por si esto no fuera poco, las Ardenas son también un país sombrío porque son la tierra por excelencia de las catástrofes militares (tres en los últimos cien años), siendo la última esa dolorosa *drôle de guerre* en la que, en contrapartida —añado ahora para sacudirme ciertos terrores nocturnos y trasladarlos a otro, al personaje de Gracq, por ejemplo—, un hombre llamado Grange conoció la más angustiosa despedida de la felicidad cuando se detuvo a escuchar el silencio que había alrededor de la casa de Mona, la mujer amada a la que ocho días antes él había dejado. Las techumbres rígidas de los muros parecían volver la noche mucho más nítida y hueca. Notó que el silencio era absoluto, pero ya no era el del bosque. Era como un silencio viudo. Recordó cuando conoció a Mona y ella le dijo: «¡Soy viuda!». «¡Qué historia!», pensó. Su breve aventura de guerra había terminado. Un vacío fantasmal lo rodeaba. Dentro de un rato, me digo yo ahora, levantaré la manta hasta mi cabeza y me dormiré en este albergue sombrío. El mundo, como la guerra, se deslizarán entonces a lo lejos. Irá con ellos el vacío y el grito de la zumaya en la linde más cercana a los ojos de este bosque lleno de terrores. Yo quiero pensar que marcho, en cualquier caso, hacia el «soy muy feliz» y el sereno retiro gracquiano. Y con esa idea hasta la lluvia de afuera me calma, como la nieve a su vez calma a esa lluvia.

Enrique Vila-Matas

He! ho! Waldhüter ihr
Schlafhüter mitsammen
So wacht doch mindest am Morgen

[¡Eh! Guardianes del bosque,
guardianes más bien del sueño,
velad al menos la aurora]

WAGNER
Parsifal

Una vez que su tren hubo atravesado los suburbios y humaredas de Charleville, al alférez Grange le pareció que la fealdad del mundo se disipaba: advirtió que ya no tenía ni una sola casa a la vista. El tren, que seguía el lento curso del río, se internaba primero por entre mediocres contrafuertes de lomas cubiertas de helechos y aulagas. Después, a cada curva del río, el valle se iba abriendo camino mientras el ruido del tren repercutía en el seno de la soledad contra los acantilados y un viento crudo, cortante ya en el atardecer otoñal, le refrescaba el rostro al asomar la cabeza por la puerta del vagón. La vía cambiaba a su antojo de orilla, atravesaba el Mosa sobre puentes hechos de un solo tramo de viguerías de hierro, y a ratos se internaba en algún corto túnel a través del desfiladero de un meandro. Una vez reaparecido el valle, centelleante de temblores bajo la luz dorada —la garganta siempre se hundía entre las dos cortinas de bosque— el Mosa parecía más lento y sombrío, como si se deslizara sobre un lecho de hojas podridas. El tren estaba vacío: se hubiese dicho que hacía el servicio entre aquellas soledades por el único placer de circular en la frescura del atardecer, entre las laderas de bosques amarillos que mordían cada vez más arriba en el purísimo azul del atardecer de octubre: a lo largo del río, los árboles liberaban tan solo una estrecha banda de pradera, tan nítida como el césped inglés. «Es un tren que lleva al *Dominio de Arnheim*», pensó el alférez, gran lector de Edgar Poe, y mientras encendía un cigarrillo retrepó la cabeza en el cadarzo de sarga para seguir con la mirada, muy por encima de él, la cresta de los acantilados desmelenados que se perfilaban gloriosamente contra el sol del poniente. En las perspectivas de las gargantas afluentes, boscosas lontananzas se perdían tras el azul ceniza del humo del cigarrillo; se advertía que la

tierra aquí se encrespaba bajo aquel bosque tupido y sarmentoso de manera tan natural como el pelo rizado en la cabeza de un negro. Pese a todo, la fealdad no se dejaba olvidar por completo; de cuando en cuando, el tren se detenía en pequeñas estaciones podridas, color de mineral de hierro, que se aferraban en terraplén entre el río y el acantilado; contra el azul guerrero de los vidrios, ya diluido, soldados de caqui dormitaban sentados a horcajadas en las carretillas del correo, y después el verde valle aparecía como piojoso en algún momento: se atravesaban lúgubres casas amarillentas, esculpidas en ocre, que parecían espolvorear polvo de las canteras de yeso sobre la verdura en torno, y cuando el ojo desencantado regresaba hacia el Mosa divisaba ahora de trecho en trecho las pequeñas casamatas recientes de ladrillo y hormigón, de tosca confección, y a lo largo de la orilla las redes de alambradas donde las crecidas del río suspendían matojos de hierba podrida: antes incluso de que sonara el primer cañonazo, la herrumbre y los abrojos de la guerra, su olor a tierra desgarrada, su abandono de solar, deshonraban ya aquel cantón intacto de la Galia desmelenada.

Cuando bajó en la estación de Moriarmé, la sombra del enorme acantilado alcanzaba ya a la pequeña ciudad; de repente hacía frío; una sirena le soltó a bocajarro su bramido, como si le golpearan entre los hombros con un trapo mojado, pero se trataba de la sirena de una fábrica que no hizo más que derramar en la plazuela un tétrico rebaño de norteafricanos. Recordó que en ocasiones, en las noches de vacaciones, tendía el oído hacia la sirena de los bomberos municipales: un toque era señal de fuego en una chimenea, dos, un incendio en el poblado, tres, un siniestro en una granja lejana. El tercer toque hacía pasar a lo largo de las inquietas encrucijadas un suspiro de alivio. «Aquí será al revés —pensó—, un toque para la paz, tres para las bombas: se trata de saber distinguir». En aquella guerra todo parecía abrirse camino de manera extraña. Se hizo indicar por el oficial de la estación el Cuartel General del Regimiento. Deambulaba ahora por una calle pobre y gris que desembocaba en el Mosa; el rápido crepúsculo de octubre la vaciaba de paseantes

civiles, pero por todas partes rezumaba de las fachadas amarillas el rumor de la soldadesca: tintineos de cascos y escudillas, choques de suelas claveteadas contra las baldosas: «Si se cierran los ojos unos segundos —pensó Grange—, los ejércitos modernos siguen resonando aún con todas las armaduras de la guerra de los Cien Años».

A la orilla del Mosa, el puesto de mando del regimiento era un pabellón suburbial y triste de piedra molar, separado del muelle por una reja y un famélico arriate, ya talado por el pisoteo militar, donde unas bicicletas se apoyaban en el tronco pelado de las lilas: como en la piquera demasiado estrecha de una colmena, dos meses de acantonamiento militar habían corroído hasta los tuétanos el entarimado, los zócalos y los muros del corredor hasta la altura de un hombre. Grange esperó bastante tiempo en una habitación polvorienta en la que una máquina de escribir tableteaba en la penumbra de los postigos semientornados: de cuando en cuando, el furriel, sin levantar la cabeza, aplastaba una colilla en una esquina de la mesa de dibujo: el pabellón debió de albergar a un ingeniero de la fundición. A través del resquicio de los postigos el muro de árboles parecía pegado a la ventana hasta el techo, por encima del Mosa, muy sombrío ahora a lo largo de su orilla de escoria de hierro: algunos gritos infantiles subían a veces de la calle, amortiguados por el pesado aire bélico, insignificantes como gritos de conejo. Cuando entrechocó los tacones en el despacho todavía bastante claro del coronel, al alférez Grange le sorprendió su mirada de ojos gris marino y la boca apenas sin labios bajo el duro cepillo del bigote: el coronel se parecía a Moltke: había en aquella mirada un impulso de vida agudo y repentino, pero enseguida los ojos se velaban tras una nube y se replegaban bajo el párpado pesado: la expresión se convertía en cansancio, pero un cansancio astuto que no era más que parsimonia: tras aquella quietud de halcón encapuchado se advertía la garra lista.

Grange entregó la orden de misión de su depósito; el coronel comprobó el horario del viaje. Tenía delante unas hojas que arrugó

con dedo distraído. Grange sintió que aquellos papeles se referían a él: debía de tener un expediente en la seguridad militar.

—Le destino al fortín de las Hautes Falizes —dijo el coronel tras unos momentos, con el tono neutro del servicio. Sin embargo, atravesaba la frase una intención secreta, pues sus ojos se achicaron un momento, endureciéndose—. Subirá usted mañana por la mañana con el capitán Vignaud. Por hoy, quedará usted afectado a la compañía acorazada.

La cena en la compañía acorazada apenas agradaba a Grange; embarcado en aquella guerra que rodaba en punto muerto, como en sordina, no pensaba en refunfuñar por la posible tarea, pero tampoco participaba, e instintivamente, cada vez que podía, conservaba su reserva y guardaba distancias. Cuando hubo cargado su cantina en la camioneta que tenía que subirle hasta las Falizes, se hizo servir huevos y jamón en un pobre café obrero de la calle Baja que ya cerraba sus puertas, y después marchó hacia su alojamiento a través de las calles pronto clausuradas en las que resonaba el paso de las patrullas.

La habitación era una buhardilla bastante estrecha cuyas ventanas daban al Mosa; en el rincón opuesto a la cama de hierro se secaban algunas frutas extendidas sobre viejos papeles de periódico que tapizaban una cómoda bancal: el olor obsesionante y dulzón de las manzanas agridulces era tan agresivo, que experimentó una náusea. Abrió las ventanas de par en par y se sentó sobre un baúl, completamente despejado. Las sábanas y las mantas olían a manzanas podridas como una prensa vieja; empujó la cama hacia la ventana abierta. La llama de la vela vaciló bajo la lenta corriente de aire que llegaba del río; entre los cabrios del techo se veían las pesadas losas de esquisto del Mosa, de un extraño color de hez de vino. Se desnudó malhumorado: aquel poblado de fundiciones, aquellas callejuelas color carbón, el coronel, las manzanas, todo le desagradaba, en aquella toma de contacto con la vida de acantonamiento. «Una *casa-fuerte* —pensaba—, ¿qué podrá ser eso?». Buscó entre sus ya lejanos recuerdos del reglamento, acerca

del uso de las fortificaciones de campo: No, decididamente no había nada. Aquello tendría más bien algo que ver con el código de justicia militar: encontraba en la palabra algo poco tranquilizador, que hacía pensar a un tiempo en una casa de detención y en la Force, que también era una prisión. Cuando apagó la vela, todo cambió. Acostado de lado, su mirada se sumía en el Mosa; la luna había emergido por encima del acantilado; solo se oía el tranquilo sonido del agua que se deslizaba sobre la cresta de un dique sumergido y los graznidos de los mochuelos encaramados muy cerca en los árboles de la otra orilla. La pequeña ciudad se había desvanecido con sus humaredas; el olor de los grandes bosques se deslizaba con la bruma de los acantilados, y la anegaba hasta el fondo de sus fábricas y callejas; ya no había más que la noche estrellada y en su torno leguas y leguas de bosque. Regresaba el encanto de la tarde. Grange pensó que la mitad de su vida le iba a ser devuelta: en tiempo de guerra las noches parecen pobladas. «Al raso…», pensó, y soñaba de manera confusa con angostos caminos blancos bajo la luna entre las charcas negras de los redondos manzanos, con campamentos en los bosques repletos de sorpresas y alimañas. Se durmió con la mano colgando de la cama por encima del Mosa como desde la tablazón de una barca: el mañana estaba ya muy lejano.

Una vez dejadas atrás las últimas casas de Moriarmé, terminaba el asfalto, mientras empezaban las primeras curvas. Se hubiese dicho que la gravilla del camino había sido acarreada a lo largo de toda su extensión: era una especie de reg saharaui, un río de piedras sin cuneta ni bordillo entre los dos tapiales de la arboleda. En medio del traqueteo, Grange consultó su mapa: se introducían en una vereda forestal. A cada nueva curva, excesivamente pronunciada, el valle se hundía más y un reguero de niebla a lo largo del río que se desvanecía deslizándose hacia abajo, cada vez más rápido, se arremolinaba a sacudidas como el agua de un baño que se vacía. La mañana estaba llena de un sol alegre, fresco y transparente, pero a

Grange le llamaba la atención el silencio de aquellos bosques sin pájaros. Aferrado a los adrales, volvía a medias la espalda al capitán, y a veces se levantaba en las curvas para hundir la mirada en el fondo del valle: allí donde estuviera, como los niños que se encaraman a las puertas, cualquier punto de vista le hipnotizaba hasta la descortesía. En el fondo de la camioneta había dos sacos de galletas, un cuarto de carne envuelto en una lona, un trípode de ametralladora y algunos rollos de alambrada.

—Detengámonos un momento en la Eclaterie, ya que esta es su primera subida —dijo el capitán Vignaud sonriendo—. El panorama merece un vistazo.

Casi en lo alto de la ladera, al borde de la carretera, habían arreglado un pequeño terraplén sobre la pendiente, con dos bancos. Desde allí la mirada descubría la cumbre de la ladera de enfrente, un poco menos elevada: se veían los bosques deslizarse hasta el horizonte, ásperos y rastreados como una piel de lobo, dilatados como un cielo tormentoso. A sus pies transcurría el Mosa, blando y estrecho, englutido en su lecho por la distancia, y Moriarmé soterrada en la enorme concha de los bosques como una hormiga león en el fondo de su hormiguero. La ciudad estaba hecha sobre tres calles convexas que seguían el arco del meandro y corrían escalonadas por encima del Mosa a la manera de las curvas de nivel; entre la calle más baja y el río toda una manzana de casas había sido arrasada, dejando un cuadrado vacío que rayaba bajo el sol oblicuo como un estilete seco de reloj de sol: la plaza de la iglesia. El paisaje todo entero era perfectamente legible con sus amplias masas de sombra y su reguero de praderas desnudas, ostentaba una claridad seca y militar, una hermosura casi geodésica: estas tierras del este nacieron para la guerra, pensó Grange. Él sólo había hecho maniobras en el confuso oeste, donde ni siquiera los árboles son del todo redondos ni en forma de pincel.

—Esto podría considerarse como un tajo bien correcto —dijo para ser amable: el capitán era de carrera.

El capitán sacudió su pipa con cara de asco.

—Treinta kilómetros de frente, pero sesenta de río —dijo con mal humor—. A eso lo llamo una línea desaprovechada.

Grange se sintió novato: debía de haber tropezado con algún tabú de los imperios del Estado Mayor. Volvieron a subir en silencio a la camioneta.

La camioneta iba muy despacio por la calzada llena de baches. Una vez terminadas las revueltas del camino y llegados a la meseta, abordaron una línea recta que parecía huir hasta perderse de vista a través del monte bajo. Era un bosque apretado —abedules, hayas enanas, fresnos, y sobre todo pequeños robles de retorcido ramaje, como perales— pero parecía sumamente vivaz y enraizado, sin una grieta, sin un claro; a cada lado de la ingle del Mosa se advertía que desde la eternidad aquella tierra estaba encrespada de árboles, había fatigado el hacha y el machete por el renacer de su pelambrera voraz. De vez en vez, un sendero de caza huía a través de los árboles, angosto como el pasaje de una alimaña. La soledad era total y sin embargo la idea de un posible encuentro no se descartaba por completo; a veces creía verse en la lejanía un hombre de pie, al borde del sendero, bajo su larga esclavina; de cerca no era más que un pequeño abeto, negro y fornido, contra el cortinaje de hojas claras; la senda debía de seguir más o menos la línea de cresta, pues por ninguna parte se oía arroyo alguno, mas en dos o tres ocasiones Grange percibió un pilón de piedra enterrado al borde del camino por entre los árboles, de los que manaba un hilillo de agua pura: contribuía al silencio del bosque encantado. ¿Adónde me llevan?, pensaba. Calculó que a partir del Mosa habían debido de recorrer unos doce kilómetros: Bélgica no podía quedar muy lejos. Pero su mente vagaba en una nube placentera: no deseaba más que continuar circulando en la tranquila mañana, entre aquellas espesuras húmedas que olían a pocilga y a setas frescas. Al iniciar una curva, la camioneta aminoró la marcha y después, rechinando con todos sus resortes, se internó a la izquierda bajo las ramas, por un hueco repleto de hierba. Grange adivinó una casa entre los árboles, cuya silueta le pareció extraña; una especie de chalet

saboyano, entremezclado con las ramas de los árboles, caído como un aerolito en medio de aquellas espesuras perdidas.

—Está usted en su casa —dijo el capitán Vignaud.

La casa fuerte de las Hautes Falizes era uno de los fortines que habían sido construidos en pleno bosque para impedir a los blindados el acceso a los entrantes que descienden de las Ardenas belgas hacia la línea del Mosa. Era un bloque de hormigón armado bastante bajo, al que se entraba por detrás, a través de una puerta blindada y un sendero en línea quebrada que atravesaba una pequeña plantación de alambradas, apretadas contra el fortín como un sembrado de coles. Lo habían embadurnado de cualquier manera de un color verde oliva desvaído que olía a moho: una especie de fungosos sarpullidos alimentados por la tufarada de los bosques dejaban supurar por los muros húmedas manchas, como si todos los días hubieran tendido encima sábanas mojadas. Dos huecos horadaban la fachada del fortín; uno, estrecho, para una ametralladora, el otro, un poco más ancho, para un cañón antitanque. Sobre este bloque recogido descansaba, como sobre un zócalo demasiado estrecho, el piso saledizo de una casamata, a la que se llegaba por un lado mediante una escala de hierro colado, semejante a las escaleras de incendio de las casas americanas: era el alojamiento de la pequeña guarnición. Su fealdad era la de las colonias obreras o las barracas de guardabarreras: los húmedos inviernos de las profundidades del bosque habían corroído los mezquinos accesorios, arrancado por placas el revocado, ennegrecido a plomo las ventanas y los escalones de la escalera con largos lagrimones de orín que descendían hasta el hormigón. Ropas y lonas de tienda estaban colgadas a secar bajo el alero y en cuerdas suspendidas entre las ventanas y las ramas más cercanas. Contra el fortín se apoyaba el enrejado galvanizado completamente nuevo de un gallinero, y una tosca conejera hecha de tablones; latas de conserva y pedazos de pan enmohecido que habrían tirado desde

las ventanas sembraban por todas partes el cuadrado de alambradas. Aquel extraño acoplamiento de esta especie de *mastaba* prehistórico con un deslucido merendero del peor suburbio, en medio del batiburrillo de tropa de gitanos en el bloque, tenía algo de perfectamente inverosímil. Por las ventanas abiertas un pulmón de hierro hacía zumbar el bosque con toda su potencia con los sones de una música de baile popular, que ahogó de repente el ruido de la camioneta.

On va guincher dans tous les caboulots
Sur le plancher des vaches…[1]

No, desde luego —pensó Grange—, esta guerra no comienza como podía creerse. Había sorpresas. Los hombres bajaban uno a uno la escalera, en un estruendo de suelas claveteadas, mientras se abrochaban el cinturón, torpemente, deslizando una mirada circunspecta de tribu bereber en el umbral de sus cabañas hacia el alférez que les acababa de caer en suerte.

Grange prolongó largo rato la modorra que le hacía darse vueltas sobre el camastro de campaña, hasta el amanecer que ya clareaba en todos los cristales; jamás había experimentado desde su niñez una sensación tan nítidamente agradable: era libre, único dueño a bordo de su casita de abuela perdida en el fondo del bosque. Detrás de su puerta, el tranquilo zafarrancho de una granja que se despierta contribuía a su felicidad: le empujaba hacia una larga costumbre; por vez primera, Grange pensó, con un estremecimiento de placer incrédulo, que iba a vivir aquí, que tal vez la guerra tuviera sus islas desiertas. Las ramas del bosque acababan de golpear en sus cristales. Un ruido pesado, como de chatarra, hacía vacilar la escalera; Grange saltó de la cama y vio a los soldados Hervouët y Gourcuff que se alejaban por entre los árboles, enderezando el fusil con un gesto del hombro y el cuello de su capote levantado contra el

frío punzante. Al otro lado de la pared, alguien atizaba la estufa; un entrechocar de hojalata daba a entender el café caliente de modo placentero. Se tumbó un minuto en la cama, envuelto en su capote. La mañana estaba gris y nublada; un ambiente de mañana perezosa, de domingo en el campo, bañaba la habitación; en los intervalos que dejaban los ruidos de cacerolas, el silencio, tan inusual en la vida militar, se recostaba en medio de la habitación con un ronroneo de animal feliz. Ni siquiera el frío era incómodo; incluso en su ausencia se advertía que aquí el aire solo era removido por cuerpos jóvenes y bien alimentados. Por un momento, Grange siguió a través del aire, con la mirada vacía, el vaho ligero de su aliento, y luego se volvió y soltó una risita perpleja y como carraspeada: la idea de que él estaba aquí, en las avanzadillas, le desconcertaba por completo. Las consignas que le había transmitido el capitán Vignaud eran muy sencillas. En caso de ataque, los ingenieros, al replegarse por delante, harían volar el camino. La casa fuerte tenía la misión de destruir los tanques bloqueados detrás del corte, e informar sobre los movimientos del enemigo. Tendría que detenerlo «sin espíritu de retirada». Una galería subterránea que desembocaba en la espesura permitiría en principio a la guarnición abandonar el fortín sin ser vista, y replegarse en caso extremo hacia el Mosa a través de los bosques. En el mapa de Estado Mayor olvidado al borde de la mesa podía ver desde la cama el itinerario de retirada encubierta que el capitán Vignaud había trazado con lápiz rojo y que él debería reconocer de ahora en adelante. Pero la imaginación no se aferraba a tales acontecimientos improbables. Ante él se extendían los bosques hasta el horizonte, y más allá de aquel rincón protector de Bélgica, que caía como un telón, estaba aquella guerra que dormitaba lentamente, aquel ejército que bostezaba y resoplaba como un grupo de alumnos que ya ha entregado sus trabajos escritos, esperando el toque de corneta del final de la maniobra. No pasaría nada. Tal vez no pasara nada. Grange hojeó con dedos distraídos el *dossier* de documentos oficiales, las órdenes de combate, los estadillos de municiones: una llovizna tupida de

parágrafos doctos, surgidos de un delirio ingenioso y procesal, que parecía contabilizar de antemano el terremoto, y después los guardó en una carpeta y los encerró bajo llave en el fondo del cajón, con un gesto que era casi un conjuro. Todo aquello formaba parte de las cosas que, previstas con demasiada minucia, nunca llegaban a suceder. Eran las actas notariales de la guerra; dormían allí esperando la prescripción; al leer aquellas páginas que línea a línea acechaban lo imprevisible, uno se sentía indeciblemente asegurado: se hubiera dicho que la guerra ya había pasado. Un dedo llamó a la puerta, sorprendente en su timidez tras el potente rumor de suelas que lo había precedido.

—Café, mi teniente.

Grange saltó de la cama y se puso los zapatos. Pese a todo, no se trataba de una casa como las demás. Cuando uno se calzaba, y andaba sobre el hormigón desnudo, el choque de los tacones herrados producía un ruido mate, sin vibración ni resonancia, como si se caminara por una carretera nueva, o por el estribo de un puente. Uno se sentía soldado a aquel hueco negro y fresco debajo de sí, que el oído interrogaba a su pesar, como en un paseo fuera de su concha. Y de repente la casita de cuento de hadas a su alrededor ya no tranquilizaba en absoluto. Se dormía allí como los pasajeros en la hermosura de las noches cálidas, sobre el puente de un navío cubierto todavía de playas de lona, rumbo hacia los mares grises, intentando olvidar que el viento volverá a refrescar alguna vez.

Se hubiera dicho que la vida en el fortín había encontrado ya su ritmo de una vez por todas. Era una vida casi campesina que vegetaba lentamente en la extremidad de uno de los nervios menos alerta en el gran cuerpo de la guerra: el clima, el viento, la lluvia, el humor de cada momento y las menudas preocupaciones caseras le trastornaban mucho más que las circulares de los Estados Mayores cuyo eco se desvanecía en aquellas lindes soñolientas tan perezosamente como mueren las pequeñas olas en la orilla de la

arena. Desde aquí se comprendía con claridad que la guerra vivía de movimientos violentos, a la manera de un hombre que intenta desarraigarse miembro a miembro de la succión de las arenas movedizas: paralizada la guerra —como lo estaba— la tierra la recogía, la volvía a enraizar, la tropa se convertía otra vez en campesinado. De esta manera la casa de las Falizes albergaba uno de esos clanes marginales, como los que se ven subsistir apartados de los caminos, en algunas chozas aisladas de las landas: más raramente vistos en las poblaciones que los montañeses en los valles, viviendo de soledad y pequeñas labores al aire libre, a veces semicarboneros y otras semicazadores furtivos. Cuatro veces por semana, Hervouët y Gourcuff salían a su tarea: era una pequeña tala de árboles que los ingenieros de la división habían abierto en los bosques de Braye, a dos kilómetros de las Falizes; allí se fabricaban estacas para las redes de alambradas que se estaban acabando de instalar a lo largo de la frontera. Había razones para creer que en verdad se fabricaban muy pocas estacas, dado lo abundante en caza que eran las laderas de las gargantas del bosque de Braye que tenían que atravesar, y lo ampliamente que se había calculado el tiempo del trayecto en aquellos cortos días del invierno. A menudo, Grange, despierto antes del amanecer y soñando en su cama, sorprendía un paso cauteloso que se deslizaba en el exterior sobre los húmedos escalones; sabía que se trataba de Hervouët, con el morral al hombro, que salía con Gourcuff para hacer el recorrido de sus lazos y trampas. Ambos le gustaban a Grange por su afición a la vida al aire libre, que contrapesaba bien su soledad, y también por su reserva y sus modales discretos y silenciosos de vagabundos de los bosques y de trotamundos acostumbrados a vivir con la boca cerrada y el oído al acecho, y poco propensos a franquearse con nadie de sus asuntos. Hervouët era alto y enjuto: había sido un cazador de patos en la Brière, a quien las noches al acecho habían vuelto nictálope como un gato. Gourcuff, llamado «Vinn Rû», un peón de Questembert casi analfabeto, era retaco y pelirrojo: la naturaleza le había dotado más bien poco y sus únicas disposiciones

íntimas parecían ser las de un notorio infantiloide. Como suele suceder, el sedentario se había vuelto siervo del nómada: Hervouët había aferrado con su garra aquella cera blanda —en la que todo lo que salía de su boca quedaba grabado como la palabra del evangelio — y había hecho de él su portaespada, su ojeador y su peón de perros. Cuando se internaban por los senderos ahogados de ramaje, Hervouët, al que le gustaba tener las manos libres, colgaba su fusil del hombro de Gourcuff como de una percha. Desde el amanecer, se escurrían entre la espesura taciturnos y alargando el paso, semejantes a los *seringueiros* del Amazonas.

—¿Adónde han ido Hervouët y Gourcuff?

—Están en el tajo, mi teniente. Ya no queda carne.

Y se les veía salir otra vez de las arboledas al atardecer, sacudiendo alrededor el hedor a salvajina y el vaho pesado de los perros mojados, los morrales repletos de caza, de botellas vacías y cigarrillos belgas. También traían noticias, pues aquellos bosques perdidos, desvelados por la guerra, llenos de escondrijos y albergues, eran más susurrantes que los hilos del telégrafo.

Una vez partidos Hervouët y Gourcuff, el cabo Olivon se encerraba en la habitación común para misteriosas faenas caseras, y Grange tenía por delante todo un largo día en blanco. De ordinario, por la mañana solía leer y escribir sentado ante una mesa de pino, delante de la ventanilla de vidrios brumosos que daba al bosque, hasta la hora en la que, un día de cada dos, se oía a lo lejos, en el camino, la bocina de la camioneta que subía hasta las Falizes el abastecimiento, el correo y los periódicos, diversos ingredientes clandestinos que Olivon se hacía enviar de Moriarmé para «engordar» sus gallinas, y en ocasiones un poco de material para el mantenimiento de la casa y sus defensas próximas: botes de pintura, instrumentos de jardinería, cartuchos para señales y rollos de alambrada. Cuando Grange firmaba los comprobantes, el telón volvía a caer para dos días más sobre aquel mundo habitado: en aquel desierto de árboles encaramados por encima del Mosa uno se

sentía como sobre un tejado del que hubieran retirado la escala de acceso.

Con dos hombres requisados casi todos los días para la tala de leña, el servicio en la casa fuerte, exceptuando el mantenimiento del material, se reducía casi a nada, salvo el deber de asegurar allí un retén permanente. A Grange se le ocurría que era una especie de guardián distinguido de aquel edilicio vacío que solo de vez en vez visitaba alguna comisión oficial que fruncía el ceño y arrugaba los labios porque las troneras seguían sin sus *mandiletes* reglamentarios, sustituidos de momento y a la buena de Dios por sacos terreros. (Cuando hacía visitar el bloque, con las llaves en la mano, Grange no rechistaba; sentía sobre él la mirada reprobadora y algo asqueada de los oficiales de Ingenieros que le miraban de arriba abajo, como a un mendigo que hubiera reparado los cristales rotos con papeles de periódico; siempre se creía en la obligación de despedirlos con un vago gesto de disculpa que ascendía hacia las bóvedas y quería decir algo así como «las paredes están en buen estado»). Cuando hacía buen tiempo, a menudo bajaba por la tarde hasta el caserío de las Falizes. A media legua de la casa fuerte, el minúsculo sendero blanco desembocaba en un claro repleto de frescor, un pastizal encantador en el que una docena de casitas tomaban el sol en medio del círculo de los bosques, en una soledad de altos bálagos y de selvas canadienses. Grange dejaba a su derecha la granja Bihoreau, el hospicio cuyas ventanas la guerra había cerrado tras sus tiestos de evónimos, e iba a sentarse en el Café des Platanes, que albergaba sin demasiados miramientos a las apariciones improbables de aquel fin de mundo. Delante de la casa de una sola planta, sobre una limpia terraza de cemento que dominaba el sendero, había una mesa y dos sillones de hierro alegremente pintados de blanco con rayas rojas, y —detalle de modernidad que dejaba perplejo— hasta un parasol naranja plegado sobre su mástil; en cuanto el sol declinaba, caía sobre la terraza, como la de un plátano, la sombra de un enorme castaño. Tras haber intercambiado algunos cumplidos con madame Tranet, que surgía

sonriente por detrás de su cortina de abalorios como una figurilla de barómetro («Hete aquí mi teniente que vuelve con el buen tiempo») y habiéndola confortado acerca de las incertidumbres de la época y de los rigores del racionamiento, Grange se hundía en el silloncito del jardín y, tras haber bebido a sorbitos su café, se sumergía en una especie de pensativa beatitud. A esta hora de la tarde el villorrio solía estar vacío por completo; las pocas casas sembradas a la ventura en la pradera, las vacas blancas y negras que pastaban en el claro aquí y allá, el sol cada vez más amarillento de los últimos días del otoño, el hospicio con los postigos cerrados, todo aquello hacía pensar en la suavidad de los altos pastos de montaña, a la hora en que se juntan los rebaños y en la que los pequeños hoteles de verano, una vez partido el último turista, cierran sus puertas mucho antes de que lleguen las primeras nieves. Tras aquella hermosura tímida y todavía dorada, aquella paz friolera del final de la estación, se sentía el frío que ascendía y conquistaba la tierra, un frío cruel que no era todavía el del invierno; la pradera era como una isla en medio de la vaga amenaza que parecía surgir de los oscuros bosques. «Ya está. Soy el último veraneante de la temporada: se acabó», pensaba Grange con el corazón encogido, mirando en su torno la mesa recién pintada, el parasol, el gran castaño y la pradera soleada. «Diez años de juventud en el País de las vacaciones: los años de la abundancia. Ahora, todo ha terminado». Cuando cerraba los ojos, solo podía oír dos ruidos ligeros: el tintineo rajado de las esquilas de las pequeñas vacas negras, preparadas aquí como en los rebaños de montaña para poder encontrarlas cuando se extraviaban por entre las espesuras, y el otro ruido que le parecía ascender desde el fondo de su infancia: era el *recitado* de una decena de niños, en la diminuta escuela bajo el sendero que semejaba una herrería. Sentía latir en su interior una leve ola inerte y desesperada, como si le dejara al borde de las lágrimas.

Desde la caída del sol, la gente del caserío salía de uno en uno de la linde de los bosques y regresaba por el camino con sus carretillas y sus cargas de leña: podar la espesura y criar vacas

parecía ser su único trabajo. Saludaban a Grange al pasar bajo el castaño, con sagaces advertencias meteorológicas —pues de la guerra nunca se hablaba—, y en ocasiones él invitaba al hijo Bihoreau a beber un vaso y hacía el gasto de la conversación. Pronto pasaba la melancolía y crecía en él un asomo de importancia: tenía la sensación de ser un hidalgo bonachón bajado de su torreón para beber al fresco con los villanos de su señorío.

De regreso, antes del anochecer raras veces olvidaba recorrer el fortín para una breve inspección; era lo que llamaba «echar un vistazo al blocao». A decir verdad la ojeada no era necesaria en absoluto, ya que el blocao quedaba cerrado con llave todo el día, pero le había entrado una extraña manía: le gustaba quedarse allí durante algunos momentos a la caída del día. Cuando estaba de buen humor, hasta bromeaba consigo mismo al respecto: se decía a sí mismo que se parecía a esos viejos maquinistas navales, envejecidos en el oficio, que prefieren bajar a fumar un cigarrillo al fondo mismo del navío. Cuando había cerrado la pesada puerta de la caja fuerte, se paraba un momento en el umbral y echaba un vistazo, acompañado siempre de cierto malestar, a las paredes y el techo bajo, que le hacía instintivamente hundir la cabeza entre los hombros: se apoderaba de él una viva sensación de extrañeza. Lo que le embargaba era primero la exigüidad de aquella habitación: el ojo mal podía ajustarla a las dimensiones exteriores del edificio; la sensación de encierro se hacía opresiva: el cuerpo se removía en su interior como la almendra seca en su cáscara. Luego venía la viva sensación —Grange pensaba en qué expresiva era la palabra— del *bloque* estanco, soldado en su torno, sentimiento surgido de la agria frescura que le caía sobre los hombros, la sequedad sosa y aséptica del aire, las finas rebabas de hormigón que salpicaban desde las junturas del entibado que corrían alrededor del reducto en delgadas nervaduras, soldando el suelo a las paredes y el techo. «Un dado de hormigón —pensaba Grange auscultando a su pesar el tabique con el índice doblado—, un cajón que puede bascular: aquí habría que pegar las etiquetas *Alto y Bajo*, y esperemos que *Frágil* sobrará». La

habitación estaba desnuda, en bruto, con algo de violentamente inhabitable. En un rincón, hacia atrás, la trampilla que se abría sobre la galería de evacuación estaba cubierta a medias por un jergón extendido a lo largo de la pared. A la izquierda se alineaban las cajas de municiones, cintas de ametralladora vacías; bidones de aceite, latas de grasa y trapos sucios maculaban el hormigón con los regueros oliváceos que se ven en los muros de los garajes. A la derecha un extintor rojo y un botiquín blanco pintado con su cruz de Ginebra estaban empotrados en el tabique. El centro de la habitación estaba vacío; no se sabía dónde colocarse; mecánicamente, Grange daba algunos pasos hacia el brutal foco de luz que despertaba el cuarto negro, y se tumbaba unos segundos en el lugar del artillero encargado de la puntería, a lo largo del cañón antitanque. Por la estrecha tronera solo se veía la enfilada del sendero forestal que ascendía hacia el horizonte en una suave pendiente —estrechamente encorsetada por las murallas del ramaje de la espesura— de un áspero color de piedra machacada, con, a cada lado, dos regueros de grava cristalina de un blanco azucarado. A quinientos metros de la tronera, el sendero forestal se hundía lentamente detrás de un accidente del terreno; la calzada llana y la doble empalizada formada por la espesura podada recortaban en el cielo, sobre el vacío, una almena blanca de un dibujo puro, tan nítidamente ejecutado que sus bordes parecían de plata. Cuando se miraba por el visor de puntería se distinguía con toda claridad cada una de las ramitas en los bordes de la almena, y cada uno de los guijarros del sendero con su corte abrupto y los finos surcos aplastados que habían abierto las ruedas. Grange maniobraba maquinalmente con el calibrador de la puntería: llevaba lentamente la fina cruz delgada de los hilos del visor al hueco de la almena, un poco por encima del horizonte del sendero. En el círculo del visor, que todo lo reunía, el cielo blanco y difuso, el vacío del sendero soñoliento y la inmovilidad de las más diminutas ramillas se hacían fascinantes: el gran ojo redondo con los dos finos trazos de cuchilla del visor parecía abrirse sobre otro mundo, un mundo silencioso y amenazador bañado de una luz blanca y de una

evidencia tranquila. Grange, durante un instante, contenía el aliento a su pesar, pero luego se levantaba encogiéndose de hombros.

—¡Estúpido! —rezongaba; pero seguía mirando su mano nerviosa al final de su brazo.

En las Falizes se cenaba pronto: solía ser siempre un momento placentero para Grange. Se instalaban los cuatro cerca de la estufa bien cargada, alrededor de la pequeña mesa de madera blanca en la que Grange, durante el día, trabajaba en su habitación, y que trasladaban después para cenar a la habitación común. Gourcuff se solía dormir antes del final de la cena, pero Hervouët, Olivon y Grange, mientras fumaban, se instalaban a menudo para charlar alrededor de la estufa, en la que siempre se calentaba una cazuela de café agrio e insípido, como en las cocinas de las granjas flamencas; aquí están los dioses penates de las Falizes, pensaba Grange, mientras Olivon colocaba las tazas y destapaba la cazuela con gesto ritual: se asombraba al encontrarse, sin haber pensado en ello, sin quererlo, en una especie de hogar. La conversación fluía fácilmente: Olivon, que era capataz en los astilleros de Penhoët, tenía amigos comunes con Hervouët, pues la mitad de la gente de la Brière iba a trabajar a diario a Saint-Nazaire. Ambos eran *de izquierdas*, y las discusiones políticas eran vivas: las huelgas del treinta y seis, el Frente Popular, atravesaban el cuarto bajo con el mismo ruido que la *Grande Armée* de Napoleón en los recuerdos de los soldados a media paga; se hubiera dicho que la guerra no era más que un *incidente técnico*, como se dice en la radio, un telón corrido por un maquinista chalado en el momento más apasionante de la obra. Después, Hervouët contaba historias de caza, noches al acecho en las que aparecía una figura de viejo habitante de la Brière, cantor, lúbrico y cazador furtivo, una especie de héroe folclórico que divertía a Grange, pues le recordaba al padre Ieroschka de *Los cosacos*. En ocasiones, cuando la conversación se prolongaba, escuchaban por la radio al *traidor de Stuttgart*, que una vez había mencionado a su propio regimiento. Tras un largo chisporroteo, toda la irrealidad de la guerra irrumpía a través del

crepitar de la radio en aquella voz fina y ácida, que manejaba el tiempo de sus réplicas como un *tercer cuchi* llo. En medio de los silencios, se oía el escurrir de las ramas, y algunas veces, ya muy cerca, el ruido de algún animal pesado que excavaba en la basura que Hervouët había arrojado por la ventana. Por la ventana abierta se percibía un largo estremecimiento salubre que parecía correr hasta perderse de vista sobre el bosque animado, y el ulular de las lechuzas que venían a encaramarse muy cerca, hasta sobre la alambrada, atraídas por los pequeños roedores en busca de pan enmohecido. Se sentían bien, a gusto de estar juntos, dispuestos y alegres en medio del calor, aunque un poco tensos a causa de aquel rumor de salvajismo, aquella ventana abierta sobre la noche de un mundo inquietante. Era el momento que Gourcuff elegía para despertarse: las bromas que saludaban sus muecas de bebé mofletudo daban la señal de acostarse.

—¡Puta guerra! —decía Olivon bostezando, mientras volvía a llenar la cacerola. Los hombres se daban las buenas noches y volvían a entrar en su cuarto que daba a las alambradas, y que Grange llamaba el camarote de la tripulación. Cuando, después, se asomaba a su ventana, divisaba un momento, en la de al lado, el punto rojo del cigarrillo de Hervouët, que olfateaba los bosques mojados con su nariz de perro de caza, antes de ponerse a reparar sus lazos.

Después de volver a su habitación, Grange leía un rato a la luz de una mala lámpara portátil que colgaba mediante un gancho del tabique de madera, por encima de su mesa, pero las libaciones del café después de la cena le ponían nervioso, y, sobre todo cuando el tiempo era seco y lucía la luna, salía para dar un pequeño paseo antes de acostarse. La noche del bosque no era nunca del todo negra. Hacia el Mosa, muy lejos, la orilla opuesta del valle, a través de los claros del bosque, blanqueaba por momentos vagamente como en una especie de falsa aurora, una palpitación sedosa de relámpagos blandos y espesos, como esas gruesas burbujas de luz que estallan a intervalos sobre los valles de altos hornos: era el

hormigón de las casamatas, para cuya fabricación se intensificaban ahora los esfuerzos, y cuyo cemento fabricaban por la noche a la luz de los *sunlights*. Hacia la frontera, allí donde la meseta se alzaba poco a poco, se veía perlar y deslizarse por momentos uno a uno, en medio de la noche, una serie de diminutos puntos de luz que se extendían sin ruido, barriendo con rápidos rayos la crestería de la espesura: eran automóviles belgas que rodaban en la paz de otro mundo a través de los claros, cada vez más al aire libre y allí donde las Ardenas se iban poco a poco parcelando. Entre aquellas dos franjas que de repente la noche alertaba de manera inconcreta, el *Techo* (tal era el nombre que Grange daba a esta altiplanicie de bosques suspendidos por encima del valle) permanecía sumido en una profunda oscuridad. El sendero forestal se alargaba hasta perderse de vista como si fuera una carretera fantasma, semifosforescente entre la espesura bajo su polvillo de grava blanca. El aire era tibio y blando, cargado de fragancias vegetales; daba gusto caminar por aquel sendero sonoro y crujiente, hundido en la sombra de las ramas, con el reguero de cielo por encima de su cabeza, un reguero más claro, vagamente vivo, que a veces parecía despertar al reflejo de las luces lejanas. Grange caminaba con una sensación de bienestar físico, en la que se incrustaban confusos pensamientos no todos demasiado alegres: la noche le protegía, le devolvía esa respiración feliz y la soltura de los animales nocturnos, para los que siempre se vuelven a abrir los senderos libres, pero la noche le acercaba la guerra: sobre el mundo pesadamente agazapado a aquella hora en el miedo de las primeras edades, se hubiera dicho que una espada de fuego inscribía grandes señales puras y legibles: el cielo despierto por encima de los bosques contemplaba a la oscura Francia, a la Alemania oscura, y entre ambas el extraño centelleo tranquilo de Bélgica, cuyas luces venían a morir en la linde del horizonte. La noche no dormía; se sentía que la tierra al acecho la había revestido como de un camuflaje; la mirada se aferraba a su pesar a los lejanos pinceles de los faros que a veces se cruzaban, parecían palpar el aire con cuidado, como las antenas

de los insectos, tras el horizonte vasto e inquietante. Grange abandonaba el camino y alcanzaba por un sendero de caza, a la izquierda, la *cota 457*, un saledizo del terreno recientemente talado, desde el cual la vista llegaba muy lejos por encima de la meseta; se sentaba en un tocón, encendía un cigarrillo y contemplaba durante largo rato la noche repleta de luces. Desde allí, las luciérnagas se deslizaban de repente más numerosas, cerrando frente a él, sobre el horizonte, casi un semicírculo de veloces guiños que parecían avisarse e interrogarse a un tiempo; era como en los muelles de una costa poblada, cuando se llega de alta mar en una noche clara: se hubiera dicho que se planteaba una pregunta que había que comprender urgentemente, pero que Grange no llegaba a entender; y al cabo de un rato sentía tan solo ascender en su interior una vaga febrilidad, y en torno a sus ojos la ligera constricción del insomnio; le entraban ganas de caminar en la noche demasiado despierta hasta el cansancio, hasta el amanecer. Cuando regresaba al sendero, de nuevo todo estaba en calma; la noche respiraba suavemente a la sombra de los árboles; subía sin un ruido la escalera de la casa. Antes de acostarse, se detenía un momento ante la puerta del *camarote* que los hombres dejaban entreabierta por la noche para dejar entrar el calor de la estufa; de allí llegaba un ruido de respiraciones sonoras y saludables que en la oscuridad le plegaba las mejillas a su pesar: el mundo a su alrededor era dudoso y poco seguro, pero también existía aquel sueño. «Los cuatro», pensaba mientras empujaba su puerta y le entraban ganas de silbar. Le extrañaba pensar que quince días antes ni siquiera sabía sus nombres.

A menudo, los domingos, el capitán Varin, que mandaba su compañía, le invitaba a almorzar en Moriarmé. A veces, bajaba con la camioneta; los días de buen tiempo, antes que coger una bicicleta en las Falizes y pedalear a trompicones durante tres leguas por el lecho de la torrentera de piedras trituradas, prefería bajar andando;

por lo demás, bendecía aquel mal camino que le dejaba las manos libres y aislaba a medias el Techo del resto del mundo. Se ponía en camino temprano; cuando se acercaba a la Eclaterie, acechaba el sonido de las campanas de Moriarmé que subían del valle al final de la misa mayor: su frágil sonido que se desvanecía en el gran circo de los bosques le agradaba como una semiolvidada señal de bienvenida: era un sonido que nunca llegaba hasta el gran Techo silencioso. Encontraba allí a los oficiales de las dos compañías —la primera y la tercera comían juntas— sentados ya frente a los aperitivos; por una de las ventanas se veía el Mosa, con su color de aceite pesado al pie de los bosques desplomados, y por la otra la plaza de la iglesia, donde los grupos endomingados, que ya clareaban, se deshacían delante de la panadería. Alrededor de la mesa reinaba una cordialidad ruidosa y algo deliberada: estaba claro que los domingos del capitán Varin, que reunía a intervalos a los forestales perdidos en las casamatas de hormigón de la frontera, tenían algo que ver con el mantenimiento del *esprit de corps*. Uno se hacía una idea con rapidez del capitán Magnard, que mandaba la tercera compañía: era un rubio petulante —daban ganas de decir: un rubito— con el ojo azul claro de los mujeriegos, muy aseado de su persona, que parecía llevar corsé, como los oficiales de la época del *Affaire*, y la condescendencia caracoleadora de un cazador transferido a una tropa de fortaleza; publicaba de cuando en cuando algunos sonetillos patrióticos en el *Eco del Frente*, el diario del cuerpo que difundía el ejército y al que habían puesto el mote del *Previsor del porvenir*; cuando se le rogaba un poco, los recitaba como anticipo a los postres. Se advertía que el día de la declaración de guerra había enarbolado el tono cuartelero como quien se coloca una flor en la botonadura en la mañana del *día más hermoso de su vida*; pero el matrimonio no se había consumado y la flor olía mal en las narices de todo el mundo salvo en las suyas. «Es un hortera que sale de la cama de una mujer», pensaba Grange a quien irritaba sobremanera después de haber detallado, al final de la comida, algún lío amoroso de acantonamiento. El capitán Varin permanecía

lejano y algo ausente, pero, de vez en vez, un fulgor de ojillo vivaz pestañeaba bajo sus párpados durante medio segundo detrás de su plato, como la bengala del disparo que se enciende frente a cualquier torpeza y hace blanco; era patente que soportaba el almuerzo con paciencia, y a Magnard más que a todo lo demás. «En cuanto a nosotros, no se pierde nada, nos observa», pensaba Grange algo molesto, pero la inquietud que Varin hacía pesar sobre la comida no le era desagradable; era como la presencia de un sacerdote en el banquete de bodas: evitaba lo peor. La conversación era de una pobreza total; las habladurías, una mesa redonda para viajante de comercio; en cuanto habían retirado los platos y entonado alguna cancioncilla, venían unos momentos de silencio en los que parecía que el entusiasmo decaía. El capitán Magnard patrocinaba a los reservistas y a los jóvenes alféreces, con una campechanía de comedia; dándoles golpecitos en el hombro y poniéndoles su corta pipa bajo la nariz, les «daba confianza».

—¿A casa del coronel? Te van a pegar una bronca… *Bessif*, hijo mío —zanjaba de repente su flauta nasal desde un rincón, en una jerga que olía a pintura fresca.

Se bebía mucho. «Cada uno de los que están aquí vale más de lo que demuestra —pensaba Grange, exasperado—: los padres de familia están en el burdel». Por la ventana, el Mosa oscurecía lentamente, apagado por la sombra de los acantilados; el aburrimiento tétrico y vacío del domingo provinciano rezumaba a través de los alféizares a pesar de la guerra; el aire olía a *pernod*, a tabaco frío y a carne pesada. Visiblemente algo se remedaba aquí, pero ¿qué? En los momentos de silencio, los comensales miraban por la ventana a los niños de la catequesis que se alineaban ahora en la plaza para las vísperas.

—¡Ya hemos hablado bastante del servicio! —gangueaba la remilgada trompeta del capitán Magnard achispado—. *Hablemos de coños*.

En ocasiones, después de la comida, a través de las calles soñolientas del domingo obrero, Grange acompañaba a un camarada

hasta el tren de Charleville, y luego pasaba por el despacho de la compañía para resolver algunos detalles del servicio. Allí solía encontrar al capitán Varin fumando un cigarrillo detrás de los papelotes. Su rostro era pesado, como el de un carnicero bajo el cepillo duro y todavía muy negro del bigote, las narices chatas y olfateadoras y la mandíbula ancha; a primera vista, uno no tenía enfrente más que a un soldadote de apostura bastante tosca, pero era un soldado que no bebía, que no bromeaba, que nunca se reía, y que, desde que la división había subido hasta el sector, todavía no había puesto los pies en la «pajarera» de la Place Ducale de Charleville, donde los oficiales iban por turno a callejear los domingos. Llevaba su compañía con una sequedad glacial y competente, apretando las clavijas a los hombres y a los oficiales, resolviendo los asuntos con pocas palabras, con voz tajante, escuchando bastante y sin discutir jamás. Había nacido para el estilo de «*manda o calla*»; «ha debido de equivocarse de época, o tal vez de ejército», pensaba Grange, a quien intrigaba el capitán, siempre asombrado por aquel despacho vacío que respiraba la austeridad dura del reglamento, limpio como la portería de un convento, donde no se veía ni un asiento para el visitante, ni siquiera una botella de aperitivo. Sin embargo, los domingos era distinto. Cuando estaba a solas con él, Grange sentía a veces al capitán Varin más cercano, casi comunicativo; y no es que se relajara —trabajaba durante todo el día— ni que se hubiera vuelto más humano: su confidencia era impersonal, hasta el punto de ser casi glacial; lo que buscaba era otra cosa que no la simple confianza. El capitán hablaba de la guerra. Grange pensaba que el capitán le hablaba porque él nunca le había pedido permiso para ir a Charleville, lo cual sorprendía, y tal vez porque todavía era demasiado joven: el vicio secreto del capitán era escandalizar.

—Mire usted esto un momento, Grange. El servicio de información militar nos mima.

El documento, en el que había pegado un volante rojo «para ser comunicado solamente a la oficialidad», era un álbum de fotografías

bastante copioso, que reproducía los diversos tipos de casamatas de la línea Sigfrido. La mayor parte estaban en los bosques, como las Falizes; y los ángulos de toma, excelentes, mostraban los huecos de las troneras, con los rebordes más claros de sus curiosos respiraderos. El conjunto, hecho con hojas sueltas de papel glaseado colocadas entre cartones y encuadernadas, con las medidas exactas de los edificios y los números de referencia, evocaba la cuidada presentación de las colecciones de primavera que proponen los modistos.

—¿Le va bien esta?… ¿o quizá esta otra? —El capitán hacía muecas: era evidente que el papel glaseado, sobre todo, despertaba su antipatía más soberana; pensaba: «Estos mequetrefes del Estado Mayor se hacen valer… ¡qué bonito!, ¿eh?».

El capitán guiñaba un ojo mientras jugaba con el dedo con los reflejos del brillante papel, sobre un modelo serio, de triple tronera, y un aspecto más bien macizo bajo su bosquecillo de pinos.

—… Bonito o no, en todo caso le aconsejo que se lo aprenda bien, señor alférez.

—¿Acaso… vamos a atacar?

—Porque ni usted ni yo iremos nunca a mirar más de cerca estas cajitas de música. ¿Entiende lo que esto quiere decir?

El capitán se puso a pasear de un lado a otro, como aguijoneado por un arcángel socarrón.

—Es algo bastante conocido. El Cuartel General nos envía recuerdos de viaje, con el sello del país. Lo mismo pasa con los novios pobres que se fabrican un viaje de bodas para la galería. Se puede presumir ante los amigos y conocidos. Esto debe de haber gustado mucho a los polacos.

—Los alemanes tampoco se mueven —soltó Grange, a quien aquel juego de lo peor no dejaba siempre de excitar: le gustaba empujar a la gente hacia sus propias inclinaciones—. Tal vez no atacarán jamás.

El capitán le miró fijamente con sus ojos de plomo. Sus narices palpitaban. «Es curioso, no me mira —pensó Grange—. Está

fusilando una objeción». No era un intelectual, pero a veces lo parecía: podía considerar una idea con maldad.

—¿Qué está usted esperando aquí? ¿Hermosa juventud? ¿Tarjetas postales?

—¿Aquí?

—¿Aquí?… —El capitán prorrumpió en una especie de risotada vieja, algo siniestra—. ¿Aquí? ¿Y qué, aquí? Aquí como en cualquier otra parte. Y será un paseo muy curioso… ¡con el bastón en la mano!

El capitán volvía a andar de un lado a otro.

—… ¡El bastón en la mano!

Después de aquellas bruscas ocurrencias, el capitán le despedía secamente y se hundía detrás de sus papeles: era inútil insistir antes de una semana, y Grange salía de aquellas entrevistas cara a cara semidivertido y semitrastornado. «Todo esto le alivia, es como una sangría», pensaba. Por extraño que pudiera parecer, pues seguía la marcha de la guerra con gran indiferencia, comprendía que el capitán sufría. Cuando volvía a estar en la calle, le parecía que la luz había bajado: una creciente zona de sombra repentinamente fría, que caía del acantilado, se hundía ya más allá del Mosa en la orilla de Moriarmé. Advertía que ya no tenía nada que hacer en aquellas calles que bostezaban, siempre vacías, pero en las que ahora se amontonaban las bicicletas delante de las puertas de las tabernas y algunos soldados ya borrachos se arrastraban en las cercanías de la estación: ansiaba volver a encontrar el refugio de sus bosques. Las palabras del capitán le habían estropeado el día; no porque creyese en ellas, sino porque caían sobre la vida silenciosa y enclaustrada que Grange se había fabricado como una piedra sobre una charca demasiado tranquila bajo los reflejos del agua: por un segundo se veía el agua negra, y reventaba un olor podrido y penetrante que ya no había manera de olvidar. «¿La guerra? —pensaba encogiéndose de hombros con un ademán huraño—, ¿y quién sabe si ni siquiera hay una guerra? Si la hubiera, se sabría». Pero a su pesar se sentía nervioso; pensaba en aquel ejército que le rodeaba como si fuera

una persona dormida sobre la hierba, que hasta en medio del sueño se da la vuelta y de cuando en cuando ahuyenta con el revés de la mano el zumbido de una avispa. Al pasar a lo largo del río, acechaba con mirada repentinamente recelosa los pequeños blocaos cuyas troneras vigilaban el Mosa de trecho en trecho: los encontraba frágiles e insuficientes, con sus cimientos y bases de hormigón que terminaban siendo de ladrillo, como si hubieran empezado a construir una casamata y terminado en la baca de un coche de línea. Desde luego, esto no es la línea Maginot, pensaba Grange alzando a su pesar la vista hacia los nidos de águila colgados allá en lo alto encima del río; pero de todas formas aquellas fortificaciones perezosas más bien tranquilizaban: era obvio que nadie esperaba aquí nada serio. Detrás de todos estos bosques… Y además, ya llegaba el invierno: dentro de algunas semanas habría nieve. Habría días en los que la camioneta ya no subiría: con un estremecimiento de placer se veía aislado en las Falizes, recluido en su montaña junto a la estufa enrojecida, inmovilizado durante largos días en aquel bosque de cuento de Navidad. En abril todavía pueden verse las cumbres de las Ardenas completamente blancas por encima de las llanuras donde florecen los manzanos… «Varin está ofendido porque le han aparcado aquí, en este frente ridículo: todos estos profesionales no quieren más que el ascenso». En cuanto las primeras revueltas se internaban en los bosques, se sentía respirar más a gusto; a cada recodo, Moriarmé parecía empequeñecerse allá en el valle. Grange avanzaba por el silencio mojado que se cerraba tras él; se sentía fresco y rejuvenecido; el mero hecho de adentrarse en aquel bosque que le rodeaba hasta perderse de vista reanimaba un bienestar que le ensanchaba los pulmones. El aire olía como al final de un chaparrón: antes del anochecer llovería sobre el Techo; en las Falizes se llegaba a otra tierra muy distinta. Y después, de repente, en una vuelta del camino, volvía aquel mordisco, aquel pinchazo que le hacía fruncir el ceño.

—¿Qué está usted esperando aquí? ¿Hermosa juventud? ¿Tarjetas postales?

Un día en el que regresaba así, a pie, a la casa fuerte —era uno de los últimos domingos de noviembre— la lluvia sorprendió a Grange ya en las primeras curvas, y como allí solía ocurrir se convirtió decididamente en un chaparrón nada más llegar a la meseta. Ya era casi de noche y las nubes se deslizaban casi al ras del Techo, atrapando a veces las elevaciones de la meseta que desaparecían por un momento, envueltas en la neblina cansada: era el anuncio de una de esas prolongadas lluvias que durante días enteros creaban un vaho blando sobre el Techo. Cuando la lluvia se instalaba sobre el Techo, Grange se sentía alerta y alegre; el sentimiento cada vez más vivo que sentía al volver a la casa se le derramaba por todos sus miembros como el calor: se imaginaba de antemano a todo *su mundo* instalado alrededor de la estufa, en la sala común por el vaho de los capotes que se estaban secando. Avanzaba contra el chaparrón a buen paso, solo consciente del cansancio y de la frescura de las gotas que le corrían una tras otra por la espalda, mientras enderezaba con una mano el cuello de su capote calado que empezaba a doblarse bajo la barbilla. Cuando la mirada se hundía en los senderos, una niebla algodonosa los cerraba a veinte pasos: avanzaba en medio de la claridad de la niebla que se desplazaba a su compás, y solo el sendero, por delante, abría una brecha más clara en la bruma que parecía elevarse hacia las ramas de los árboles. Aquel viaje a través del bosque enclaustrado por la niebla iba empujando a Grange hacia su ensueño preferido: veía allí la imagen de su propia vida: todo cuanto poseía lo llevaba consigo; a veinte pasos, el mundo se oscurecía otra vez, las perspectivas se bloqueaban, ya no había a su alrededor más que aquel halo diminuto de conciencia tibia, aquel nido acunado desde lo alto por encima de la tierra vaga. En la meseta, donde la calzada no drenaba bien el agua, los charcos de las cunetas desbordaban ya a través del camino mismo, completamente azotados por el chaparrón que arreciaba con sus gruesas burbujas grises. Al alzar la vista hacia la perspectiva, advirtió a alguna distancia hacia delante, todavía semifundida con la cortina de lluvia, una silueta que tropezaba en los

guijarros y entre los charcos. La silueta era la de una niña envuelta en una amplia esclavina con capucha y calzada con botas de goma; al verla así chapotear de manera indecisa por entre los charcos, con la espalda algo curvada como si llevara una cartera de cuero bajo la esclavina incrustada contra sus riñones, pensó en primer lugar en una colegiala que volvía a casa, pero Grange sabía que no se veía casa alguna a menos de dos leguas, y recordó de repente que era domingo; se puso a observar más detenidamente la pequeña silueta. Había algo que le desconcertaba en su manera de andar; bajo el crepitar, ahora cerrado, del chaparrón, del que ella no parecía preocuparse en absoluto, se hubiese podido creer que se trataba de la silueta de una niña haciendo novillos. Tan pronto saltaba un charco con los pies juntos, como se detenía al borde del camino para cortar una rama; y en un segundo, se daba media vuelta y parecía echar un vistazo hacia atrás por debajo del capuchón de su esclavina, como para medir cuánto se había aproximado Grange, y luego reanudaba la marcha a la pata coja empujando un guijarro, y daba algunos pasos corriendo y chapoteando en el agua de los charcos, y en una o dos ocasiones, a pesar de la distancia, Grange creyó oír que silbaba. El sendero se hundía lentamente en la peor soledad; la lluvia a su alrededor hacía crepitar el bosque hasta perderse de vista. «Es una hija de la lluvia —pensó Grange sonriendo a su pesar bajo su cuello calado—, una pequeña hada, una brujita del bosque». Empezó a aminorar su marcha, a pesar de la lluvia, pues no quería reunirse con ella demasiado deprisa; tenía miedo de que el ruido de sus pasos atemorizase aquellos manejos graciosos y cautivadores de joven animal del bosque. Ahora que se había acercado un poco más, ya no parecía del todo una niña; cuando corría, las caderas eran casi las de una mujer; los movimientos del cuello, sumamente vivos y juveniles, eran los de un potro escapado, pero en ellos cruzaban por momentos unas inclinaciones mimosas que de repente hablaban de otra cosa, como si la cabeza hubiese recordado por sí sola haberse recostado ya sobre el hombro de un hombre. Grange se preguntaba, un poco

intrigado, si de verdad se había dado cuenta de que él andaba detrás; en ocasiones, ella se paraba de perfil a un lado del camino y prorrumpía en una risa de bienestar, como la que dirige el montañero al compañero de cordada que asciende en una mañana clara, y después, durante algunos minutos, parecía olvidarlo y reanudaba sus brincos de gitanilla o de buscadora de nidos; y de repente parecía extraordinariamente sola, *a sus anchas*, a la manera de un gatito que nos abandona para dedicarse a un ovillo de lana. Anduvieron así todo un rato. Pese al ruido del chaparrón que azotaba el sendero, la claridad que alumbraba el camino le parecía a Grange la de la calma cercana: ya no era más que un hombre que va detrás de una mujer, con la sangre revuelta y una violenta curiosidad. «¡Una niña!», se decía con cierto malestar; pero a su pesar el corazón latía con más fuerza cada vez que la silueta se detenía al borde del camino y una mano entreabría por un momento hacia él la garita del pesado capuchón. De repente la silueta se plantó en medio del camino, y, erguida en medio de un charco que le llegaba a los tobillos, se dispuso a lavarse las botas de goma removiendo las piernas; al llegar a su altura, bajo el capuchón que ahora se levantaba hacia él, Grange vio dos ojos de un azul crudo, ácido y tibio como el deshielo; y al fondo del capuchón, como en el fondo de un pesebre, se veía la paja suave de unos cabellos rubios.

—¡Su bosque está muy mojado, eh! —dijo una voz fresca y un poco brusca, mientras el capuchón se meneaba con la despreocupación de un cachorrillo, salpicando a Grange; y después, la barbilla se levantó con una suave gentileza ofreciendo a la lluvia la cara descubierta, como unos labios, mientras los ojos reían.

—Es mejor que volvamos juntos —añadió ella con una voz que no le consultaba en absoluto—. ¡Es más divertido!

Y se echó a reír otra vez, con su risa de lluvia fresca. Ahora que la había alcanzado, ella caminaba a su lado a buen paso. Grange la miraba a veces de soslayo: tras el borde del capuchón, no veía más que la nariz y la boca, barnizadas de agua, y la corta barbilla terca tendida hacia la lluvia, pero le trastornaba sentirla junto a él, joven y

sana, flexible como un cervato, en medio del olor fragante de la lana mojada. De por sí, ella misma se había puesto a su paso: era suave, como si se reclinara en él. A veces volvía un poco la cabeza y dejaba deslizar por un momento el borde del sombrío capuchón sobre sus ojos color escampada: sus miradas se cruzaban y ambos reían un poco sin decir nada, con una risa de puro y simple regocijo. Ella había hundido las manos en los bolsillos de su esclavina, con ese ademán tosco de las pequeñas campesinas que temen los *sabañones*, en invierno, cuando van por los caminos. «Pero no es una muchacha campesina —se decía Grange para sus adentros con un estremecimiento—, y ya no es una niña en absoluto. ¿Qué edad tendrá? ¿Adónde va?». Pero el simple caminar a su lado era algo tan puro y placentero, que no se atrevía a interrogarla: temía romper el hechizo.

—Le he esperado en la cuesta. ¡No iba usted demasiado deprisa! —dijo ella de repente, inclinando una cabeza apenada mientras le miraba desde abajo con aire socarrón. Había en su voz cierto matiz de burla y travesura, de prevención también, como si penetrara en el pensamiento de Grange. La voz quería decir que hacía ya mucho tiempo que nada de todo esto le engañaba. Sabía bien que gustaba.

—Es por precaución —añadió rápidamente. Parecía recitar una lección mal aprendida—. Los domingos por la noche suele haber soldados en la carretera. Y parece que no se comportan muy bien —añadió meneando de nuevo la cabeza, muy convencida; pero se notaba que no tenía mucho miedo.

—¿Y no tiene miedo de mí?

—¡A usted le conozco muy bien!

Esbozó una pirueta sobre el camino. La vida parecía pasearse con entera libertad por aquel cuerpo grácil como el de un potro en una pradera.

—… Le he visto desde mi casa. Todos los días viene usted al Café des Platanes… ¡Es *fastuoso*! —añadió, subrayando la palabra con tono de importancia: se hubiera dicho que acababa de aprenderla; pero otra vez la barbilla volvió a mostrarle la boca y los ojos

risueños, con un gesto del cuello que perturbaba a Grange. A cada réplica, a cada movimiento de los hombros y de la cabeza, la idea que se hacía de ella saltaba a la vista de manera increíble.

Reanudaron la marcha en silencio por un momento. La lluvia era ahora menos cerrada, pero caía densa y recta sobre el camino, instalada ya para varias horas. Había decaído el viento. Empezaba a oscurecer un poco, y los bosques, impregnados de agua y vapores, se desaguaban ruidosamente.

—Así pues ¿usted está de vacaciones por aquí? —preguntó Grange repentinamente maquiavélico. En resumidas cuentas, era seguramente una colegiala. Y recordaba que ella había hablado de «su bosque».

—¡Oh, no!… ¡Soy viuda! —dijo ella tras un momento, con un tonillo considerado y satisfecho de sí misma—… ¡*Tengo un libro de familia*! —añadió con arrebato infantil, y, hurgando en el bolsillo interior de su esclavina, sacó, como de una chimenea en Navidad, un pequeño carnet con membrete oficial y las páginas arrugadas. Grange, desconcertado, pestañeó un momento: a cada minuto que pasaba se sentía sorprendido por una nueva ventolera.

—¡Es muy triste! —concluyó ella sacudiendo la cabeza con la cómica seriedad de las niñas que juegan a *las visitas*.

Y en esto, plantados ambos en medio del camino bajo el chaparrón, estallaron en una amplia carcajada nerviosa.

A través de sus frases lanzadas de sopetón, las ideas de Grange comenzaron a aclararse un poco más. Ella se había casado a principios de año con un joven médico que, sin duda asombrado por su belleza, la había arrebatado sin esperar más de los bancos de la escuela: dos meses después la dejaba viuda. Al menos, eso era lo que se deducía atando cabos, ya que en sus frases el médico nunca aparecía más que bajo la fórmula de «Jacquot», lo que le parecía una descripción harto suficiente. Y en esto su padre —que pasaba a través de sus palabras como una providencia distraída y algo lejana — había alquilado para ella una casa en las Falizes. Antes de abandonarla con tanta rapidez, «Jacquot» se había preocupado por

ella a causa de una sombra en un pulmón, lo cual parecía haber tomado después, más que la importancia de una enfermedad, el sentido poético de una última voluntad. Ella había venido a curarse, o mejor a cumplir su promesa, a los bosques, donde la guerra se la había encontrado como el pájaro que tropieza en la rama. Y allí se había quedado.

—¡Esto es muy sano! —afirmaba ella mientras sacudía enérgicamente su cabecita bajo el capuchón.

Grange escuchaba atentamente, pero todos estos detalles seguían siendo para él extrañamente fluctuantes. Las palabras «un padre», «un marido» no casaban con ella; se posaban un momento sobre ella, como un vestido de quita y pon, pero no la concernían. Allí donde estuviera, se notaba que ella estaba por completo. «¡Qué densidad —se decía él— cobra a su sombra el momento presente! ¡Con qué fuerza de convicción, con qué energía está *ahí*!». Ella le había cogido del brazo para atravesar un charco, y así seguía; él sentía a través de su capote la presa de sus dedos ligeros; suave y brillante a causa de la lluvia, con el paso firme, ella era todo lo más alejado de una forma nebulosa: estaba de repente con él, repleta y redonda como un guijarro.

—Tiene que llevarme a casa… —dijo ella cuando llegaron a la carretera—, eso es lo *galante*. Julia nos dará un té. (Otro enigma más, pensó Grange, a quien molestaba aquella nueva salida de otro personaje al escenario). ¡Siempre he sentido tanto miedo en este robledal!

Cuando embocaron en la estrecha carretera hacia las Falizes, la noche pareció caer de golpe junto con la sombra de los árboles. La lluvia había parado un momento; en la perspectiva desde el camino, hacia el Mosa, donde ya había escampado, se veía, al mirar hacia atrás, una estrecha cinta roja que moría en el horizonte, de un rojo apagado como el que suele verse en los atardeceres nevados. El camino atravesaba aquí una alta arboleda; el frío de la noche caía ya sobre los lomos de aquella espesa cúpula de ramas mojadas. Grange advirtió que ella tiritaba y se apretaba contra su brazo sin hablar: de

repente desapareció su alegría, y le invadió una tierna y grave compasión: ahora ya era de noche y no tenía a su vera más que una muchachita mal protegida, perdida en aquellos bosques de la guerra: tenía ganas de llamarla por su nombre.

—Me llamo Mona… —dijo ella con una voz levemente cambiada. Él vio que inclinaba la cabeza, y de pronto sintió que le posaba sus labios sobre el dorso de la mano—. Yo le quiero a usted —añadió ella bruscamente, con una gentileza un poco ambigua, y una vez más Grange se sintió incierto y turbado. Ella era espontánea, pero no del todo límpida: era como las aguas primaverales, tierra y hojarasca. Las palabras habían sido las de una niña, pero su audacia no era del todo ingenua; lo que de repente había sentido en su mano era una boca pulposa, de gruesos labios que ya sabían buscar su placer.

Cuando salieron del bosque, el caserío ya se había convertido en pura noche en medio del claro; solo un cuadrado de luz salía por la puerta abierta del Café des Platanes, cayendo sobre la pequeña terraza y haciendo surgir de la sombra las ramas bajas del gran castaño, y más débilmente alrededor el rebaño de casitas bajas acostatadas en la hierba, cuyos tejados apenas sobrepasaban los cercos espinosos de los huertos. Grange nunca había ido de noche a las Falizes: de repente, uno se sentía allí muy lejos de todo; agazapada a todo lo largo contra la tierra, una vida perdida y encantadora dormía en medio del claro y recibía de la noche su tranquila respiración, ahogada hasta las narices por el olor de las plantas y de la tierra húmeda. Mona soltó su brazo y, echando a correr hacia delante por el sendero, se puso a llamar a pleno pulmón hacia una de las negras casas, con las manos colocadas a guisa de bocina.

—¡Julia! ¡Prepara el té! Bonita mía, ¡bichito mío! Tenemos gente… Es un militar. ¡Un *guapo* militar…! —Y unos segundos después una campanilla que repiqueteaba detrás del seto, y una barrera que se abría y puertas que golpeaban con toda su fuerza,

despertaron los ecos de la pradera en un estrépito general de ataque inminente.

La habitación en la que entró Grange era bastante amplia, daba una impresión de confortable tibieza, casi de lujo, que sorprendía en aquel caserío perdido tras los fangosos acantonamientos del Mosa. Si se juzgaba por las toscas jácenas, la enorme chimenea sin jambas con la placa de pizarra del hogar, y la puerta campesina hecha de dos hojas superpuestas adornadas con sus cerrojos y el picaporte de hierro, se trataba de una antigua granja que había sido arreglada para albergar a los veraneantes venidos a pasar la temporada en los bosques o para los cazadores de jabalíes. El suelo estaba cubierto por una espesa moqueta; la claridad de una lámpara de pie, bajo su pantalla de rafia, y el fuego de un haz de espino que ardía en la chimenea, hacían surgir de la sombra los ventrudos muebles campesinos, barnizados con encáustico. En un ángulo se veía un sofá cama, y encima de él una serie de estanterías repletas de libros; en el centro del cuarto había una mesa baja marroquí, hecha con una gran bandeja de cobre repujado. Se advertía que el gusto que había presidido todos estos arreglos era estricto a su manera, e incluso severo; pero a todos aquellos macizos muebles y aquella pesada disposición se había superpuesto el desorden encantador de una *nursery*. Libros y discos semienvueltos en sus fundas arrugadas yacían revueltos sobre la alfombra, canicas de vidrio rodaban en el fondo de los sillones, y en las paredes habían clavado postales galantes, retratos de actores y recortes de periódico. Ropa interior de mujer colgaba puesta a secar en una cuerda tendida entre la falleba de la puerta y la llave del armario, y por encima de la cama un complicado sistema de pinzas y cuerdas sostenía un gran farol de cuadra. En el ángulo opuesto a la cama, de dos ganchos de hierro incrustados en la pared, colgaba una hamaca sobre la que aparecían revueltos una hilera de revistas de moda, una armónica, un par de chinelas de cuero rojo, tijeras de uñas, un abanico y un gran peine de cuerno español labrado como un relicario. Sobre todo aquel desorden de acampada indígena flotaba un aroma ligero y

estimulante, repleto de alborada, y uno se sentía aquí como rodeado de bosques, mejor aún que en el sendero. En cuanto entraron, de una sacudida de hombros, Mona se liberó de la esclavina, que fue a parar a la cuerda del secadero: un manto de cabellos color centeno se le derramó hasta los riñones. Bajo la esclavina llevaba una camiseta azul manchada de tinta, y una falda. Ahora que tenía el pelo suelto, el cuello cobraba una inflexión más lánguida bajo la pesada cabeza, y cuando movía los hombros para acariciar aquel grueso manto, otra vez volvía a ser una mujer, tibia como una cama deshecha.

—Ven a calentarte —le dijo arrastrándole de la mano hacia la fogata de espinos, con brusquedad masculina, pero ni siquiera el tuteo sorprendió a Grange: era evidente que el «usted» resultaba en su lenguaje de un manejo más insólito y cansino que el propio *plural mayestático*—… Saluda a Julia; es mi criada… —Y al darse la vuelta advirtió dos ojos curiosos y circunspectos que le miraban de hito en hito, y después, detrás de la bandeja del té, una criada de aspecto tan aniñado como el de Mona, de la que era patente que imitaba su apostura, salvo que llevaba el pelo corto y rizado y que se pintaba los labios. Se había puesto por encima del vestido un delantal blanco y tan pequeño que parecía puramente emblemático, pero en Julia, que solo tenía la belleza del diablo, el lado un poco turbio de Mona se convertía en cierta sugestión equívoca; a pesar de sus ojos inocentes, con sus pestañas y labios pintados, sus senos pequeños pero atrevidos y aquel minúsculo delantal que parecía un pretexto, tenía el aspecto de una modelo de revista erótica.

—Ven aquí que te peine, bonita mía —dijo Mona depositando su taza en manos de Grange; y pasando su brazo en torno al cuello de Julia, la arrastró hacia el espejo. Con las horquillas en la boca hurgaba en los cabellos de Julia, que se reía bajo el cosquilleo de sus dedos y se doblaba un poco por la cintura mientras miraba a Grange por encima del hombro. Por entre las risas demasiado agudas, la alta y roja fogata de la chimenea silueteaba de repente a

dos diablesas reidoras, apenas tranquilizadoras, demasiado sueltas en el desorden de aquella casa de aprendiz de brujo.

Cuando Julia salió con la bandeja del té, hubo unos instantes de silencio. Por la ventana entreabierta y tras los postigos cerrados y perforados por un hueco en forma de corazón, se oía cómo se escurría el bosque, y a veces, muy cerca, el crujido de las ramas que se desperezaban después del chaparrón. Mona se sentó al borde del sofá, soltando un leve suspiro de cansancio, y después, otra vez con su acostumbrado gesto de la barbilla, se echó hacia atrás el pelo y alzó hacia Grange sus ojos y su boca con el desperezar de una planta que toma el sol.

—Quítame las botas —suplicó con una voz leve y confusa—. ¡Tengo tanto frío en los pies…! Están completamente mojados.

Bajo sus botas de goma, que todavía salpicaban las gotas de la lluvia, llevaba unos gruesos calcetines de lana de hombre, completamente calados. Grange se los quitó suavemente. Le escocían los ojos y una especie de tierna angustia le aferraba la garganta, y sentía que estaba apretando las mandíbulas para que los dientes no castañetearan. Con la yema de sus dedos tocó aquellos otros dedos pequeños y mojados, encogidos por el frío, y después su suave planta: algunas briznas de lana se habían enganchado en los bordes azulados de las uñas; se sintió de nuevo derretido por una compasión tierna y turbia: pegó allí su boca, sintiendo removerse los dedos helados y las briznas de lana que se frotaban contra sus dientes. De pronto Mona aflojó los riñones con una sacudida enloquecida de pieza de caza caída en la trampa, y echándose hacia atrás en el sofá lo atrajo hacia ella con sus dos manos. Grange sintió su boca contra la suya, y el estrechar de un cuerpo de mujer pesado y pleno, abierto como un surco profundo. En pocos segundos ella quedó desnuda, como si sus vestidos le hubieran sido arrancados por un violento huracán, y estuvieran ahora pegados a los muebles como la ropa de una colada que cae sobre un zarzal, pero en medio del ciclón había aquella boca que se prendía a la suya ingenua y golosamente; se encontró dentro de ella

sin haberlo pensado siquiera. «Eres un cielo», dijo con una especie de tranquila estupefacción; y él mismo se asombraba de lo que decía. Cuando ella encontró la lámpara con la punta de los dedos, la habitación pareció sumirse en un estanque de aguas tranquilas; solo la imposta encima de la puerta y los postigos atravesados por un corazón formaban dos manchas más claras en la oscuridad; los árboles ya no soltaban más agua y la luna ya habría salido por encima de los bosques; la volvió a tomar con un movimiento suave: ella temblaba entera desde la planta de los pies hasta los cabellos, pero sin fiebre, casi de modo solemne, como un árbol joven que responde con todas sus hojas al viento. Ya no se sentía ni tenso ni ansioso: era más bien como un río a mediodía, a la sombra de los árboles. «Como el pez en el agua —se dijo—, he encontrado mi placer, y es sencillo, estoy bien aquí para siempre». De cuando en cuando tomaba con sus labios uno tras otro los pezones de aquellos senos que se deslizaban un poco a cada lado del pecho: sentía como un largo impulso, pleno y nocturno, venido de muy lejos y que los oprimía contra su boca. «¡Qué bueno eres!», le decía ella a veces en aquella lengua en la que empezaba a hablar que no conocía la mentira, y en la que «bueno» había dejado de tener cualquier otro sentido que el de «bueno para tener». «¡Yo te he *seducido*…!», añadía con su carita satisfecha, mientras le cogía la cabeza entre las manos, alejándola un poco de la suya para poder mirarla con los dos ojos; y después, empujaba de nuevo contra la suya su boca testaruda y regresaba a su pradera.

Él volvió al fortín envuelto en una nube; cuando se despertó por la mañana, un sol ya vivo se paseaba por la habitación; todavía medio dormido, pudo escuchar de nuevo aquella vocecita clara, que le era ya conocida como el chorro de agua que se oye temprano en el jardín, y que estaba hablando abajo por la ventana con Olivon; saltó de la cama, corrió a la ventana y vio desde arriba el capuchón azul instalado bajo los cristales, plantado allí con el amanecer, más tranquilo que una seta. «¡Es maravilloso —se dijo guiñando los ojos bajo la luz cruda—, todo empieza de nuevo!». Y un momento

después, ella estaba ya en su cuarto; otra vez la barbilla levantaba hacia él una nariz húmeda; él la miraba fijamente, incrédulo y pasmado como si ella hubiera bajado por la chimenea.

Los carros blindados del arma de caballería y algunos elementos de dragones transportados maniobraban a lo largo de la carretera. Se trataba de unidades bastante reducidas, ya que no había demasiado espacio para desplegarse entre el Mosa y la frontera, y las formaciones acorazadas —de dar crédito a los rumores— maniobraban más lejos, a retaguardia, en los campos de Champagne; pero de todas formas la caballería del Mosa estaba destinada a operar en las Ardenas, ensartada en aquellas largas hebras de caminos forestales que los senderos de caza tan mal entretejían: se adivinaba que hacer progresar por aquella misma línea las púas de un peine era lo mejor de lo mejor de todos aquellos ejercicios que en ocasiones despertaban bruscamente a las Falizes con el rugido de los motores. Aquellos días en los que Olivon llamaba temprano a la puerta de Grange («Es la vuelta a Francia, mi teniente»), los forestales abandonaban su ermita, y cuando hacía buen tiempo se instalaban algunas veces durante horas a lo largo del camino, como si fueran campesinos de principescas arboledas que ven pasar las monterías de caza mayor; además, los soldados de caballería con quienes trababan conversación durante los descansos y que circulaban lejos y deprisa en sus vehículos, representaban para ellos un poco la buena suerte de una tripulación en una escala: traían noticias de acantonamientos perdidos en las profundidades del cuerpo de ejército, más allá del Mosa, como un viento de otros lugares, un eco más lejano del vasto mundo. A Grange le gustaban los de caballería: soldados y oficiales le parecían todos más jóvenes que los gastados reservistas con los que se cruzaba en Moriarmé: con ellos circulaba un aire más vivo, como el que sopla en los estadios, una especie de piafar que no era desagradable en absoluto; y había también un pensamiento más

confortable, en el que no quería detenerse de manera más precisa, al ver desfilar en tan buenas condiciones un material y una tropa destinados a ser arrojados hacia delante el día en el que los alemanes atacasen. Las autoametralladoras, los carros oruga y los vehículos de dragones transportados formaban una procesión sobre la larga pendiente que ascendía hacia Bélgica con un encrespamiento de pesados animales, mientras el ruido de aplastamiento de los coches oruga sobre el pedregal recién colocado casi apagaba el rugido de los motores a pleno rendimiento. Grange se divertía algunas veces durante unos instantes cerrando los ojos para comprobar cómo hasta en sus momentos más adormilados la guerra alertaba siempre más íntimamente el oído que la vista, por esa especie de enorme bamboleo de rastrillo gigante que se arrastra sobre la tierra removida. Lo que también le llamaba la atención era cómo hasta el bosque parecía haber sido reordenado para aquellas cabalgatas brutales y altivas. El vacío abierto en sus largos senderos, las bóvedas del ramaje que abrían brechas en las arboledas y a veces escapaban durante leguas hacia el horizonte, como hacia un misterioso boquete, no parecían haber sido hechos para la pequeña vida insulsa de leñadores y carboneros que allí habían vegetado mientras esperaban que se levantase el telón. El bosque respiraba, más amplio, más despierto, atento hasta lo más hondo de su corazón y de sus escondrijos repentinamente sacudidos por las señales enigmáticas de no se sabe qué regreso de otros tiempos —un tiempo de grandes cazas salvajes y de altivas cabalgatas—, y se hubiera dicho que la antigua pocilga merovingia husmeara todavía en el aire una olvidada fragancia que la devolviera a la vida.

Grange y Olivon se habían sentado algo retirados del borde de la carretera, sobre unos bidones vacíos de gasolina, y miraban pasar los vehículos acorazados. No estaban muy interesados —el espectáculo ya no era muy nuevo—, pero tampoco se aburrían. Así suele verse a los porteros en los atardeceres del verano, sentados a horcajadas en sus sillas bajas, al borde mismo del tráfico que fluye por la calzada: a su manera, ellos también escapaban de su portería

sin aire: un poco de viento como de alta mar circulaba por la carretera con aquellas tropas que iban deprisa y lejos. A Grange le intrigaban los carros de combate: se preguntaba qué especie de alma nueva les había podido crecer en su interior a los habitantes baqueteados de aquellas pesadas máquinas: un día, un compañero le había hablado de la extraña e irracional seguridad que uno encontraba de repente solo con circular así, con el rodete del casco apoyado en el blindaje, en medio de aquel alboroto estruendoso. Algunos oficiales iban sobrepasando sin cesar la columna por ambos lados, en sus vehículos requisados; el convoy se deslizaba hasta perderse de vista en medio del rechinar de los engranajes y como en el interior de una especie de gigantesco capullo de polvo gris, que se balanceaba por el sendero salpicando hasta las más pequeñas cadenas de los coches oruga de una harina morena, como la de los caminos de las caleras. El conjunto se deslizaba por la calzada como un río en crecida, muy sucio, muy gris, con sus atascos y remolinos, con sus piedras arrastradas y un azotar de ramas desprendidas, pero casi como si fuera un espectáculo natural: se sentía como si en medio de aquel paisaje la guerra hubiera puesto casa con la despreocupación —un poco agotadora— de aquellos inquilinos cargados de muebles que no acaban de ver llegar todos sus baúles.

—Es igual —dijo Olivon inclinando la cabeza después de mirar durante un buen rato y sin decir nada el estruendoso desfile—, no se lo pasan bien en la caballería. Este no es un camino para que por él se arrastren esos carros oruga.

—No hay muchos riesgos de que se estropeen.

—¡Oh! No se trata de eso, mi teniente. —Olivon inclinó otra vez la cabeza—. Se trata de los coches oruga. Lo desgastan todo…

Grange le miró, confundido. Olivon siempre le desconcertaba. «Desde luego —pensó—, se ve de todo en la guerra. Hasta militares ahorrativos».

—Vete a por bebida —dijo. Comprendía que Olivon necesitaba hablar. Era uno de aquellos días en los que *pensaba la guerra*, como decía Grange: el paso de la caballería siempre le hacía concebir en

su caletre extrañas ideas estratégicas. Le tendió la llave del blocao: el fortín guardaba las botellas al fresco en la pequeña galería subterránea de evacuación, que servía de sótano. Cuando tuvieron el vaso en la mano, de cada vehículo y por detrás de su nube de polvo, surgió al llegar a su altura una salva de chasquidos de lenguas y bromas pesadas. Cuando Olivon levantaba de vez en vez el brazo con la botella para saludar al convoy, arreciaban los gritos como cuando Polichinela levanta el telón. «No tienen sed —pensaba Grange, entre bromas y veras—. Saludan al fetiche».

—Esto es lo que les ordena hacer vista a la izquierda, mi teniente. —Olivon meneaba todavía la cabeza con aire apenado—. En este ejército solo entienden de bebida.

—No parece que esto vaya bien, Olivon.

—Hay días… —se encogió de hombros—. No digo que no tengamos una vida tranquila. Pero a veces uno piensa…

Sacudió la botella sobre la grava con aire falsamente despreocupado.

—… ¡Tienen huevos, los de caballería! Dicen que si el golpe es duro, se largarán hasta Lieja. Con cuatro horas les basta.

—Puede ser.

A Grange le gustaba desalentar todas las curiosidades, y en primer lugar la suya. Se enfurecía instintivamente contra las noticias de la guerra, las briznas de informaciones que forzosamente le llegaban sobre el sesgo que algún día podría tomar la campaña, del mismo modo que la piel se endurece y retrae frente a una punta aguzada que la amenaza. Aquellos terrenos de la falsa guerra eran habitables, y hasta demasiado habitables, solo que dentro de ellos se vivía como si la cantidad de oxígeno en el aire hubiera disminuido, como si la luz se hubiese vuelto más tenue de manera imperceptible: era un mundo en el que ya no habría buenas noticias: allí no se podía respirar más que entre dos luces, acurrucado en el seno de una especie de astucia sagaz, a cambio, minuto a minuto, del pensamiento de lo que podía suceder. El mundo de las

enfermedades indoloras, pero desgraciadamente progresivas, las de *pronóstico reservado*.

—Hay algunas granjas en las Falizes, el alcalde pasó por ellas anteayer. Les ha aconsejado que envíen a sus hijos al interior —reanudó Olivon. Seguía evitando mirar a Grange, y fijaba su mirada detenidamente en la calzada donde las ruedas se encarnizaban cada vez más en aplastar el fresco pedregal.

—No se ha dado ninguna orden de evacuación.

—¿No? —Olivon calibró la noticia con cierta consideración, pero no pareció tranquilizarle del todo—. A pesar de todo, ayer llegaron personajes importantes a Moriarmé. Hervouët lo supo en el trabajo.

—¿Importantes?

—Pues sí, importantes… generales —dijo Olivon con una mueca de disgusto—. Para inspeccionar. Incluso subieron hasta la frontera. Pasaron por el blocao de las Buttés.

Grange se asombraba siempre de aquella red de información sutil que circulaba por mil caminos a través de la tropa, como el *telégrafo árabe*, y que cortocircuitaba cuidadosamente a los mandos, como si fueran colonos aislados dentro de una muchedumbre indígena.

—Eso nos evitó tenerlos que recibir nosotros.

—¡Desde luego! —Esta vez Olivon se volvió hacia Grange, mostrando una sonrisa a medias que le relajaba—. Pues a pesar de todo —repuso, sombrío—, eso es malo. Desde hace una semana han colocado artillería pesada detrás del Mosa. Puede ser que ocurra esta semana…

—¿Que ocurra qué?…

—¡Oh!, pues, mi teniente… —Olivon volvió la cabeza, esta vez molesto y hasta un poco escandalizado—. Pues el gran golpe.

«Y no han nombrado al sol, pero su presencia está entre nosotros», pensó Grange. Un leve estremecimiento le recorrió la espalda. Su pensamiento estaba hecho de tal manera que una idea lógica no le afectaba demasiado, pero el presentimiento ajeno se deslizaba en su interior sin apenas resistencia: lo que en el capitán Varin solamente le irritaba, ahora atacaba sus nervios de manera

mucho más sutil: era como el olor del relámpago en el aire, el miedo contagioso de los animales antes de la tormenta.

—Los alemanes no están locos —dijo encogiéndose de hombros —. ¡En noviembre! Las carreteras, por aquí, una vez que haya nevado…

Con el extremo de la fusta registraba sin convicción en el lecho de hojas secas que el viento había aplastado contra el arcén del camino. Ya secas y grises, se amontonaban por momentos en el remolino del aire que levantaban los vehículos. A cada lado del sendero y por entre las ramas desnudas, se transparentaba un cielo azul pero más pálido, a través del bosque enflaquecido. Más lejos, sobre la superficie rugosa de la espesura, una fina serpiente de polvo se elevaba lentamente por encima de las ramas: la caballería maniobraba también por el sendero de las Houches. La guerra no se instalaba con rapidez, sino por pequeños toques, e insensiblemente tomaba posesión de la tierra a la manera de una estación gris: cuando ellos callaban, no se oía más que el rugido de los motores, y más allá, hacia el valle, el ronroneo lejano de un avión de la escuela de pilotos que se mecía suavemente sobre las humaredas del Mosa. El día era claro, pero ya frío: los ruidos llegaban muy lejos.

—Son astutos, los alemanes, mi teniente. —Olivon meneó la cabeza con aire terco y malhumorado, como un hombre que sabe lo que dice—. ¡Tienen unos trucos!

Acabaron de beber la botella sin apenas hablar más. Los vehículos ahora se iban espaciando: el afligido silencio del crepúsculo invernal volvía a caer sobre el bosque. Cuando se levantaban para volver al blocao, oyeron por detrás el carraspeo de un motor cuyos fallos se acumulaban: una autoametralladora de reconocimiento se detuvo a un lado del camino, casi a su altura, como una sombra maciza al atardecer, bajo el color gris de la artillería. Salieron el jefe del carro y el conductor, y, tras echar un vistazo al motor y al depósito, se dirigieron a Grange, que se había detenido para mirarles bajo el cubierto de los árboles.

—No tenemos gasolina —dijo el teniente—. ¿Hay algún teléfono que podamos utilizar? Me temo que por aquí ya no va a pasar nadie más —dijo haciendo una mueca al volverse hacia el vacío horizonte.

El teléfono todavía no llegaba hasta las Falizes. Grange mandó a Gourcuff, que acababa de regresar en bicicleta hasta Moriarmé. El vehículo de reparaciones no llegaría antes de dos horas. Grange invitó al blocao a la tripulación del carro averiado, y mandó que subieran otra botella. La presencia del motor en aquel ejército que cambiaba de piel con treinta años de retraso convertía en rechazable toda una jerarquía olvidada. Con sus cascos de corredores de medio fondo, sus gruesas gafas y sus monos manchados de aceite, los soldados de caballería imponían respeto a Grange. Se sentía como un campesino ante aquellos automovilistas de la época heroica, que bajaban de su carro de truenos para refrescarse en una choza.

—Es coqueto su *bungalow* —dijo el teniente chasqueando la lengua tras haber subido la escalera—. ¿Y qué hacen ustedes ahí dentro? ¿Cultivan champiñones?

Los de caballería miraban la habitación a su alrededor y a través de las ventanas casi cegadas por las ramas, con aire un poco desconcertado.

Grange les explicó. El secreto de aquellas casas fuertes era como el de Polichinela, pero la falta de curiosidad de aquel ejército que parecía dormir de pie le protegía un poco a pesar de todo: y sabía que más allá del Mosa nadie, o casi nadie, había oído hablar de todo aquello. Cuando acabó, se hizo el silencio en la habitación.

—No está mal —dijo el teniente algo seco, evidentemente por decir algo. Se acercó a la ventana y, cambiando de conversación, empezó a hablar de caza: la semana pasada, un hombre de su pelotón había tenido que disparar con la pistola contra un jabalí que se disponía a cargar contra el vehículo.

—Espero que no tenga usted que disparar contra una pieza mayor —dijo Grange cortésmente.

Intercambiaron algunas banalidades mientras vaciaban la botella. Grange se sentía a disgusto: el teniente permanecía de pie, y su

mirada se escapaba hacia las ventanas: como un visitante en el cuarto de un enfermo, a quien de repente atormentan las ganas de salir a tomar el aire. Ahora era ya totalmente de noche.

—A ver si me enseña usted el blocao —dijo repentinamente el teniente con el tono del hombre que desea un momento de conversación a solas.

Los peldaños de la escalera estaban húmedos y resbaladizos: con la noche, había llegado la lluvia. A la luz de las linternas eléctricas, el blocao era todavía menos acogedor que durante el día. Un rezumar de bodega chorreaba por las paredes en grandes manchas relucientes: aquí y allí, en la oscuridad, el pie hacía crujir las conchas de algunos caracoles que se habían deslizado desde el arbolado a través de las troneras con la humedad de la noche. Del bosque subía un olor pesado y viscoso que se aferraba a la garganta: el olor podrido de las bodegas tapiadas y de los criaderos de champiñones.

—¡Extraño tugurio…! —dijo el teniente con una mueca. Tiritaba en la frescura estancada y husmeaba en el aire blando. Palpó con la mano el delgado tubo del cañón, y levantó la funda de lona de la culata—. Esto se parece bastante a un panteón de familia, ¿no cree? Perdone esta broma que tal vez no venga ahora a cuento —añadió con una sonrisa apenas convincente.

—Uno se va acostumbrando —contestó secamente Grange, encogiéndose de hombros. Ya no se sentía de muy buen humor: empezaba a lamentar haber invitado a aquellos soldados de caballería en sus cacharros, cuando el aceite se calienta…

—Sí, sí, es una cuestión de gustos —interrumpió el teniente conciliador. Echó un vistazo intrigado por la tronera. Toda la ironía del rostro aleteaba en sus narices y en el labio superior que temblaba levemente pero sin parar, como el hocico de un conejo: esta especie de olfateo animal y continuado molestaba a Grange: se hubiera dicho que perseguía en el aire denso alguna huella sospechosa, algo más inmaterial que un simple olor. De cuando en cuando el teniente miraba a Grange de reojo, con una especie de guiño de alegría, que aquel lugar convertía en vagamente lóbrego.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando la trampilla de la galería. Grange la levantó: bajo la luz de la linterna, surgiendo de entre las sombras los primeros escalones; un olor a raíces y tierra mojada subió lentamente de la abertura.

—¿Y de este modo piensa usted detener los Panzer por aquí? —reanudó el teniente mientras hundía las manos en sus bolsillos, inflando un poco las mejillas como si la ocurrencia le hubiese parecido sumamente divertida.

—No veo cómo los carros pueden pasar por el bosque —dijo Grange levantando una ceja hostil—. Y de todos modos, esto no dejaría de hacer pupa… —y con la punta de la bota señalaba la culata del cañón.

—Pero no van a tener solamente los tanques…

La voz del teniente se había hecho clara y precisa, extrañamente imparcial.

—Le voy a ofrecer la primera pista, es un regalo y una primicia. Con los primeros blindados tendrán ustedes a los zapadores y la infantería transportada, de repente, y con toda su fuerza. Y esos tíos no vendrán por la carretera. Darán una vuelta. Vendrán a llamar a su caja de caudales muy cortésmente y a la puerta, pero con uno o dos cartuchos de minero, y usted podrá ya desearse las buenas noches.

Levantó la mirada de nuevo hacia el techo, y tocó las paredes con los dedos doblados, mientras silbaba.

—Tienen que tratar de colocar minas alrededor del blocao. —Grange se encogió de hombros—. ¿Y qué quiere usted que hagamos?

—¿Usted es reservista?

Grange asintió.

—No veo más que una salida, querido camarada…

Colocó su mano levemente sobre el hombro de Grange y le miró fijamente, con una mirada que ya no bromeaba.

—Un buen consejo a cambio de su excelente botella. Yo me las arreglaría para cambiar de aires. Esta casita que le han alquilado a

usted en el bosque… ¿sabe cómo la llamo yo? Sin querer ofenderle, yo llamo a esto una trampa para idiotas. Aquí dentro estará usted atrapado como una rata.

Hubo un momento de silencio.

—… Lo que quiero decirle, ¿sabe usted…? —Hizo como que sonreía apenas, casi con cortesía—. En resumidas cuentas, está usted muy fresquito aquí. Puede ir rezando al Señor para que no aparezcan.

Se oyó una bocina ruidosa en el sendero; volvieron a subir. El coche de reparaciones ya estaba allí; los de caballería se despidieron.

«Voy a quemar azufre en el blocao, para desinfectar», pensó Grange furioso y descontento. Felizmente, nadie más había estado allí. Se sentía menos inquieto que estafado: era como un hombre que acababa de prestar todo su dinero a un timador.

El otoño permaneció sobre las alturas de las Falizes durante mucho más tiempo de lo que Grange había esperado; después de los días de lluvia, que habían empapado los fondos del bosque pegando a las suelas de las botas raquetas de hojas podridas, de repente un seco y diáfano viento del este despejó el cielo y endureció los caminos, haciendo crujir las hojas de los robles que todavía colgaban de las ramas; era como un veranillo de San Martín, tardío, vivo y cortante, rodeado de hielo, que se hubiera aventurado hasta el corazón mismo de diciembre. Cuando Grange descendía al amanecer la escalera, para fumar su primer cigarrillo en el sendero, después del café, ya había una huella de escarcha blanca en cada brizna de hierba, y las ramas dejaban caer desde el extremo sus pesadas gotas sobre la arena de las cunetas, mientras por encima del bosque, que los robles todavía dejaban aparecer frondoso, un cielo de un azul frío, de un resplandor de cristal, se endurecía bajo el viento helado. Le gustaba esta escarcha que fortalecía los caminos y en ocasiones llevaba hasta la casa fuerte el chirrido continuo de la pequeña

serrería de las Falizes y los ahogados chasquidos de los árboles derribados bajo el hacha: en el camino, donde las botas claveteadas arrancaban chispas al pedregal, la mañana olía a bosque fresco y a pedernal y durante algunos minutos Grange respiraba, a su pesar, con el aire ácido del amanecer, aquella alegría un poco embriagadora propia de las mañanas de guerra que surge del cansancio nuevamente vencido en los hombros, del frío tónico del raso, de la libertad de los caminos abiertos de nuevo. Le gustaban todas las señales del invierno que se acercaba; le gustaba aquel tiempo privilegiado en el que se entraba en los largos sueños y las cortas jornadas: era como un tiempo robado en el que se duerme mal, pero mejor para tomar que cualquier otro, como esas vacaciones mágicas que a los colegiales depara un incendio o una epidemia.

Ahora, antes de llegar a las Falizes, abandonaba la carretera a la entrada del claro, y tomaba un sendero de tierra que se introducía entre la orilla de la espesura y los setos espinosos de los huertos: cuando estaba libre desde el amanecer, nada le gustaba tanto como despertar temprano a Mona y entrar en su casa con el olor de la mañana húmeda. Si llegaba demasiado pronto, una capa de niebla se arrastraba aún por las praderas, de la que solo sobresalían las casas, la crestería de los setos y las copas de los redondos manzanos. De las chimeneas surgía ya algún hilo de humo; a veces, alguna mujer que vadeaba a su guisa por entre la niebla una invisible alameda, tendía ya desde el alba su colada a secar entre los cultivos de verduras. Una idea de la felicidad estaba siempre vinculada para Grange a los senderos que se deslizan entre los huertos, y la guerra la reavivaba: aquel sendero lavado por la noche, colmado de plantas frescas y de una abundancia casi comestible, era para él ahora el sendero de Mona; llegaba a la linde de los bosques como a la orilla de una isla feliz. La puerta de Mona nunca estaba cerrada, y no para que su amigo pudiera entrar por la mañana sin despertarla, sino porque era de la raza de esos nómadas del desierto a quienes angustia el ruido de una cerradura: allí donde estuviera,

ella plantaba su tienda de campaña siempre al aire libre y en la encrucijada de los vientos. Cuando Grange entraba, en el cuadrado de luz gris que formaba la puerta abierta, vislumbraba en primer lugar, sobre la mesa de cobre, el contenido de sus bolsillos que ella había vaciado en un montón antes de acostarse, y donde se mezclaban las llaves con caramelos de menta, impregnados de migas de pan, una canica de ágata, un frasquito de perfume, un trozo de lápiz mordisqueado y siete u ocho monedas de un franco. El resto de la habitación estaba muy oscuro. Grange no abría las ventanas enseguida; se sentaba sin ruido cerca de la cama que surgía un poco de las sombras, vasta y tenebrosa, iluminada desde abajo por las brasas de la chimenea y el reflejo grasiento de los morillos de cobre. Cuando Mona se despertaba, con aquella manera instantánea que tenía de pasar de la luz a la sombra (solía dormirse en medio de una frase, como los niños pequeños), tundido, azotado, mordido y vapuleado, él se sentía como bajo la ducha de una cascada de abril, y se quedaba como desposeído de sí mismo para todo el día; pero aquel minuto durante el que todavía la miraba dormir era algo más serio: sentado a su lado, tenía la impresión de protegerla. El frío se deslizaba en la habitación a pesar del fuego moribundo; a través de los postigos mal ajustados rezumaba un gris amanecer; por un momento, se sentía arrastrado hacia lo más hondo de un mundo apagado, devastado por los malos presagios, incubado por completo por un negro pensamiento: paseaba la vista a su alrededor como para buscar allí aquella herida tan trabajosa que provocaba una mañana tan pálida, enfriando aquella habitación ahora triste hasta la muerte. «Que ella no muera», murmuraba supersticiosamente, y la palabra despertaba un eco distraído en aquella habitación con las ventanas cerradas: el mundo había perdido todo recurso; se hubiera dicho que hasta toda escucha se había apartado de su propio sueño.

Mona dormía boca abajo, arropada en las mantas, con los brazos extendidos de par en par y con las manos hundidas bajo el almohadón, aferrando la cama por ambos lados, y Grange, al

asomarse a ella, sonreía a su pesar, siempre asombrado de que incluso en medio del sueño el atractivo de aquel cuerpecillo, que él mismo había reconocido como su bien y su alimento, fuera tan poderoso. A menudo dormía desnuda. Cuando le levantaba un poco las sábanas sobre los hombros, comprendía que aquel repentino sueño de niño que la aniquilaba —y que le seguía asombrando tanto — había mezclado en el último momento a su cansancio el recuerdo de una dulce trampa: era como si una extraña urgencia la hubiese conducido hasta él a través de toda la larga noche invernal, y algo le conmovía el corazón: se desnudaba rápidamente, sin ruido, y se tumbaba a su lado. A veces, pasaba un brazo bajo su cuerpo, y deslizando el otro por el hueco de su vientre la abrazaba un momento sin que ella se despertase, toda envuelta aún en su lío de ropa: durante largos momentos, sintiendo ascender desde el hormigueo de sus brazos hasta sus hombros el calor de sus manos repletas, la miraba maravillado como a un niño robado que se lleva en sus mantas. Posaba la boca en su hombro: ella se despertaba en un segundo, lo agarraba con sus dos manos y enseguida apoyaba contra aquel beso su propia frente testaruda: era una lluvia de besos que nunca se cansaba, una joven tormenta de tierna alegría y de pródiga gentileza. Saltaba de la cama desnudo, para abrir las ventanas a la mañana ya clara, donde la niebla se disipaba por encima del jardín y dejaba deslizarse hasta las sábanas un amplio rayo de sol; agotados, ya no se separaban: durante horas enteras bañados en aquel sol amarillo, que hacía moverse sobre la pared la sombra de las redes de los ramajes, ella vivía a lo largo de él como una breve enredadera. Un dedo maligno rozaba la puerta, y sin esperar la respuesta, Julia entraba con la bandeja del humeante desayuno. Grange, con un movimiento rápido, volvía a cubrirse con la sábana, pero Mona seguía desnuda, enderezada, con medio cuerpo fuera de la cama revuelta, y Julia se reía un poco al acercarse para depositar la bandeja, con aquella risa gutural frente a los senos ligeros y el vientre joven que surgían de la espuma de las sábanas como del mar. «Su amante», pensaba él, desconcertado, y

ante el conjuro de aquella palabra todo se derretía en su interior como una repentina y ambigua embriaguez: la mirada atrevida y la sonrisa de aquella boca joven y desmadrada otorgaban a sus besos una especie de delirio en el que todo se mezclaba. Nada le desorientaba tanto como aquella hambre permanente que tenía de ella, en la que ya no habría nunca ni cansancio ni hastío, y cuya primera aparición ácida e inquietante, tan poco sensual, tan mal había prometido. Lo que le imponía más era que ella le hubiese capturado y arrojado en su cama con aquella loca rapidez que todavía le dejaba sin aliento: en todo ello veía la señal de una tierna genialidad.

—En amor —le decía— tienes la táctica de Napoleón: primero se actúa y después se mira. —Con un dedo jugueteaba con la crucecita de oro que ella llevaba al cuello; recordaba que por las noches, antes de dormirse, ella rezaba como una niña prudente educada en un convento, y leía con Julia fragmentos de *La leyenda dorada*, que se sabía casi de memoria, con toda clase de pormenores. La primera vez que había dormido con ella, mientras descansaban en la oscuridad, se había puesto a contarle de sopetón, con una especie de gracia infantil, la historia de san Benito y de su hermana Escolástica, feliz de que una tormenta hubiese retenido a su hermano a su lado, permitiéndole disfrutar de su conversación y de sus lecciones. Afuera, la lluvia pesada de las Ardenas azotaba leguas y leguas de bosque. Era algo tan inesperado y sin embargo tan encantador… El tono, sumamente infantil, era el de las jóvenes escolares que se acurrucan en un abrigo frente al chaparrón, y que se cuentan historias mientras esperan que pase la lluvia.

—Pero ¿cómo sabías…? —añadía él a veces con una perplejidad pasmada, apretando contra su hombro aquella cabecita tan azul y tan rubia.

—No seas tonto —respondía ella con aquella boca juiciosa de joven desposada. Se incorporaba apoyándose en el codo y le miraba fijamente de cerca, con sagacidad y poniéndole un dedo en los labios—. No eres tonto, pero sí un poco bobo.

Incluso mientras desayunaban, ella le abrazaba con las piernas, mientras mordisqueaba a la manera de los jóvenes perritos la mano que movía la cucharilla o acercaba el azucarero. «Eres como el papagayo en el árbol —le decía él riéndose, y hundiendo su mano en la larga melena que fluía como el agua—, siempre sujeto al árbol con una de las patas y con el pico». Y en esto el mordisqueo se convertía en verdaderos mordiscos; la aferraba contra sí y la estrechaba hasta con las uñas, con un matiz de locura del que surgía el sabor a sangre, y al mismo tiempo miraba en la pared la mancha del sol amarillo que había descendido hasta casi tocar la cama. «Poco tiempo —se decía con una especie de estupor—, tengo poco tiempo». Saltaba de la cama y se vestía apresuradamente: era la hora en que la camioneta subía a las Falizes. La guerra sumía siempre a Mona en una extrañeza incrédula e indulgente.

—Pero cariño, ¿qué puedes hacer tú en esa casa que es tan fea? —le decía a veces mientras se vestía. Le miraba arrugando un poco la frente como para despejar una idea difícil, acodada con los dos brazos al borde de la cama y con la barbilla hundida entre las manos, y repentinamente aquellas palabras le separaban de ella, le apartaban de su orilla: le parecía que un casco gigantesco, que surgía por la respiración del mar, se levantaba debajo de él sin que nada pudiera detenerlo.

Ya de vuelta en las Falizes, toda su jornada seguía siendo activa y al aire libre: pero incluso cuando no tenía cita con ella, nunca debía perder de vista del todo la posibilidad de que de un momento a otro se presentara allí: sea que hubiese aprovechado un coche que bajaba del caserío a Moriarmé, sea que hubiera arrastrado a Julia a dar un paseo por el bosque, de repente oía el paso menudo que subía como una exhalación la escalera de la casa fuerte: le parecía que los tiempos muertos habían desaparecido de su vida. Incluso su ausencia le resultaba ligera: avanzaba por cada una de sus jornadas como por aquellos caminos aventados de las playas que son más vivos que otros porque en cada recodo, a su pesar, uno levanta la vista para ver si el final de su trayecto no le llevará de nuevo al mar.

Con el avituallamiento y el correo, la camioneta traía también de Moriarmé los periódicos: a menudo, cuando esperaba a Mona en la casa fuerte por la tarde, se instalaba, para sorprenderla de más lejos, delante de la ventana desde la que, al asomarse, se descubría la perspectiva del camino, y desplegaba a su lado el paquete de periódicos. No se explicaba muy bien el interés que ponía en ello. Lo que se desprendía de toda aquella lectura era más bien una suerte de bostezo general en buena compañía: se hubiera dicho la prensa de los peores días huecos de la canícula, pero como aderezada por una discreta entrada de los cobres que reunía la más viva afición a los deportes al aire libre con los últimos suspiros de los *consultorios sentimentales: El administrador de una isla se ahoga en el puerto de Lorient en una visita de inspección. — Hasta los treinta y ocho años, una novela de amor, y después de los treinta y ocho, una novela de gloria, tal fue la vida heroica y legendaria de Kosciusko—. ¿Por qué no tocamos unos compases de* La Marsellaise *a continuación del* God save the King?, *pregunta en la Cámara de los Comunes el general de brigada Spears*. Toda aquella charlatanería de habitación de enfermo cercaba un vacío que se convertía en fascinante: de repente, una frase misteriosamente alusiva que parecía bostezar tontamente al final de un párrafo, hacía pensar que había desaparecido una doble página. La guerra seguía vivaqueando, carboneaba aquí y allá, como un fuego en el bosque mal apagado; una ventolera repentina le hacía salvar centenares de leguas, extraviaba las pavesas hasta los límites perdidos de la Carélie. ¿Qué podía significar aquello de la guerra en Finlandia? Muy lejos, al aire libre, se sentía que el tren del mundo seguía su camino de manera como distraída, y las noticias de todo aquello no parecían muy distintas de lo que solían ser en tiempo normal; y uno hasta se extrañaba de que aquella guerra fuese tan habitable; y solo aquella gesticulación seguía siendo muda, como si se la hubiera observado por una gruesa escotilla de camarote: se hubiese dicho que sobre el mismo corazón de Europa, sobre el corazón del mundo, había descendido una enorme campana de buzo, y uno se sentía atrapado bajo aquella campana cuya

blanda atmósfera oprimía las sienes y hacía zumbar los oídos con un leve bordoneo. De cuando en cuando, Grange levantaba los ojos de aquellos periódicos repletos de ausencias, y miraba hacia el bosque: soñaba con los periódicos amarillentos de 1914, que a veces le entretenían cuando de niño hojeaba la colección en el desván, repletos como habían estado por aquella acometida brutal, como con un amplio y enérgico relincho por debajo de aquellas líneas blancas, que se había soltado de repente frente a un público que pataleaba por la pistola del *starter*. ¿De dónde podía venir el que esta nueva guerra provocase en el mundo pareja enfermedad de languidez? De vez en vez, una hoja seca se desprendía de una rama y resbalaba sin ruido hasta el camino, insignificante en aquel aire frío y nítido, pero lo que se avecinaba ya no era desde luego el sueño del invierno; podía pensarse, antes bien, en aquel mundo que había dejado de funcionar en los alrededores del año mil, abandonando en todas partes el rastrillo y el arado, con la muerte en el corazón, mientras esperaba las señales. «No era esta vez», pensaba Grange cuando se acercaba el galope del Apocalipsis: a decir verdad, no se esperaba nada ahora, si no fuese, difusamente presentida, aquella postrera sensación de caída libre que vacía las tripas en las pesadillas, y que si se hubiese intentado definir —pero no se sentían ganas de hacerlo— tal vez se hubiera calificado de *estar en las últimas*; lo mejor ahora era el sueño embriagador sobre el pedregal: nunca como ahora, con aquella mano rabiosa y un sabor a náusea en la boca, se había cubierto Francia con la sábana hasta hundir su cabeza. Y cuando terminaba de leer los periódicos, se vertía un poco más de café de la cazuela de la estufa y encendía un cigarrillo. No se ponía a leer enseguida otra vez (se había traído, en su cantina, junto con algunas novelas policíacas —ya devoradas, pero que volvía a leer de nuevo— un Shakespeare de bolsillo, el *Diario* de Gide, que acababa de aparecer, y las *Mémorables*, de Swedenborg, en una edición inglesa), sino que intentaba imaginarse por un rato cómo sería la guerra que se acercaba, esto es, se esforzaba en construir un marco de acontecimientos más o menos

plausibles que desembocaran en la indefinida continuación de aquel *camping* en el bosque. No era tanto el peligro lo que le preocupaba en el caso de una verdadera guerra, sino el movimiento: la peor de las desgracias sería la de tener que abandonar la casa fuerte. Pero, en resumidas cuentas, sus posibilidades eran bastante razonables. Había que descartar la entrada de los alemanes en Bélgica: con una vez ya bastaba. Tal vez los alemanes atacarían esta vez por Suiza, o bien asediarían la línea Maginot, y eso iría para largo: un duelo de artillería un poco académico, algo como el asedio de París en el setenta, cuando las familias endomingadas iban a dar una vuelta después de misa, por entre los baluartes, a la caza de fragmentos de obús como recuerdo. O quizá se arregle el asunto entre aviadores. A veces se imaginaba a dos ejércitos de centinelas prosiguiendo indefinidamente su guardia a cada lado de un *border* que se iba convirtiendo en una jungla de locas hierbas: esa era la idea que más le gustaba; el recuerdo de *Los cosacos* le otorgaba una especie de poesía: sería como la vida salvaje, las largas juergas, la camaradería de los vagabundos de los bosques, las noches de emboscada repletas de pisadas de animales. Incluso un cierto ritmo de vida regular no resultaría a la larga imposible; pero quizá más arriesgada, más alerta, ya que el ruido de un disparo no hablaría solo de caza. Y él viviría allí con Mona.

—Sí, ¿quién sabe? —pensaba frunciendo al mismo tiempo el ceño frente a aquel impulso de ciega alegría que nunca había conocido anteriormente y que le daba también miedo; y acariciaba deprisa, con la yema de los dedos, la madera blanca de la mesa: desde hacía unas semanas se estaba volviendo supersticioso. Sin embargo dormía mal, incluso en medio de aquellos pensamientos: con aquel falso sueño del cuerpo que durante toda la noche intenta equilibrar el leve balanceo de un tren rápido en plena marcha.

Desde la ventana en la que se apostaba, divisaba a Mona a partir del cruce con la carretera de las Falizes, a una media legua: un diminuto punto negro que parecía dudar un momento, allí en la lejanía, a lo largo del sendero, y que después se introducía en su

cauce y se dejaba fluir hasta la casa: sabía que era ella, pues no había mucha gente que pasara por el sendero más que a ciertas horas, y Grange los conocía a todos. En ocasiones, otro punto negro, que era Julia, iba emparejado a ella: y desde lo más lejos que podía intentaba distinguir cuál de los dos era Mona, incluso antes de que fuese legible cualquier detalle suyo, y la reconocía por aquel modo más libre y ligero que tenía de deslizarse al hilo de la ruta, como una pequeña barca que se abandona en lo más vivo de la corriente. A cada lado de la blanca carretera se extendían las desiertas malezas que se encendían ahora, hasta perderse de vista, de un color bermejo y tormentoso bajo el inmenso cielo: sentía que a su alrededor el mundo estaba trastornado y oscuro, a imagen de aquel mismo bosque dudoso, pero ante él se abría este nuevo camino: le parecía que ella llegaba hasta él por un surco abierto en el mar.

Las noches del bosque ya no eran tan tranquilas ahora. Habían llegado nuevas órdenes de Moriarmé, que mandaban controlar los pasos clandestinos de la frontera entre las casas fuertes, uniéndolas entre sí mediante patrullas. El blocao de las Falizes se veía a veces alertado por una ronda con la camioneta de la mañana. Todos los hombres se presentaban voluntarios para aquellas excursiones nocturnas; les apetecía que el servicio fuese un poco más activo; demasiada calma no presagiaba nada bueno, mientras que aquel acecho nocturno les instalaba oficialmente en una guerra inofensiva: les confería seguridad. Hervouët era el preferido de Grange para salir con él, dados sus gustos taciturnos y su flexibilidad de gato silencioso. Se deslizaban fuera del blocao en noches tan tranquilas que hasta podían oír, al alejarse por el sendero, las once campanadas que resonaban en una lejana iglesia del valle, pesadas y sonoras a pesar de la distancia, y después, claramente, mucho más cerca, el sonido un poco rajado de un campanario belga. Seguían la senda durante una media legua; más allá de un recodo, los árboles se estrechaban repentinamente alrededor y encima del sendero, como sumiéndolo en una profunda cavidad en la que flotaba en medio de la oscuridad cierto olor a musgo y agua

estancada. La linde exterior de este bosquecillo tenebroso señalaba la frontera; se detenían allí para encender un cigarrillo y fumar un momento en silencio al borde de aquella Bélgica dormida, parecidos ambos a los paseantes a quienes el sendero bloquea en el último reborde del acantilado. La oscuridad del bosquecillo era muy espesa; y a pocos pasos de Grange todo se perdía en el entramado de la espesura, que arrojaba en la noche una sombra mucho más negra; solo podía percibir, muy cerca de él, el punto rojizo de un cigarrillo, y escuchaba a un tiempo el resorte del cargador que Hervouët deslizaba en su pistola. El silencio de aquel lugar se volvía entonces casi mágico. Un extraño sentimiento le invadía cada vez que encendía su cigarrillo en aquella vegetación perdida; le parecía que soltaba amarras; penetraba en un mundo recuperado, lavado de la presencia humana, pegado a su cielo estrellado con la misma extasiada ascensión de los océanos vacíos. «No hay nadie más que yo en el mundo», se decía con una extraña alegría que le arrebataba.

En ocasiones permanecían allí bastante tiempo sin decir nada. Más allá de la frontera, el bosque dejaba deslizarse hacia ellos unos leves ruidos —a los que, a su pesar, aguzaban la oreja— parecidos a los menudos restos de naufragios ininterpretables que el mar arroja sobre un arenal y en los que maquinalmente se fija el ojo del paseante: aquella frontera sordamente alerta, en la que los bosques repletos de patrullas militares llegaban a formar no se sabía qué silencio vivo y feliz, que abría los oídos, atraía e intrigaba a Grange. Hervouët arrojaba su cigarrillo y bebía unos sorbos de su cantimplora; abandonaban la senda y se internaban a la derecha por un camino estrecho que seguía a poca distancia la línea de la frontera. A partir de allí dejaban de hablar. Avanzaban un poco inclinados —sobre un suelo blando, tapizado de hojas muertas que ahogaban sus pasos— a lo largo de lo que parecía ser una somera brecha ya antigua horadada por algún voluminoso animal a través de los espinos de las ramas de los matorrales. Cuando Grange, durante un instante, enfocaba su linterna ante él, el cono de luz

hacía surgir violentamente de la oscuridad los arcos cerrados del bajo ramaje que se soldaban por encima del camino como una bóveda de verdor: se caminaba por allí perdido como un insecto por los surcos de unas pieles, y, cuando apagaba la linterna, un reguero largo y débilmente fosforescente que se desvanecía en las extremidades de las ramas se transparentaba poco a poco en la noche oscura, por encima de su cabeza. Conforme avanzaban, la noche iba cambiando: el torpor de la medianoche ascendía lentamente sobre las copas de los árboles, y el aire más ligero de los sueños teñía la maleza de un azul de incienso vaporoso; la luna se levantaba y hacía más vadeable la tierra hasta donde alcanzaba la vista, con tanta suavidad como con la que el buen tiempo seca los caminos. Detrás de él, Grange solo oía el paso de Hervouët que a veces hacía crujir las ramas secas y el regular tintineo de la funda de su bayoneta, que volvía a sonar cada vez que la soltaba para beber un sorbo de la cantimplora mientras caminaba. Dirigiendo la linterna hacia la izquierda, hacia la profundidad de los matorrales, se veían a ras del suelo los hilillos relucientes y perlados de rocío, y los jalones de la barrera baja que corría a lo largo de la frontera y algunos pares de ojos brillaban un segundo sumidos en el haz de luz, y se oía cómo se desmoronaba a través de la hojarasca el relámpago pesado de los conejos. A la derecha, la mirada se deslizaba sobre un amplio descenso de los bosques que bajaban hacia los barrancos de los afluentes del Mosa: una luna salvaje bogaba muy alta por encima de los negros bosques; las humaredas de las hogueras de los carboneros, que el frío de la noche adensaba y aplastaba al mismo tiempo, sembraban el llano circo de los bosques de amplios charcos cenicientos que rodaban lentamente, flotando sobre la noche, levantando a veces sus bordes como la blanda y circular ondulación de las medusas. Grange lo miraba todo con la frente arrugada por la atención y por el sentimiento de una extraña expectación. Había un poderoso encanto en permanecer allí, tanto tiempo después de que la medianoche hubiera sonado en las iglesias de la tierra, sobre este terreno pantanoso y sin asidero, salpicado de charcos de niebla y

completamente empapado por el sudor confuso de los sueños, a la misma hora en que los vapores surgían como duendecillos de los bosques. Cuando hacía una señal con la mano a Hervouët, y ambos contenían el aliento por un momento, llegaba hasta sus oídos la gran pleamar de los bosques que les rodeaban, arrastrada por una especie de música sorda y revuelta, un largo y grave rugido de resaca que procedía de las plantaciones de abetos del lado de las Fraitures, y sobre el que, durante algunos instantes, ascendían de la cuenca humeante de las arboledas los crujidos de las ramas azotadas a lo largo de la huida de un animal nocturno, el cabrilleo de una fuente y otras veces un alto ladrido excitado por la luna llena. Sobre aquel vago vedado flotaba hasta perderse de vista un fino vaho azulado que ya no era el humo obtuso del sueño, sino más bien una estimulante y lúcida exhalación que despertaba el cerebro y hacía danzar frente a él todos los caminos del insomnio. La noche seca y sonora dormía con sus grandes ojos abiertos; la tierra, sordamente alerta, está de nuevo repleta de presagios como en aquellos tiempos en los que se colgaban los escudos de las ramas de los robles.

Por detrás de los abetos de las Fraitures alcanzaban la gran carretera por el paso de una barranca, y allí se sentaban sobre la hierba de la cuneta, fumando en silencio hasta el momento en el que oían resonar sobre el asfalto, más allá del recodo del camino, los pasos de la patrulla que subía del blocao de las Buttés. Grange sentía su cabeza maravillosamente despejada; un frío que llegaba hasta la médula surgía de la tierra con las primeras luces de la madrugada; aún hundido entre la hierba y envuelto en su capote, ya no había más que el olor a café caliente que el teniente Lavaud, que era hombre previsor, iba a darle enseguida de una botella termo. No le sabía mal que la guerra se anunciara de este modo, con un entrechocar de sensaciones crudas. A veces, cuando tardaba la patrulla, se adormilaba un poco sobre la hierba helada a pesar del hambre, y casi enseguida se ponía a soñar. Se trataba casi siempre de un sueño con carreteras. Soñaba con tanques deslizándose hacia

el fortín, por la amplia brecha delante de la tronera. Soñaba con lo que sería aquello.

Cuando la noche era clara y los caminos estaban secos, al regresar, abandonaba a Hervouët en el cruce del sendero bajo los grandes robles y le enviaba a la casa fuerte; él tomaba recto y al frente por el otro sendero que atajaba a través de los jóvenes abetos hasta las Falizes: por aquel lado se desembocaba en el claro a través de huertos de cerezos y campos de alfalfa, donde oleadas de piedras volcadas en la hierba levantaban sus parihuelas bajo la luna. Grange saltaba por encima de los vallados y a través de los huertos llegaba hasta la casita de Mona; antes de abrir, envolvía con su pañuelo el picaporte campesino de hierro, por miedo a despertarla; desde el umbral, acurrucada en la espesa sombra de los muebles, de los que el claro de luna arrancaba reflejos de coraza, escuchaba una respiración larga y leve que refrescaba su cansancio. Un olor a lavanda salía de los ventrudos armarios; por la puerta entreabierta se divisaban los primeros perales de la alameda, tiesos y tupidos al claro de luna, como los corales en el fondo del mar. Se sentaba junto a ella y la abrigaba contra el frío de la noche, embozándola hasta los hombros con la pequeña colcha roja que se había deslizado al suelo. Como un gatito que aguza sus garras en sueños en los trapos de su cesta, sabía que en el segundo sueño de la madrugada ella no dormiría a gusto sino en medio de un gran desorden de la cama. No la despertaba. Escondida en la oscuridad, hundida en no sabía qué ternura perdida, ni siquiera la miraba. Tan solo escuchaba contra su cadera aquel leve respirar largo, y por la puerta abierta el gran zafarrancho de las Fraitures que se perdía ahora en la lejanía. Le parecía que el edificio de su vida carecía ahora de muros, y que todo permanecía allí unido a causa de aquella puerta batiente que confundía las horas del sueño y del día y le arrojaba hacia Mona desde el hueco mismo de aquella noche de la guerra despierta. Durante un momento cerraba los ojos y escuchaba en la oscuridad sus dos respiraciones entremezcladas pasar y repasar sobre el largo y grave susurro de la noche: era como el

ruido de las pequeñas olas en el fondo de una gruta, que respiran sobre el clamor mismo de los escollos; aquel mismo dorso enorme de la marea que barría la tierra los levantaba en su seno, llevando a la par la vigilia y el sueño. Antes de marcharse, tocaba únicamente con los dedos el hueco de la mano de la mujer, un poco sudorosa, que ella extendía abierta en su sueño, con la palma abierta y hacia arriba en la oscuridad, para no se sabía qué consentimiento ciego que a él le apaciguaba.

Cuando regresaba al blocao por el sendero, veía en la brecha abierta en el bosque los *sunlights* rojizos aún, por encima del valle del Mosa, contra las primeras luces del alba: el trabajo ya no paraba, ni de noche ni de día. Las hormigoneras avanzaban. Un precursor destacamento de ingenieros se había instalado cerca de las Buttés, y Moriarmé anunciaba para el mes siguiente la instalación de los aparatos destructores en el sendero y la colocación de los campos de minas previstos alrededor de la casa fuerte.

Fue hacia finales de diciembre cuando las primeras nieves cayeron sobre las Ardenas. Cuando Grange despertó, un día blanco y sin edad, que rezumaba de la tierra, algodonaba ya en el techo la sombra de las ventanas; pero su primera impresión fue menos la de la insólita iluminación que la de una suspensión anormal del tiempo: creyó en primer lugar que su despertador se había parado; el cuarto, la casa entera, parecían planear sobre un largo deslizarse del silencio, un silencio mullido y sápido, de claustro, que ya no se detenía. Se levantó, vio por la ventana el bosque blanco hasta perderse de vista, y se volvió a acostar en el cuarto quieto con una satisfacción que le hacía guiñar los ojos. El silencio parecía respirar a su alrededor más sutil bajo aquella lujosa luz. El tiempo se había detenido: para los habitantes del Techo, aquella nieve un poco como de cuento de hadas que iba a cerrar los caminos abría la temporada de las grandes vacaciones.

Del lado de Moriarmé las comunicaciones se encontraron enseguida más o menos cortadas. La asmática camioneta requisada, aunque le hubieran puesto cadenas en las ruedas, después de hundirse una o dos veces en la nieve amontonada por el viento, ya no se arriesgó apenas a pasar las rampas heladas de la Eclaterie. Cada dos días, Gourcuff, lastrado con un cuarto de litro de aguardiente y aparejado con varias mochilas «bajaba» al batallón: volvía de allí muy tarde, muy rojo y muy borracho, albardado con sus morrales repletos que transportaban el correo, latas de conserva y cajas de galletas. La dotación del fortín, que al anochecer acechaba de lejos con los gemelos su zigzagueo precursor por el sendero, le animaba en los últimos cien metros con un concierto augural de entrechocar de cuarterolas con cantimploras.

—¡Hala, Gourcuff, al tajo! —gritaba Hervouët, mientras el bulto negro oscilaba sobre la nieve, apresurando el paso mágicamente. En el ejército del Mosa solo el argot estaba motorizado.

Le izaban por la escalera de hierro hasta la sala común, donde Olivon le «deshelaba», es decir que, sentado dando la espalda a la estufa al rojo, le embuchaba a sorbos un nuevo cuarto de grog ardiendo que reemplazaba ahora al café de la cacerola. Un vapor espeso surgía entonces de Gourcuff, mientras un charco se ensanchaba bajo su silla, y después estornudaba, con cierta majestad, y toda una gama de extraños éteres se volatilizaba en la habitación.

—Es peor que una locomotora: mea vapor —silbaba Olivon, admirativo, dándole palmaditas en la espalda—. Pero desde luego consume, es lo menos que se puede decir.

Instalado en su oficina de Moriarmé, la nieve volvía a Varin cada vez más sombrío. Las primeras inclemencias atascaban los resortes de aquel ejército asmático, enronquecían los motores de sus cacharros apenas aptos para las grandes maniobras de verano. Por encima de los treinta centímetros de nieve cesaron como por encanto todas las obras, los convoyes, los ejercicios, los toques de llamada, los disparos y todo el resto de los ruidos de la máquina: la

guarnición del Techo se convirtió en el cuartel de invierno de una Gran Compañía, una horda entumecida por la hibernación, enterrada por pequeños grupos en los tibios agujeros de sus estufas y sus iglúes. Los reglamentos, mudos, dormían cerrados en la mesa del capitán. Tras un llamamiento poco convencido a los «esquíes» y al «material de montaña», Varin levantó los brazos al cielo y empezó a hablar con un disgusto asqueado acerca de «vivir a costa del país». Por el tono del capitán pasaba toda una retirada de Rusia. La tropa, que sentía que se aflojaba la disciplina, estaba encantada. No le gustaba la imagen de lo que venía a su encuentro: aquella batalla a fin de cuentas probable hacia la que se encaminaba con el blando entusiasmo de un percherón entre sus varales: en cuanto advertía que se le aflojaban las riendas, se arrojaba de cabeza en las hierbas de la cuneta, donde buscaba los sueños del avestruz en la arena. Y bajo aquella nieve blanda que alisaba la tierra y confundía las huellas, crecía en ella la confusa ilusión de volverse invisible, de engañar al destino.

La nieve prestaba a aquel bajo y rústico bosque de las Ardenas un encanto que ni siquiera tienen las grandes arboledas de montaña, ni los abetales de los Vosgos bajo sus carámbanos de hielo. En las pequeñas ramas cortas y rígidas de sus mohedas, en las que el viento no tenía asidero, las orugas blancas se aferraban durante semanas sin desprenderse, como soldadas a la corteza por delgados caramelos de hielo formadas por las propias gotas de un deshielo recuperado vivo por el frío de las largas noches: durante días enteros, en el aire decantado por el hielo, el Techo se envolvía con la capucha de aquellas fundas, ligeros y pesados paquetes, hilos de araña y largas filigranas blancas de la mañana de escarcha. Un cielo de un azul violento estallaba sobre el paisaje de fiesta. El aire era ácido y casi tibio; a mediodía, al marchar sobre el sendero, se oía a cada lado, en las recaídas de luz solar que hacían centellear la nieve, cómo subía el ruido grasiento de las entrañas del deshielo, pero en cuanto el horizonte del Mosa enrojecía en el breve atardecer, el frío volvía a impulsar hacia el Techo una mágica suspensión: el bosque

sellado se convertía en una trampa de silencio, un jardín de invierno al que sus verjas cerradas devuelven a las idas y venidas de sus viejos fantasmas. Porque la nieve atraía fulgores más lejanos, y durante la noche parecían animarse las alturas del Mosa; ahora, durante las noches claras, por detrás del halo que envolvía las canteras de las hormigoneras, los proyectores de la defensa aérea barrían el cielo del bosque hasta más allá de la frontera con su cuádruple raya de luz, y cierta fosforescencia se alargaba y apagaba a lo lejos, sobre las ondulaciones de la nieve y entre los troncos carbonizados, semejante a la desvaída y repentina fogata que consume un copo de algodón. Aquellas luces boreales, aquella gloria de luz helada que daban vueltas en la noche vacía y parecían aguzar el frío, desorientaban el lugar y la estación. Los rayos que se deslizaban ante su ventana sin cortinas despertaban a veces a Grange en medio de la noche, como antaño el pincel de los faros barriendo crudamente su ventana en aquella isla bretona donde tan mal había dormido en otra ocasión; se levantaba y se acodaba en el alféizar, mirando durante un rato las extrañas columnas de luz que giraban lenta y cautelosamente en el cielo de invierno; un recuerdo surgía entonces en él desde el fondo de sus lecturas infantiles: el de los gigantes marcianos enfermos de Wells lanzando su incomprensible bramido por encima de los campos estupefactos.

Pero en cuanto al amanecer se apagaban las señales en el cielo, el Techo volvía a la vida salvaje. Antes de que amaneciera, Grange oía bajo sus ventanas el chisporroteo de un gran fuego de leña que Olivon encendía cada mañana bajo el cubo de la colada para que se derritiese la nieve; pronto los hombres se agolpaban en torno a su calor; a veces un leñador de las Falizes que salía a trabajar se detenía al pasar para tender sus manos hacia las llamas. A Grange le gustaba aquel crepitar matutino bajo sus ventanas, con los que *su casa* iniciaba sus murmullos para toda la jornada: desde que había llegado la nieve, sus relaciones con Moriarmé se volvían cada vez más como las de un vasallo que levanta según su voluntad el puente levadizo de su torreón y que guarda sus distancias. El fortín ya no

vivía exclusivamente del valle; las latas de conservas y las galletas que Gourcuff subía de Moriarmé se amontonaban en el blocao formando una suerte de almacenamiento para un asedio privado cuya estiba Grange y Olivon iban a vigilar de cuando en cuando.

—Ya estamos preparados —decía Olivon inclinando la cabeza ante el amontonamiento de alimentos en la fresquera, y su tono era como el de un sobrecargo que comprueba la bodega de un barco bloqueado en un banco de hielo. Por su interior cruzaba el deseo mágico de que les olvidaran allí para mucho tiempo; para siempre.

Grange había desembarcado en Moriarmé con una suma de dinero bastante considerable en la cartera, que la vida del blocao y su sueldo habían ido incrementando de mes en mes; las Falizes reemplazaron la intendencia. Allí no se encontraba ni panadería ni tiendas de ultramarinos, pero las granjas bien abastecidas para el largo invierno de la altiplanicie, y que además seguían cociendo su propio pan, proporcionaban todo lo necesario; tampoco faltaba el vino. El dinero se escurría alegremente por entre sus dedos. «Al diablo los ahorros —pensaba encogiéndose de hombros—, ya veremos más adelante. En la primavera…», y sentía en la nuca, entre el cuero y la carne —semiaprensión, semiexcitación— el cosquilleo ligero del pasajero del *Scenic railway* que contempla no lejos delante de sí, cómo la curva de los raíles inicia la gran inmersión.

Hasta aquel invierno en el Techo nunca había sentido todavía su vida tibia y latiente, libre de sus amarras, aislada de su pasado y del porvenir como por los profundos saltos que separan las páginas de un libro. Por levemente que se hubiera sentido comprometido en su vida anterior, la guerra había cortado los pocos lazos que conociera: por última vez, quizá en 1914, los hombres habían marchado a la guerra con la idea de regresar *para la vendimia*; en 1939 tan solo habían cambiado las tardes de cine por las hogueras en aquellas chozas, pero eso sí, había sido sin volver la cabeza: sabían en el fondo de sí mismos que ya no volverían a ver más que una tierra asolada por el fuego; apenas abandonada, la vida todavía cálida que

no había dejado de envolverles parecía afectada por un rápido e irremediable envejecimiento, viva, y secada de pie, pero ya blanca para la cosecha. Frente a él había ahora aquel telón corrido, aunque revuelto por extraños soplos y recorrido por aquellas luces, contra el cual sin embargo esperaban alumbrarse los focos de las candilejas. Entre los dos, había que dar por bueno el tiempo que llegaba. La tierra se había vuelto de nuevo ligera; con el invierno los enfermos y los ancianos, como consecuencia de la evacuación del hospicio, habían salido de estampía de las aldeas del bosque, unos detrás de otros, desapareciendo hacia la retaguardia entre el humo de los trenecillos asmáticos del Mosa; el Techo había rejuvenecido como una ciudad en vísperas de un sitio que expulsa de su seno todas las *bocas inútiles* Por poco marcial que se juzgara, Grange sentía a su pesar, oscura pero poderosamente, cruzar la primavera amarga y estimulante de la guerra en aquel escobazo brutal que había limpiado la tierra de sus desperdicios: el aire que bañaba ahora aquellas avanzadillas era más vivo que el que se respira en un castillo.

La nieve, que había cortado la casa fuerte del Mosa, la aproximaba a las Falizes. Ahora que los ancianos de la tribu habían desaparecido de la altiplanicie, ya vaciada también de sus hombres válidos a causa de la guerra, se oían ya desde el amanecer en las callejuelas de nieve las risas más libres y claras de las mujeres, y las cosas transcurrían con toda sencillez. Los gustos del fortín les inclinaban más bien hacia lo estable y lo consistente, y el paisaje de Navidad, las largas noches, la incertidumbre de los tiempos venideros y un fondo de seriedad campesina también en el carácter —que era muy notorio en Olivon y Hervouët— daban a sus hombres como una nostalgia de *la mujer en el hogar*. Olivon *tenía relaciones* en el Café des Platanes, donde Gourcuff iba a ayudarle a embotellar, cosa que por cierto ocurría de tarde en tarde, ya que con la llegada del invierno Grange se había convertido casi en el único cliente. Cuando entraba en el Platanes para tomar su café de la tarde, sorprendía a menudo, bajo el calendario *Byrrh* con hermosos

racimos donde revoloteaban las últimas moscas de la estación, a Olivon con un delantal de yute (el delantal del difunto, pensaba Grange: la tabernera era una viuda un poco entrada en carnes, pero agradablemente sonriente) sentado frente al periódico de la mañana leyéndoselo a madame Tranet —ocupación que no tenía nada de fútil, pues Olivon descifraba para ella en la segunda página los *Comunicados de la Prefectura*, que sembraban en aquellos confusos tiempos profundas trampas en el mundo del comercio de bebidas. Hervouët reemplazaba en su hogar a un cazador alpino al lado de una granjera tan pálida y menudita, tan agobiada por su numerosa familia y por todas las desgracias de los tiempos, que la opinión en las Falizes no había tomado a mal al nuevo sostén de la familia, y Hervouët hacía figura en las Mazures de uno de esos paladines caídos del cielo que se entregan en cuerpo y alma a la protección del huérfano y de la viuda. Grange, a quien esta interinidad ejemplar dejaba a veces un poco perplejo, se tranquilizaba pensando que sus instrucciones fuera del servicio prescribían a fin de cuentas el empleo más liberal de la tropa en las necesidades de la agricultura. Cuando se veía a Hervouët desde muy temprano dedicarse a los trabajos pesados, romper el hielo de la charca, barrer la nieve delante de la puerta antes de que se hubieran levantado en la casa, y cortar la provisión de leña del día, la función —una función a fin de cuentas bastante seria y más bien digna, señalada con un profundo carácter de necesidad— llevaba una gran ventaja sobre otra suerte de sugestiones más o menos libertinas, de tal modo que podía pensarse que aquí el orden se había reajustado por sí solo, y que Hervouët estaba justificado por sus propias obras. Pensando en los avatares de su mundillo, Grange, vagamente enternecido, no distaba mucho de encontrarlo al fin y al cabo como «bien encajado». El que más daba que pensar era más bien Gourcuff, desconcertado por la secesión de Hervouët, que se limitaba a pasear alrededor de la casa fuerte una extraña castidad alcohólica y altanera. En sus horas libres se le veía internarse por alguna senda cubierta de nieve, siempre solo, siempre un poco sudoroso y siempre muy enrojecido,

aplastándose el casco en la cabeza de un puñetazo y mascullando solemnes juramentos bretones en el cuello levantado de su capote.

—Está cazando… —decía Olivon misteriosamente guiñando un ojo hacia Grange, con el tono compasivo de un padre de familia con la cabeza bien sentada.

Lo que extrañaba a Grange era que la imagen que formaban estos emparejamientos del azar acaso fuera todo lo contrario de lo licencioso, y que el buen orden doméstico en la casa fuerte, aquella especie de disciplina bastante libre que allí se había establecido, no padeciera en absoluto. El fortín llenaba un hueco, devolvía a la aldea, entregada al vagabundeo del suave ganado femenino, un orden viril, del que no estaba ausente cierta severidad de formas inhabitual, pues si bien incluía la cama, se detenía delante de las zapatillas y el diario de la tarde. Desde que se anunciaba el rápido crepúsculo del invierno, la minúscula tropa se ceñía el cinturón, sacudía en los umbrales femeninos el polvo de los capotes, y como en un poblado del Caribe, libre y bien dispuesto, se reunía por la noche en la casa *de los hombres*, donde todo era ya de otro orden: el lenguaje, el humor, los propósitos y las bromas. Había allí un mundo frágil, suspendido por todas partes sobre el vacío, pero cuyos engranajes seguían girando extrañamente. Grange pensaba a veces en aquel reloj parado que se había puesto a andar con ocasión de un terremoto pero en el que solamente sonaban los cuartos de hora; siempre había sido aficionado a aquellos mecanismos de tres al cuarto, absurdos y delicados, en los que el azar de un momento hacía surgir la necesidad. Cuando estaba de buena fe, pensaba asimismo que aquellos amores de acantonamiento, incubados durante el invierno y que florecían únicamente con el calorcillo de los hogares, en el fondo le aseguraban: hacían derivar su cariño por Mona hacia un orden más apacible, le conferían cierta solidez y una especie de porvenir.

Ahora se levantaba muy temprano para despachar la poca tarea que le dejaba la vida a cámara lenta del fortín, y así terminar mucho antes de la hora en la que un día de agua sucia, más gris que la

tierra, empezara a filtrarse antes de que el sol traspasara los bosques: la casa que se desperezaba en la mañana todavía sucia le predisponía en favor del mundo. Le daba las consignas a Olivon y se ponía en camino, libre para casi toda la jornada. Un sol blanco crujía de nuevo bajo su costra helada; la noche se retiraba del bosque sin un soplo de viento, como absorbida por la nieve; y antes de llegar a las cercanías del sendero a las Falizes, un enorme sol rojo se levantaba frente a él desde el horizonte, en la larga perspectiva del camino. Aquel instante le parecía siempre nuevo y maravilloso: el aire era más vivo y vibrante que la propia sangre desentumecida por el despertar; se hubiera dicho que nunca hasta aquel momento la luz se hubiese levantado tan joven sobre el mundo. Llamaba a la puerta de Mona con la contera metálica de su bastón, y con el buen humor de las mañanas heladas de caza que el aguardiente reanima al amanecer. Con su corta chaquetilla forrada de piel de cordero y sus gruesas botas de goma, con sus cabellos salvajes de la mañana, se hubiese dicho mezclados con la alborada y que todavía parecían sacudirse briznas de paja, ella olía a casa limpia, a baldosines rojos recién fregados, exhalaba un olor fresco y áspero de domingo campesino, que hablaba del cepillo de grama y de la almohaza, de una limpieza hecha a chorros en el abrevadero. En el exterior solo se oían las gruesas gotas del deshielo que tamborileaban en el borde de todos los tejados, y el griterío de los gallos en la mañana llena de sol. Mona siempre estaba lista a la hora precisa: cada mañana salía de la noche limpia y clara como un canto rodado tras el paso del torrente.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntaba a veces deslizando el dedo por sus cejas, desarmado más por su belleza que por una simple ventolera, entrecerrando los ojos ante una luz demasiado viva, mientras ella se reía con aquella risa gutural y le despeinaba con sus dedos ligeros; pero comprendía que su pregunta no tenía ningún sentido y que la juventud ya nada tenía que ver aquí con la edad; se trataba más bien de una especie fabulosa, como la de los unicornios. «La he encontrado en los bosques», pensaba, y una

punzada maravillosa le atravesaba el corazón; había en ella una señal. El mar la había llevado hasta él flotando sobre un pilar de piedra; sentía cuán precariamente le había sido prestada; y que la ola que hasta él la había llevado, la volvería a recoger algún día.

Tomaban por un sendero tras los jardines desnudos y los huertos de coliflores heladas, hasta las Censes de las Fraitures. En cuanto se alejaban de las Falizes, la tierra aparecía al descubierto; el sendero seguía como una cornisa la linde de los bosques que caían en picado hacia Bélgica. Al final de aquel bosque de tizos negros, sobre la nieve que se extendía hasta el horizonte sin una sola casa, sin una humareda, se divisaba una pequeña población aferrada a un espigón por encima de una garganta, que brillaba con todas sus casas blancas bajo el sol, como flotando en la niebla malva del hielo. La luz de la nieve le otorgaba una fosforescencia de ciudad prohibida y de tierra prometida a la vez. El sol iba subiendo y ya comenzaba a hacer caer las gotas del deshielo de las ramas de los árboles, mientras durante el mismo tiempo en el que ellos andaban hacia las Fraitures la pequeña ciudad resplandecía gloriosamente entre el azul y el blanco, colgada allí, sobre el horizonte, al borde mismo de su desfiladero. Mona aseguraba que se trataba de *Spa*; desde que había leído aquel nombre que le encantaba en los carteles de las salas de espera, ya no podía imaginar que las Ardenas belgas pudieran albergar otras ciudades.

—¿Por qué no me llevas allí? —decía ella sacudiéndole el brazo, con aquella brusquedad en el deseo que parecía cada vez devolver su novedad al mundo. Y añadía, meneando la cabeza con precocidad casera y sagaz.

—… Julia vendría con nosotros. En Bélgica, ¿sabes?, no cuesta mucho dinero…

Por detrás del barranco de las Fraitures despejaban de la nieve nocturna la puerta de una vieja cabaña de carboneros abandonada, y arrastraban hasta allí la *luge*. En realidad se trataba de un trineo bastante tosco, una especie de *schlitten* que había debido de servir durante el invierno anterior para el arrastre de la leña en el bosque.

El *hijo* Bihoreau, llamado Pata de Palo, cuya pericia en las Falizes iba desde los accesorios eléctricos a la reparación de la porcelana, le había adaptado un asiento de rejilla; con una correa de arnés arrastraban entre los abetos el trineo, que era robusto y pesado, hasta llegar a la *señal de las Fraitures*, una pila de troncos sin descortezar que se elevaba en un claro en la cima de la cumbre. El sol de las diez sembraba sus pepitas por todas partes sobre la nieve helada, y ambos reían al soplar a la par ante sí y al mismo tiempo dos gruesas bocanadas de aliento caliente. Una vez llegados a la señal, compartían las provisiones que Julia les había preparado y que Mona había transportado en una mochila. Mona ataba siempre el trineo al pilón de los troncos, como si fuera un caballo: era una de sus rarezas —como la de las puertas siempre abiertas, o como la de las repentinas señales de la cruz que trazaba con el pulgar— sobre las que Grange no se atrevía a interrogarla; en sus momentos de entusiasmo no estaba lejos de creer que ella poseía el secreto de algunas prácticas medio mágicas de la vida salvaje. Entrar en su familiaridad no suponía, ni mucho menos, haberlo ganado todo sobre ella: por el contrario, siempre había más de un momento en el que ella le intimidaba.

En la vertiente empinada de la colina, una tala de leña había abierto una brecha que descendía, ancha y recta, por la pendiente. El trineo arrancaba suavemente sobre la nieve fresca, y después, con una aceleración de avalancha, se hundía a pico vaciando el vientre por entre los tocones negros de la pendiente mal descepada: el sol, el polvo de la nieve, los arteros escollos de los tocones húmedos, el acantilado cercano a los negros abetos, todo aquello se precipitaba entonces hasta el fondo de los ojos de Grange, mal sentado en la estela de un viento de tempestad que le mordía los oídos y parecía purgar la tierra de su gravedad; sentía los senos de Mona, completamente alargada contra él, suavemente aplastados sobre su espalda, y que luego se desprendían levemente a cada vaivén del trineo; ella se pegaba a sus hombros, pesada y ligera a un tiempo, como esas hadas infantiles que uno se carga encima para

pasar un vado y cuyo peso de repente aplasta después las piernas, y hasta en ocasiones el juego se volvía más extraño: sentía que la boca de Mona cerraba sobre su nuca sus dientes frescos, y sus manos deslizándosele a lo largo de los brazos hasta llegar a las muñecas que maniobraban la parte delantera. El trineo les volcaba contra un mullido acantilado, que el arroyo socavaba en el fondo del barranco; rebozados de nieve y con risas nerviosas, luchaban, pegados el uno al otro, con sus manos y sus rodillas, y pronto volvía a sentir que los dientes de Mona buscaban su nuca: le invadía una blandura repentina, como la de un gato al que arrancan del suelo por la piel del cuello, y la nieve, que se deslizaba por el hueco de su espalda y a lo largo de sus brazos, se convertía en una suave quemadura. Cuando se sacudían la nieve y se sentaban un instante en el trineo para recuperar la respiración, la miraba con cierta sombra de malestar, allí, un poco abajo, con su cintura tan delgada en la estrecha cazadora; pensaba en esas avispas que conocen por instinto la picadura que puede paralizar. Una vez en silencio, al cerrar los ojos, solo podían escuchar el leve borboteo del deshielo en los bosques hasta perderse de vista, y a veces, muy lejos, un único gallo se ejercitaba frente al sol de la mañana: con la cabeza apoyada en el hombro de Mona, sentía que el mundo venía hacia él repleto de una tierna profusión.

Cuando volvían a la cabaña y comían lo que quedaba de las provisiones sentados uno al lado del otro sobre el trineo, la tarde estaba ya muy avanzada; el horizonte de los bosques se oscurecía con una aureola malva. El frío caía, y un matiz de preocupada tristeza atravesaba la luz oblicua. Mona tiritaba bajo su corto chaquetón forrado: ella se oscurecía de repente, tan deprisa como un cielo de montaña enteramente abierto a las advertencias de la hora y de la estación.

—No me gustan los finales del día —decía ella meneando la cabeza cuando él la interrogaba, y luego añadía, al preguntarle en qué pensaba.

—No lo sé. En la muerte… —A veces ella volvía la cabeza hacia su hombro, y durante unos segundos lloraba sobre él con unos extraños sollozos, tan apresurados y repentinos como una lluvia de abril. Brutalmente, él sintió que el frío le sobrecogía. No le gustaban las palabras que ascendían hasta aquella boca de sibila niña, de repente repleta de noche. Cuando llegaban a las Falizes, una sombra azul y fría cortaba ya las paredes de las casas a media altura; los filamentos de hielo, vueltos a congelarse otra vez al borde de los canales, impregnaban de silencio las callejuelas. Antes de que se hubiera puesto el sol, la nieve se volvía gris. La tierra en su torno parecía de repente tan apagada, tan helada, que los presentimientos de Mona se apoderaban de Grange: sentía que el día había dado un vuelco repentino hacia el fondo de un pozo negro, y que un agua gris y fría subía en su interior, removiendo en su boca su gusto insípido. En cuanto Julia había ya servido el té, se desvestían con una prisa angustiosa; se abrazaban en silencio en la gran habitación sombría, repleta de la tristeza campesina del atardecer. A veces se enderezaba a medias sobre el almohadón, entre las sábanas frías, y soltando los dedos de Mona, con los ojos abiertos de par en par, dejaba que su mirada se deslizara hacia las masas de sombra espesa de los muebles que invadían la habitación. «¿Qué me ocurre? —pensaba acongojado—. ¿Quién sabe? Es la angustia crepuscular». Pero se extrañaba de no haber sentido nunca hasta ahora nada parecido… Cuando regresaba ya al anochecer, la soledad le pesaba; a menudo pasaba por las Mazures para recoger a Hervouët. Se internaban ambos por el camino de nieve blanda que absorbía los ruidos. En cuanto desembocaban en el sendero, los fulgores de las canteras del Mosa que relevaban al crepúsculo dejaban arrastrarse sobre las placas de nieve un alba enfermiza, una especie de falsa aurora. Le parecía a Grange que hasta la misma tierra amarilleaba con una tez malsana, que el tiempo la socavaba con una fiebre lenta: se caminaba sobre ella como sobre un cadáver que ya hiede.

A menudo, al entrar en su habitación, encontraba sobre la mesa el correo que Gourcuff —o a veces la camioneta— había subido desde el batallón, y esta perspectiva también ensombrecía sus regresos: ya no le gustaban las noticias: era como esos personajes aislados que han dejado tras ellos en alguna parte una madre o una hermana ya mayor, y cuyo paseo cotidiano muchas veces despista sutilmente al cartero. Si volvía tarde, incluso antes de entrar en su cuarto adivinaba si habían llegado papeles de Moriarmé por el silencio que reinaba a su paso en la habitación común y que ya no era el del sueño, y no habían transcurrido más de unos minutos sin que Olivon viniera a llamar a su puerta, aparentemente para *rendir cuentas* (lo testimoniaba un entrechocar de tacones insólito y jesuítico que regocijaba a Grange), pero en realidad solo para transmitir a la guarnición la noticia apaciguadora de que «el teniente parecía de buen humor».

Sin embargo no había motivos —al parecer— para preocuparse. Nada en apariencia en los documentos oficiales dejaba prever un cambio en el sector del Techo. Y hasta de cuando en cuando, con un poco de optimismo, se podían descubrir algunos indicios francamente tranquilizadores, como aquel comunicado de ingenieros —ya muy prometedor de una larga mejoría primaveral— que preveía para después del deshielo el levantamiento de las minas antitanques del borde de las carreteras para su comprobación y almacenaje. Sin embargo, algo se filtraba a través de esa logorrea grisácea —cada semana más abundante— que turbaba un poco toda aquella quietud: a veces parecían surgir de un cerebro desconectado por el sueño, pero obsesionado por un rumiar pesado, que hacía correr leves hormigueos de vez en vez hasta la misma extremidad de los nervios. Lo que más parecía preocupar, ahora que avanzaba el invierno, era el movimiento de la *caballería*, de la que todo el mundo sabía (y los mismos soldados de caballería no hacían ningún misterio al respecto) que en el caso de un ataque alemán estaba destinada a

desplegarse lejos hacia delante de las líneas, adentrándose en la misma Bélgica. Pero cuando se intentaba descifrar, dentro de lo que cabía, el sentido de las muy fragmentarias órdenes que llegaban hasta las Falizes, se dibujaba una perspectiva nueva que intrigaba a Grange: visiblemente, se preocupaban mucho menos del avance de la caballería por delante de las líneas que de la manera como debía proceder para poder regresar. Una granizada de minuciosas órdenes alertaba de semana en semana hasta en el fondo de las nieves a los comandantes de las unidades del Mosa, precisando los itinerarios de repliegue, el ritmo de paso de las unidades en retirada, los jefes de unidad autorizados a poner en marcha los trabajos de campo de minas. El paso de las casas fuertes bajo el mando de la caballería que se batía en retirada y volvía a cruzar la frontera hacia atrás estaba articulado muy especialmente con una maniática precisión. A Grange le llegaban croquis en los que se delimitaba, sobre los planos, con lápiz rojo, la zona de tiro de la artillería avanzada prevista para cubrir el repliegue de la caballería detrás del Mosa. «¿El Mosa?», se decía Grange, y era como si un largo y solapado pincel hubiera llegado en la oscuridad a posarse sobre la casa fuerte, en el corazón del bosque, haciéndola relucir con una extraña fosforescencia. «¿El Mosa? Evidentemente, aquello les atañía».

Se apoyaba en la mesa, tamborileando con la punta de los dedos en la ventana negra, bastante desconcertado. A partir de aquel choque desagradable comenzaba a funcionar por reflejo todo un sistema de pensamientos de socorro. Concebía mal que la guerra pudiera llegar un día hasta azotar la casa fuerte: el simple movimiento, en aquella pesada máquina que era el ejército, fuertemente aferrada al suelo con todos sus crampones, revestía para la imaginación la figura anormal, pero detenidamente combinada de antemano, de una auténtica mudanza. «Por otra parte, ¿quién se atrevería simplemente a comentarlo? —se decía encogiéndose de hombros—, nadie lo piensa en serio. Incluso en Moriarmé, en las conversaciones…», y aquí se paraba en seco, pues recordaba a Varin («Pero ¡Varin…!», pensaba). Mas el simple

encogerse de hombros no lo suprimía todo. Algo le sobrevivía, cierta desazón, que no conseguía ni localizar ni reducir, la misma —pensaba— que aplazaba el sueño de su tropa, cuando por las noches había sobre su despacho «unos papeles». Cuando terminaba la lectura del *Petit Ardennais*, y la de las gacetas de París que llegaban a la casa fuerte, Grange se preguntaba en ocasiones de dónde provenía ahora aquella impresión tenaz de que «eran tan malos los periódicos…». No ocurría nada. En Finlandia la guerra estaba ya liquidada, eso estaba claro. En Oriente, de lo que tanto se había hablado durante cierto tiempo, todo parecía tranquilo: los pozos de petróleo del Cáucaso, en apariencia, seguían sin decidirse a arder. Eran muchos los contrafuegos que, tras haber enrojecido el horizonte de manera distraída durante un momento, ennegrecían y se iban apagando uno tras otro. Y ahora se iniciaba en el frente nordeste un silencio algo ruidoso, aquel silencio enriquecido por carraspeos y crujidos de sillas durante los que se dice a veces que un ángel pasa, y mediante el que los invitados dan a entender discretamente y para sí que el tiempo se alarga demasiado, y que resulta un poco indecoroso el que está transcurriendo entre los entremeses y la aparición de algún alimento más consistente. Porque aquel silencio que crispaba ahora los oídos era el hambre verdadera, y los bostezos no hacían pensar tanto en el simple aburrimiento como en la temible abertura de mandíbulas que ahora mismo acababa de indicar. El invierno envejecía, se advertía que se resquebrajaba su tranquilidad, como en aquella isla flotante de Julio Verne en la que el hielo, día tras día, se iba reduciendo.

Después de haberse peleado un rato con todos aquellos pensamientos desprovistos de alegría —que la noche se encargaba de devolver amotinados al blocao, y que él mismo denominaba sus larvas— antes de acostarse iba en ocasiones a echar un vistazo al mapa de Bélgica clavado a la cabecera de su cama, un *suplemento gratuito*, en colores, del *Petit Ardennais*, rodeado de una franja de banderas francesas, alemanas y belgas, para recortar, llegado el momento, y usar siguiendo el punteado: parecía, pensaba Grange

un poco extrañado cada vez, y frunciendo levemente el ceño, un círculo de moscas en torno a un queso esperando que retirasen la quesera protectora. Sosegadamente, iba midiendo algunas distancias valiéndose de la escala situada en una esquina del mapa y de su lima de uñas. En resumidas cuentas, al colchón belga le faltaba espesor. Desde la frontera alemana hasta el Mosa se podían contar poco menos de cien kilómetros: tres horas de marcha, sin apresurarse demasiado. Felizmente, se trataba de kilómetros de las Ardenas, un paraje alérgico a los ejércitos, como podían confirmar todos: Joffre, en 1914, se había roto allí los dientes, y la lección se había echado en saco roto. Miraba con cierto regocijo la enorme mancha verde y vivaz del bosque que ascendía dividiéndose en tentáculos hasta más allá del Mosa y de Lieja; era en verdad de lo más serio que podía verse en materia de bosques; y advertía además que por ninguna otra parte la mancha verde era más compacta que frente a las Falizes. «¡Ni un solo claro!», se decía con un íntimo *satisfecit* que le relajaba las comisuras de la boca. Por otra parte, había referencias. «Inmenso bosque de pequeños árboles», había escrito Michelet: un ejército no podía correr el riesgo de extraviarse en aquellas grandes evidencias tranquilas. A fin de cuentas, era algo peor que un bosque: como la jungla. Y además, había que contar con el ejército belga: diecisiete divisiones. Los campos de minas que había preparado eran formidables. «Los caminos del bosque», pensaba también haciendo una mueca, «¡con talar algunos árboles…!»; lo molesto era, volvía a pensar de repente, que los árboles eran precisamente tan pequeños; pero no se podía tener todas las posibilidades de su lado. Y pensaba todavía un momento más, ya entre las mantas, en el ejército belga, en el bosque, en los campos de minas, en las lecciones de historia. Tal vez le hubiera sorprendido si se le hubiese advertido aquel extraño olvido que ponía entre paréntesis al ejército del Mosa. No pensaba en ello, eso era todo, y era algo singular, y sin duda no le hubiese gustado profundizar en las razones. Y en el primer semisueño, ya tranquilo, escuchaba crecer el bosque.

Hacia mediados de enero, después de las grandes nevadas que dejaron los caminos totalmente impracticables, el tiempo aclaró, y un avión alemán de reconocimiento, a la hora del almuerzo, voló valle arriba del Mosa. No se trataba más que de una diminuta pajita plateada, con la velocidad aminorada por la distancia, que brillaba al sol durante algunos instantes: un lánguido reguero de copos globulosos le seguía a buena distancia, y se abrían uno tras otro en su estela con un «plop» algodonoso y blando. El espectáculo no le pareció a Grange bélico en absoluto, sino más bien elegante y ornamental: los estallidos se espaciaban de manera tan regular uno tras otro, que se hubiera dicho que el azul de la mañana estaba siendo florecido por los toquecitos de un plantador celeste. El avión regresó casi todos los días durante una semana. Grange pensó que la nieve hacía más visibles las pendientes en terraza sobre las posiciones del Mosa, y que aprovechaban la ocasión para fotografiarlas. A la hora del café, en el blocao, el extraño ronroneo desigual hacía erguirse de repente todas las cabezas hacia las ventanas.

—¡Esta vez…! —mascullaba Gourcuff, parpadeando de reojo hacia el avión. Se abrigaba curiosamente los ojos con el casco, se suponía que contra el sol, pero en realidad por temor a los pequeños estallidos que hacían a veces tintinear las tejas de pizarra de la casamata. Pero la D.C.A. nunca daba en el blanco: eran anticuados cañones del setenta y cinco que ya habían disparado en vano contra los *taubes*[2] de la última guerra.

—¡Material viejo…! —decía Olivon, imparcial y asqueado, volviendo a coger su taza. Durante un rato más se oía a través de las ventanas los «plop» grasientos y untuosos, placenteros al oído, que sembraban el azul tranquilo con el *tempo* tan comedido de las salvas oficiales.

«Varin debe de estar fuera de sí —pensaba Grange—. Seguro que después de los reconocimientos está esperando el ataque para

estos mismos días». Se imaginaba al capitán recorriendo su despacho a lo largo y a lo ancho, con las manos a la espalda, con aquella desfachatez que tenía para plantarse de repente frente a su interlocutor, moviendo la nariz y torciendo levemente la comisura de sus labios. «¿No ha entendido usted todavía?». Algunos días, la retaguardia de la casa fuerte se esfumaba para él totalmente en la niebla, pero la imagen de Varin jamás permanecía terriblemente viva. Quizá la causa fuera aquel teléfono niquelado sobre su despacho y aquella mano febril, más expeditiva que la garra de un gato, que planeaba sobre el auricular e interrumpía en seco el primer timbrazo; cuando intentaba representarse el *coup dur*, a Grange no se le ocurrían más que imágenes confusas, excepto una extraordinariamente precisa: la mano seca de Varin sobre el teléfono, y aquel tic nervioso y ávido de los labios que se movían solos en el rostro inclinado sobre el aparato. Se preguntaba por qué aquella imagen era para él a la vez tan precisa y tan extraordinariamente desagradable. Algunas veces soñaba, con infantil complacencia, con lo que ocurriría —a fin de cuentas en la guerra no era irracional prever las bombas— si acaso un día lejos, muy lejos, por detrás de la casa fuerte perdida a orillas de un mundo devuelto a los fantasmas y las sorpresas, el teléfono de Varin se cortara una vez.

Hacia el final de la semana, una niebla espesa que presentía el deshielo envolvió el Techo; cesaron los vuelos de reconocimiento alemanes. Luego el tiempo despejó otra vez, seco y muy claro, y dos días de un frío brutal se abatieron sobre el altiplano; la carretera completamente helada casi cortó las comunicaciones entre las Falizes y la casa fuerte. El fortín incubaba el agrio malhumor de una tripulación en calma chicha. Al tercer día, muy de mañana, Grange, que se vestía tiritando, se sorprendió al divisar por la ventana a uno de los hombres del blocao de las Buttés que llegaba por el sendero con la nieve hasta la cintura. Las Buttés entregaban urgentemente a las Falizes, inaccesibles, un comunicado de Moriarmé: era la orden de alerta: alerta *número uno*.

«A pesar de todo, la radio sigue sin decir nada —se repetía, incrédulo— y además, con toda esta nieve…». Pero de repente la nieve no pesaba frente al cuadradito de papel blanco sobre la mesa, y el silencio de la radio hacía husmear un olor a trampa; en la guerra, una orden, una noticia o un simple rumor irradian de repente sobre todo una luz augural de eclipse, y hacen bascular al mundo hacia una nueva estación. Tras el muro (por si acaso había prescrito una revista de armas) el choque de las culatas desmontadas contra la madera blanca hacía llegar hasta los nervios de Grange el humor inaguantable de sus hombres. Aunque no creían mucho en ellas, las alertas les irritaban por completo. Era el pozo en el juego de la oca: todo un capital de sueños apacibles, confortables, de previsiones de seguridad, economizado y consolidado semana tras semana, se convertía de repente en humo: había que volver a empezar desde cero. Y asimismo, hasta en las profundidades detrás del Mosa, el ejército resoplaba, se informaba, vibraba sin cesar a lo largo de la frontera con todas sus antenas despiertas. Hacia mediodía, vieron al capitán Varin desembarcar frente a la casa fuerte.

—Olivon, prepara el café —dijo Grange cuando estuvieron sentados—. Las Buttés me han transmitido esta mañana la orden de alerta —prosiguió con una tosecilla y levantando la nariz sin excesiva discreción. El capitán se encogió de hombros.

—No sé más que usted, amigo. Pero vamos, esta vez me extrañaría. Tres veces hemos tenido una avería al subir la Eclaterie.

Hizo un ademán de asco hacia el camino nevado.

—¿Todo está en orden aquí? —reanudó con aire distraído.

—Todavía faltan los mandiletes de las troneras, que siguen sin llegar.

El capitán se encogió de hombros otra vez. Todo el mundo sabía en Moriarmé que desde hacía tres meses echaba pestes detrás de aquellas piezas inencontrables: sufría por aquellos blocaos sin párpados como si se tratara de una mutilación.

—Ya lo sé —dijo con un rictus amargo en la boca—. Pero no tengo medios para fabricarlas.

Bebía su café a pequeños sorbos, entre silencios. «Tiene algo más en la manga —pensó Grange—, algo que vacila antes de sacar». El capitán depositó la taza en la mesa y echó un vistazo por la ventana, como hacían a su pesar todos los visitantes; en un instante, el silencio del bosque, tan difícil de expulsar, refluyó en la habitación tan apaciblemente como el agua del mar en un barco hundido en las profundidades.

—Bajemos —dijo Varin con un tono brusco. El ácido frío del deshielo se hacía casi inaguantable en el interior del blocao. Algunas botellas vacías rodaban por el cemento, cerca de la trampilla de la galería. Por las troneras, una pobre iluminación de tragaluz, de color polvoriento, una luz insípida y gris, caía del cielo de nieve sobre el hormigón desnudo.

—Desde antes del deshielo habrá que prever claraboyas bajo las cajas de municiones —dijo el capitán con voz cansada—. Los edificios de hormigón se convierten en nidos de herrumbre en el invierno. ¡Dios sabe lo que pasaría, si realmente hubiese algo detrás de esta alerta!

Continuó, mientras miraba la carretera por la tronera, como si soñara en voz alta.

—Todos duermen. Cuanto menos se hace, menos se quiere hacer… y para los engrases, vete a freír monas. No hay un ejército fijo de cada dos capaz de disparar sobre la línea de los blocaos, después de toda esta nieve podrida.

Grange abrió y cerró después la culata del cañón antitanque, que se enganchó con un chasquido delicado y brutal.

—No lo digo por usted —dijo Varin, pensativo—. Es un porcentaje… Y si no se tratara más que de los cañones oxidados…

El capitán hizo chasquear secamente, con la punta de los dedos, sus guantes flexibles contra las polainas e hizo palpitar sus narices descaradamente hacia Grange, enderezando la barbilla.

—Un ejército jodido, amigo mío, y me parece que se quiere hacer de nosotros dentro de poco un ejército acabado. Bueno, eso no es asunto nuestro —cortó con aquella alegría feroz que le daba el tono

—. Otra cosa, Grange —prosiguió tras un silencio con la vista baja mientras se ponía los guantes—, ¿qué opinaría usted de un traslado al regimiento?

—¿Al regimiento?

—A una compañía especial que se está completando. Parece que en cuanto a aspirantes, según dice usted, soy el nuevo rico. Y para el haraquiri tienen la bondad de dejarme elegir.

Grange miró al capitán y de repente sintió que enrojecía. La compañía especial era un enchufe de los más conocidos.

—Esto es un poco embarazoso —dijo tras un momento, y sin ninguna alegría—. Si al menos supiera lo que me ha valido esto…

—No, Grange —dijo el capitán poniéndole la mano en el hombro un momento—. Me he expresado mal. Si tuviera que elegir, me quedaría con usted.

—Entonces mi respuesta es no —repuso Grange. Hizo una señal de barrida con la punta de los dedos.

—¿Decididamente?

—Decididamente.

El capitán frunció el ceño y carraspeó. Con la punta del pie hizo rodar hacia la trampilla una botella vacía. Parecía molesto e indeciso.

—No hay ningún pundonor en este asunto —dijo volviéndose hacia Grange bruscamente—. Ninguna cuestión de honor. Un traslado reglamentario, eso es todo. Este no es un puesto para usted, aquí. Le reemplazaría un subteniente.

—No —dijo Grange de nuevo, con voz un poco sorda.

Se hizo otra vez el silencio.

—¿Alguna mujer? —dijo Varin. Esbozó una especie de mueca boreal que debía de ser, pensó Grange, su expresión *libidinosa*.

—No —repuso Grange después de otro silencio—. No, en realidad.

—¿Entonces?

—Prefiero permanecer bajo su mando.

—No —dijo el capitán dando golpecitos con la punta de los dedos en la funda de su pistola. Miraba a Grange con cierta curiosidad

burlona, que le humanizaba un poco—. No, eso sí que no… Me extrañaría.

Después de visitar el blocao, ambos subieron un momento a la habitación de Grange. El capitán le entregó algunos documentos; de paso les echó un vistazo: se trataba, más o menos, del ronroneo habitual, lo que Grange llamaba «la aduana»: mantenimiento y conservación del material en los blocaos, estrechamiento de la vigilancia en la frontera, instalación de las alambradas y de los campos de minas. Había, sin embargo, una novedad: un folleto con los dibujos de las siluetas de los blindados alemanes, que Grange hojeó durante algunos momentos, quedándose pensativo de repente. Ya no se trataba esta vez de la línea Sigfrido: la guerra circulaba con rapidez por detrás de las invariables frases oficiales, e insensiblemente, en el transcurso del año, había cambiado de sentido.

—¡Pues sí! —dijo el capitán que miraba por encima del hombro de Grange—. Ellos empiezan a ponerse algo más serios… —En el lenguaje del capitán, *ellos* no designaba nunca a los alemanes, sino tan solo a las tormentosas regiones del poder, a los *grandes jefes*, contra quienes aguzaba la íntima rebeldía de su mente.

«En el fondo —se decía a veces Grange—, es un luciferino», asombrado de la simpatía que le arrastraba hacia el capitán, «solo que se trata de un luciferino especialista: ve a su Dios en las mangas estrelladas».

—Estoy seguro de que usted sabe el momento —dijo. Sonreía mal; el viejo *pique* renacía entre ellos de repente, le cogía otra vez a contrapelo.

—Más o menos… —dijo el capitán, mientras encendía su cigarrillo con falsa placidez. Y barrió el folleto con la punta de los guantes.

—… Y créame, yo no corro riesgos. Ya lo verá venir con las golondrinas.

Durante un rato estuvieron mirando por la ventana, ociosos, y tomaron café otra vez. El sol de mediodía recobraba ya un poco de su fuerza, el sendero se jaspeaba aquí y allá con algunas manchas

oscuras. Se oían caer una a una las gotas del deshielo sobre los canales del gallinero.

—¿Por qué quiere usted seguir aquí? —reanudó repentinamente Varin—. No —cortó con la mano—, permítame. No me gustan los voluntarios, sé de qué se trata. Si usted me dice que es para combatir en primera línea, le apreciaré menos y no le creeré.

—No —dijo Grange—, se trata de otra cosa. Estoy a gusto aquí.

Le parecía que él mismo estaba escuchando lo que salía de su interior, asombrado por saber tanto de repente.

—Sí, debe de ser eso —dijo tras un silencio el capitán. Miraba de nuevo fijamente hacia el camino—. ¡Es usted bastante raro! —dijo con una risa insegura.

Se levantó para despedirse y apretó el barboquejo de su casco. De repente volvió a surgir la máscara hermosa y dura, afinada por el cansancio, con su larga nariz de rapiña y sus ojos rodeados de profundas ojeras.

—Entonces, ya está dicho —concluyó tendiendo la mano a Grange, con algo que por vez primera se parecía a la cordialidad—. «Después de leído, persiste», como se dice en la instrucción de un sumario.

—Persisto —dijo Grange—. No estoy seguro de que esto le guste demasiado.

—Se equivoca usted, amigo mío —dijo Varin con seriedad, mientras volvía a encender su cigarrillo—. No detesto hacer la guerra con personas que han elegido su propia manera de desertar.

Al atardecer, Grange salió para dar un corto paseo. Su conversación con el capitán le había trastornado y necesitaba un poco de aire puro. Lo que le asombraba era precisamente el haber comprendido, al hablar con el capitán, cuán poco contaba Mona en aquellas ganas feroces, casi animales, que de repente le habían entrado de quedarse aquí.

—¿Para vivir aquí? —preguntó casi en voz alta. Y miró entre el entramado de los troncos desnudos aquel chalet pobretón, con sus largos regueros de moho que veteaban el hormigón y descendían

ahora hasta las alambradas, el huertecillo plantado con latas de conservas, la cabaña leprosa del gallinero, y tuvo un encogimiento de hombros. Aquí o en otra parte, todo acantonamiento le hubiera parecido bueno. No, se trataba de otra cosa. Lo que mejor le recordaba aquella exaltación en la que vivía en las Falizes, y la que le parecía respirar como nunca, era más bien el comienzo de las vacaciones cuando era niño, a orillas del mar, aquella fiebre que se apoderaba de él en cuanto, a varios kilómetros aún de llegar a la costa, veía por la ventanilla del tren que los árboles iban poco a poco desmejorando, desmedrando, y la angustia que de repente se le aferraba a la garganta tan solo al pensar que su habitación en el hotel pudiera no dar directamente sobre las olas. Y habría también al día siguiente aquellos castillos de arena en los que, por el mero hecho de permanecer allí, el corazón latía con más fuerza que en ninguna otra parte, pues se sabía, y no se creía al mismo tiempo que pronto iba a llegar allí la marea.

Por la noche, después de despachar unas cuantas cartas, lo que cada vez le costaba más trabajo —había demasiados escollos que sortear para hacerse oír— y firmar el parte diario, se acostaba temprano. Le gustaba leer en la cama, durante las largas veladas de invierno, al compás de las respiraciones de sus hombres que atravesaban el delgado tabique; con la llave del blocao colgada a la cabecera de su cama, se complacía pensando que la casa fuerte derivaba a su alrededor a través de la noche en orden de marcha, impermeable, como un navío que cierra sus escotillas. Pero aquella noche, en lugar de coger un libro, alcanzó de la mesita el cuaderno de siluetas que le había dejado el capitán, y lo hojeó despacio. Las pesadas figuras grises, que nunca hasta hoy había visto reproducidas, le parecían extrañamente exóticas, de otro mundo, con aquel lado a la vez barroco, teatral y siniestro de las máquinas de guerra alemanas, que a través de las exigencias de la técnica siempre encuentran algún medio de recordar aún la figura del Fafner wagneriano. *Weird*, pensó: el francés carecía aquí de palabra adecuada; la mirada se pegaba a aquellas figuras con una extraña

mezcla de repugnancia y fascinación. Fuera, la pesada lluvia de las Ardenas empezaba a caer a la llegada de la noche, pero su tamborileo resultaba apagado por la nieve. A su pesar, acechaba de cuando en cuando los ruidos que venían de la otra habitación, aguzando el oído, temiendo que le sorprendieran como si estuviera hojeando fotografías obscenas.

Grange obtuvo un permiso hacia el final del invierno. En aquel húmedo amanecer, París le pareció sucio y grisáceo, poco acogedor. En el hotel al que acudió, las lámparas pintadas de azul iluminaban la cama con una fría y desértica luz de hospital, que convertían el tacto en algo incierto, tanteante. En verdad, el calor no regresaba más que allí donde los cuerpos se apretaban unos contra otros, en las grutas luminosas de los bares y teatros. Se hubiera dicho que la zona de la vida se había soterrado insensiblemente, como en la época de los glaciares. Grange reanudó aquí y allá, al azar de los cafés, algunas amistades vagas, pero tenía la cabeza en otro lado, y en ella residía el corazón de la ciudad: París ya no era más que una especie de estación, un portazo entre dos trenes, donde las pequeñas señales fuliginosas de las lámparas parpadeaban durante la noche a lo largo de aquellas trincheras de casas color de hulla. Con los primeros días de una primavera todavía friolenta, los transeúntes, a pesar de todo, se sentaban en los parques; con las manos cruzadas, miraban su ciudad con aquel ojo lánguido, a la vez sombrío y preocupado, con el que uno pasea por su casa en vísperas de una mudanza. Ahora que había descendido la intensidad de las iluminaciones, la ciudad parecía haber perdido algo de protección, como si se tocara ya su centro: aquel nudo de calles que siempre había sido, y que ahora se empequeñecía entre el ejército y las villas de campo, como una ciudad del Bajo Imperio, en la que solo latía la sangre empobrecida de sus supernumerarios y sus *movilizados* oficiales, escuchando a ratos en el fondo de sus calles vacías el estruendo de vaga tormenta que hasta allí llegaba de las fronteras.

Grange se aburría: tomó otra vez el tren para ir al campo. El río Vienne estaba en crecida después del brusco deshielo: un agua

salivosa y ácida devoraba las bajas praderas que volvían a ser verdes; pero el azul ligero de la Touraine ya se había asentado por todas partes en las colinas de los valles del Chinonais: en las despellejadas espesuras de las vertientes de toba, una especie de pavesas, de llamaradas de verdor, de un verde amarillento, correteaban aquí y allá sobre las secas ramillas del invierno. Abandonaba la posada por la mañana temprano, teniendo a su derecha el Vienne, que se divisaba por entre los álamos todavía desnudos, detrás de sus largas bufandas de niebla; de repente, tras un recodo del valle, divisaba la limpia y diminuta ciudad —como de libro de horas— al final del puente, erguida bajo el sol, que se aferraba al flanco de su otero razonable, por entre los caminos de molineros enharinados de polvo blanco, con sus apretados tejados de escamas azules surgiendo de las nieblas de la mañana más nacarados que un banco de gobios, y el inmenso y amplio telón del castillo desplegado arriba y por encima de las casas como una bandera real que se expone a brazo y por ambos lados en toda su amplitud. Atravesaba el puente con las primeras carretas campesinas del mercado, y ya de mañana, y a veces en ayunas, bebía el pequeño vino clarete de los campos del Vienne en un minúsculo y sombrío café, detrás de las cajas de evónimos, mientras escuchaba en las estrechas callejas empinadas el rodar de los toneles y de los carros forrados de hierro por el pavimento gastado.

No le pesaba la ciudad; le parecía desconectada del tiempo, rejuvenecida como una fabulosa *image d'Epinal*. Una luz extraña, nunca vista hasta ahora, vacila un rato sobre un rincón del siglo XV. Se alza el rastrillo del castillo de Chinon: al sonido de las trompetas y en gran cortejo, se ve salir bajo las bóvedas, como en una fascinante secuencia del juego del tarot, al príncipe de Aquitania de la torre Abolida, flanqueado por la doncella y Barba Azul. El mundo se ha desencajado en alguna de sus junturas esenciales; de repente, el corazón da un salto y la *posibilidad* explota: los grandes caminos, por un instante, se abren a los «grandes indeseables».

Lo que también le gustaba en aquella tierra era la piedra, esa tiza de toba blanca y porosa, a veces reseca y resquebradiza bajo el sol, y otras enternecida, exfoliada y reblandecida en la humedad de espejos de agua agujereados por los cañaverales, veteada de grises ahumados y muy delicados, de impregnaciones grumosas de papel secante, o roída en sus anfractuosidades por los muy finos y endurecidos mohos del queso roquefort. Era como un material femenino, pulposo, de una dermis profunda y sensible, toda aterciopelada en las sutiles impresiones del aire. Cuando volvía de Chinon, demorándose a lo largo del Vienne por el lado edificado, ya de buen humor a causa de los generosos almuerzos de vino y *rillettes*, miraba las escondidas casas de campo que se instalaban a su gusto detrás de sus rejas cerradas y sus anticuados arriates tachonados por los tallos desflorecidos de las malvarrosas, casas desposadas más que otras con aquellos mismos momentos, tranquilamente abiertas en la suave luz espumosa, semejantes a una mujer en su jardín.

Por otra parte, aquí la gente no hablaba de la guerra, y ni siquiera fingía interesarse especialmente en ella. La atmósfera un poco sofocante de París, su angustia demasiado pesada y precisa, se aireaba, derivaba por el lado de esas intemperies naturales, inevitables a su debido tiempo, y de las que la vieja sabiduría campesina tiene ya la consabida experiencia y comedimiento. Aquella guerra sin alma y sin canciones, que no había nunca creado ningún movimiento de multitudes, que en cada uno decía secretamente *yo* y nunca *nosotros*, y echaba el cerrojo en tantos y tantos pequeños universos personales, desconcertaba infinitamente menos al campo que a la ciudad, porque en aquel no contrariaba las costumbres del espíritu: el cálculo egoísta y limitado, y el trato más bien resignado y un poco mágico, con un porvenir evasivo por naturaleza. Aquí no había cambiado nada, por lo visto, a no ser una rarefacción un poco singular del peonaje; más que en la vigilia de armas de un posible choque mortal, se pensaba en un país que, con vistas a un refuerzo a largo plazo, hubiera acarreado, implantado

pesada y lentamente una masiva migración de la juventud, sobre escalones demasiado al descubierto. «Es curioso —pensaba Grange — que en estos tiempos de guerra relámpago no sea un ejército, sino una especie de colonia, lo que se instala en las fronteras. Un año o dos más, y este ejército tan especial podría ser el tronco de un linaje: un nuevo signo es que en Moriarmé y en otros lugares, un tercio de los oficiales ya han instalado a sus mujeres: y yo mismo…». Sentado y ocioso en la mesita de mimbre de su alegre y clara habitación, que daba a los olmos del Vienne, recaía en una de sus ensoñaciones preferidas en el Techo. Nada en aquella guerra se parecía a las demás; se trataba de una especie de degeneración blanda, un crepúsculo moribundo e indefinidamente prolongado de la paz, tan prolongado que se le podía soñar a su pesar, tras aquel extraño entretiempo, aquella inmersión en la luz de las noches blancas, como un día nuevo que viene a soldarse con el anterior sin solución de continuidad. Quizá el país iba durante muchos años a trasplantar, a segregar en sus fronteras, una población de lujo, una casta militar violenta y perezosa, confiando en los civiles para el pan de cada día, exigiéndoselo al final, como los nómadas armados del desierto exigen el tributo en los cultivos limítrofes. Una especie de merodeadores de los confines, de vagabundos del apocalipsis, viviendo despreocupados de los problemas materiales al borde de su abismo amaestrado, familiarizados solamente con las señales y los presagios, y que ya no tenían trato alguno más que con ciertas incertidumbres catastróficas y nebulosas, como en aquellas antiguas atalayas que se ven a orillas del mar. Después de todo, se decía cada vez más soñador, esa también sería una manera de vivir.

De cuando en cuando escribía a Mona cartas breves y un poco pueriles. Aquel aspecto de planta al sol que ella tenía, tan claramente, aquella manera de crecer tan recta y tan tupida en el hilo de la vida, le desarrugaban el ceño a su vez y a pesar suyo: a su luz ya no tenía más pudor de sus repliegues secretos que el de un árbol al sol de sus ramas torcidas. Ya no había más que aquella extraña sensación de caída libre, aquella náusea flotante que se

había convertido ya en su vicio, del que nunca hablaba y del que ella estaba excluida, pero que sin duda era lo esencial. Era lo que él mismo denominaba, cuando le dominaba aquel vértigo ligero, «descender al blocao». Pero por lo demás, la simple sospecha de que la censura militar podría abrir por casualidad sus cartas le paralizaba, y así comprendía mejor que con ella vivía desnudo.

La víspera de su partida tuvo al respecto un sueño voluptuoso de una especie singular. Soñó que estaba colgado de una horca, de una columna o una rama muy elevada, de todas formas de una gran altura —hacía sol— y aquella posición, por lo menos inconfortable, no parecía entrañar inconveniente inmediato, ya que podía contemplar con particular agrado el paisaje iluminado y las copas de los árboles que se iban arracimando hasta muy lejos por debajo de él. Pero el núcleo de aquella alegría sensual que le embargaba estaba mucho más cercano. Justo debajo de él —tan cerca que sus pies desnudos casi rozaban a ratos su cabellera rubia— se hallaba Mona, colgada también del cuello con una cuerda fina que asimismo le rodeaba los tobillos. El viento les mecía a ambos muy lentamente en el aire fresco y agradable, y, por la cuerda que estrangulaba a Mona, sobre todo cuando la sacudían leves convulsiones que le hacían levantar los hombros, le llegaba desde los apretados tobillos y también a través del cuello preso en la cuerda, una tan exquisita comunicación de su *peso* vivo y desnudo que le iba estirando, atravesando y colmando, que llegaba a experimentar una voluptuosidad nunca sentida hasta entonces, de tal manera que al final el peligroso ejercicio acababa en la indecencia final que se atribuye a los ahorcados.

Toda la mañana que siguió al extraño hallazgo de aquel sueño le dejó flotante en una especie de calor agobiador y devorado. Y se trataba a pesar de todo, se decía, de un extraño y poderoso sueño de amor, de una intimidad en verdad emocionante. El silencio, la altura, el rumor del mar, eran como los de las cumbres ya rocosas en las que empieza el viento a despuntar las crestas de los árboles, o

como los de los acantilados muy elevados desde donde la vista se hunde en el corazón de una ciudad.

Cuando volvió a Moriarmé, el Techo ya no le pareció el mismo. A lo largo del Mosa acababan de ser instaladas nuevas casamatas de hormigón: aquí y allá, el gris fresco y desnudo de aquellas obras de albañilería irritaba su mirada y le obsesionaba a un tiempo. La pequeña ciudad hormigueaba de tropas mucho más de lo acostumbrado. El frente del Mosa se repoblaba: por todas aquellas partes donde los acantonamientos intentaban diezmar, aquí y allá, las soledades del Techo, la caballería había atravesado el río, extendiendo sus avanzadillas hasta la línea de las casas fuertes. También para el Techo había llegado la primavera, con bastante retraso con relación a la de la Touraine, aunque también ya deslumbradora. En el camino del fortín, la frescura del aire lavado por el viento del oeste era deliciosa: uno se sumergía entre aquellos dos taludes de césped nuevo que mordían sobre el pedregal de la calzada en una serie de salpicaduras de hojas y de pájaros. Pero se trataba de una primavera extraña y malsana: al verla desparramarse así sobre el Techo apenas recién secado por el deshielo, se le sentía maltrecho y trastornado ya por uno de aquellos veranos tórridos, repletos de un chasquido de bosques en fuego, que escardan hasta el hueso la tierra encallecida. Llegaba antes de tiempo, exótica bajo aquel cielo todavía frío, como una Pascua precoz. Grange miraba alrededor, asombrado por aquella prisa pánica y tempestuosa de la estación; le parecía haber desembarcado en una ciudad desconocida en la que florecen por doquier balcones en desbandada y desenrolla desde el amanecer sus alfombras en las calles. Como si alguien fuese a llegar muy pronto.

Encontró a sus hombres sombríos. La primavera se estaba agitando en exceso. Un nuevo campo de tiro para la división había sido instalado detrás del Mosa, casi con lujo, dotado de blancos móviles que circulaban en vagonetas. Hervouët y Gourcuff se entrenaban allí dos veces por semana junto con las tropas de los antitanques de los bloques.

—¡Esto se mueve! —decía Olivon con voz cuidadosa. Nada más regresar Grange, la frontera fue de nuevo alertada durante varios días: los alemanes habían invadido Noruega: esta vez sí que se trataba de deshielo. El teléfono, que ahora llegaba ya hasta la casa fuerte, le llamaba a Moriarmé mucho más a menudo. Desde el comienzo de la tarde, a lo largo de las paredes de las casas amarillas, un calor precoz ascendía de las aceras a bocanadas; la pequeña ciudad se cocía en lo hondo del valle, en una humedad ácida y rancia. Moriarmé, con sus malsanos rumores y sus despachos ahora hormigueantes, se le había vuelto inaguantable: era una ciudad que incubaba la peste; y ya no volvía a encontrar un poco de aire fresco hasta llegar a las cuestas que llevaban al Techo, allí donde la sombra de los árboles devoraba de repente la carretera. Cuando llegaba a la Eclaterie, abandonaba por un momento el camino y se adelantaba hasta el borde de los acantilados. Antes de volver a su camino, se sentaba allí un momento sobre un banco de piedra, en la luz que amarilleaba ya. En medio del enorme circo de los bosques, repleto de un calor plomizo, de un día tamizado de acuario, solo se veía en el fondo del valle la pequeña ciudad agazapada, incubada en el calor de sus piedras grisáceas, y el Mosa que se movía cansinamente en el hueco de la penumbra verde, como una carpa en el fondo de un vivero.

—¿Qué esperamos aquí? —se decía, y aquel mismo sabor de agua tibia, insípida y nauseabunda que tan bien conocía le subía de nuevo a la garganta. El mundo le parecía de repente inexpresivamente ajeno, indiferente, leguas y leguas separado de él, como si todo lo que tenía delante se licuara, se ausentase, evacuara cautelosamente su apariencia todavía intacta por el río abajo, un río turbio y aceitoso, y que desesperadamente desaparecía; desaparecía.

Llegó el mes de mayo y los primeros calores reventaron enseguida en una serie de tormentas imprecisas, abortadas, que se

volvían y rondaban por encima del Techo durante tardes enteras, englutidas en aquellos bosques melenudos. Aunque Varin le llamase a cada momento por teléfono (ahora el capitán tenía a sus jefes de puesto al otro lado del hilo, como a los peces que se acaba de pescar y que se arrastran; y a veces hasta les *largaba sedal*), a Grange ya no le gustaba permanecer en el blocao. La casa le pesaba en los hombros; ya no se sentía a gusto más que al aire libre. Por la tarde, se marchaba cada vez con mayor frecuencia a echar una ojeada a las obras de las Fraitures, donde terminaba la instalación de las redes de alambradas. Tras subir a la cumbre que dominaba las últimas plantaciones de pinos, en cuanto sentía a su alrededor el espacio abierto de los ibones desiertos, repleto de nubes y de aire revuelto, experimentaba una sensación de alivio repentino, como el del marinero que llega al puente. El ibón era un pobre páramo de musgo y té de las marismas, festoneado en los bordes, donde el terreno se elevaba, por la corta y amarilla llama de las aulagas; charcas de agua turbia y arrugada azogaban aquí y allá la peladera de aquella pequeña colina ártica grisácea, color de liquen y de paja podrida. Al final del páramo, allá donde se cerraba de nuevo la cortina todavía baja de los árboles, algunos soldados en mangas de camisa, dispersos por el yermo perdido, clavaban estacas y desenrollaban sin prisa el hielo de las alambradas: se percibía, debilitado por la distancia, el mismo zafarrancho cansino de azadones, palas y cizallas que circula en los atardeceres de verano y hasta la noche clara por los huertecillos de los alrededores de los pueblos. Un vasto cielo mudo, aplastante, repleto de pesados vapores, fabricaba un espacio vacío, un extraño silencio sobre aquellos minúsculos *bricoleurs* de domingo que jalonaban su hilera de viñedos en aquel páramo de sabbat. Durante un largo rato, Grange observaba con reticente mirada y cierto malestar el *farniente* bonachón de aquellos trabajos irrisorios, y frente a aquel enorme cielo, aquel vasto horizonte que aplastaba los bosques, ascendía en su interior, desde lo más hondo de su vientre, una sospecha oscura y animal que le conmovía, como si alguna operación, aquí, de repente

y con toda claridad, se hubiese inexplicable y gravemente equivocado de escala. «En resumidas cuentas, empieza el sitio de Alesia. Pero ¡bueno!», se decía, perplejo. Y con esto se encogía de hombros, pero a su pesar volvía a pensar en Varin, y un extraño vacío se le volvía a formar en el estómago, allí donde se anudan los presentimientos desagradables; era como si se hubiese vuelto urgente alertar a alguien, accionar una señal de alarma. Un poco aparte de los trabajos, un fusil ametralladora colgaba de un trípode plantado en medio del páramo, y tumbado sobre la hierba, con las manos en la nuca, el tirador, a quien llamaban Jim-la-Houlette, silboteaba en la gloria con los pies en abanico. «No se dan cuenta», pensaba Grange, escandalizado y sombrío, y en un instante Varin, Noruega, el teniente de caballería, los mandiletes que nunca llegaban, rodaban como un batiburrillo en su cabeza con el rumor sordo de la descarga de un retrete.

Una noche, hacia el final de la primera semana de mayo, como la cena había terminado pronto, Grange marchó con Hervouët a inspeccionar el claro de la cota 403, allí donde los ingenieros acababan de iniciar una nueva tala. La tarde era despejada pero bochornosa; en el bosque no respiraba ni un soplo de viento. Caminaban por una senda sinuosa, bordeada de freseras salvajes, y cuando la conversación paraba, aguzaban el oído a su pesar, sorprendidos por aquel día como evacuado, totalmente abierto como el párpado de un muerto que sobrevive abierto a la hora en que ya duermen los animales. Hervouët apenas hablaba. Instintivamente, a través de las adormecidas arboledas, muy altas aquí, donde gruesas estrellas pesadas de sol caían sobre un césped ya negro, volvían a encontrar el paso largo y el silencio de las horas de patrulla, cuando el único ruido que oían era el interminable crujido del roce de la hierba fría contra las rodillas. Una idea extraña se introdujo en la mente de Grange: le parecía que andaba en el interior de aquel bosque insólito como por el interior de su propia vida. El mundo se había acostado como el huerto de los Olivos, fatigado de tanto temer y presentir, embriagado por el cansancio y la angustia, pero el

día no se había apagado con él: permanecía esta luz nítida y fría, lujosa, que sobrevivía a las preocupaciones de los hombres y parecía arder para sí misma tan solo sobre aquel mundo evacuado, como aquella pupila desierta de animal nocturno que se entreabre antes de la hora y parece más o menos mirar hacia algún lado. Era un extraño día de limbos, lavado del temor y del deseo, con una luz casta, semejante a la que una luna muerta ilumina sin dar calor.

Cuando llegaron al extremo donde la tala había empezado a morder en la espesura, todavía hacía bastante claro. A lo largo de las rodadas del camino repletas por las últimas lluvias de las tormentas, una luz oblicua iluminaba dos raíles de agua turbia; un olor a tierra rejuvenecida, una frescura de plantío de berros, subía de los bancales de hierba nueva. La llamada solitaria de un cuco ascendía a intervalos de la cortina de árboles al fondo del claro, y muy arriba, en el cielo removido por grandes nubarrones, Hervouët hizo notar a Grange la presencia de un águila ratera que daba vueltas despacio, apenas viviente, transportada simplemente por las exhalaciones del bosque cálido, como un papel que arde encima de una gran hoguera. Su acecho inmóvil ponía cierto toque venenoso en el silencio aplastado del bosque. Grange vio que Hervouët, con una sacudida del hombro, hacía deslizar en su mano la correa del fusil.

—¡Nada de tonterías! —le dijo cogiéndole el brazo—. Un disparo en el bosque haría que, como único trofeo de caza, se desplomara desde Moriarmé una montaña de papeles.

Hervouët enderezó su fusil encogiéndose de hombros y escupió en la cuneta tranquilamente.

—¡Guardas forestales! —dijo haciendo una mueca melancólica.

—Después de la guerra dispararás cuanto gustes. No podrás decir que aquí no nos dejan en paz.

—No digo eso… —dijo Hervouët. Parecía desconcertado y perplejo, con una mirada de perro apaleado—. Más bien todo lo contrario.

—¿Quisieras combatir?

—No tenemos prisa, mi teniente. —Se encogió de hombros y miró a Grange de frente—. En absoluto. Solo que aquí, al final, suena bastante raro…

Hizo un gesto hacia el bosque vacío y meneó la cabeza.

—… No nos apoyan…

Recorrieron rápidamente la tala del bosque. La arboleda afectada era todavía demasiado joven: casi ninguna de las estacas ya desbastadas alcanzaba las dimensiones requeridas, y por otra parte el trabajo progresaba en apariencia con demasiado descuido. Junto a los montones de troncos esqueléticos, una choza de paja se reclinaba en la arboleda: entraron. Tres o cuatro tocones escuadrados servían de asientos: sobre uno de ellos reposaban de manera casi emblemática una baraja de cartas y dos botellas vacías, como una *naturaleza muerta* de aquella guerra que ahora hibernaba a pleno sol. Grange se metió las manos en los bolsillos y, sin sentarse, lanzó a la lamentable cabaña una especie de mueca «variniana».

—¡Los Talleres Nacionales…! —silbó entre dientes—. ¡Después de todo, para lo que pagan a la gente…!

Hizo un ademán con la mano que lo barría todo. Apenas se sentía afectado por la siesta de aquel ejército durmiente del bosque. E incluso se sentía una suerte de cómplice en un rincón oscuro de sus pensamientos. Había cierto encanto turbio y potente en aquel revolcarse en este *barco ebrio* que había arrojado por la borda el timón y los remos: el extraño encanto de dejarse ir *río abajo*.

Se sentaron en los tocones y encendieron sin hablar sus cigarrillos. Una pesada barra de nubes de tormenta se había formado hacia el oeste, allí donde el sol se acababa de poner. Desde la cabaña solo se oía de cuando en cuando un roce de hojas azotadas por el paso de un mirlo que volvía hacia su nidada, y muy cerca, otras veces, el de un conejo que salía rodando cuesta abajo por la espesura. Hacia Bélgica, una lontananza azulenca se iba convirtiendo en noche. Una pesada bóveda de nubes se deslizaba lentamente por el cielo; en la linde del horizonte, el bosque

comenzaba a difuminarse en la creciente oscuridad, en una palpitación de relámpagos de calor. Pero la tranquilidad de la noche no era la del sueño aventada por aquella lejana palpitación, se hubiera dicho que la tierra ya no atendía más que a la caída de aquella pesada tapadera que minuto tras minuto corría más arriba por el cielo. Algunas gotas se desparramaron sobre el tejado de chapa y pronto se detuvieron; un olor polvoriento y torrefacto surgió del suelo, arrastrando hasta las narices toda la intensidad del calor.

—Extraña primavera —dijo Grange, desabrochándose la guerrera —. Hasta se podría dormir en la hierba.

—Seguro —dijo Hervouët—. No se tienen ganas de volver.

—Vayamos hasta los Censes de Braye. Echaremos un vistazo a la red.

En cuanto se deslizaron en el sendero apenas abierto que conducía hasta la frontera —un auténtico camino de contrabandistas —, se sumergieron en un olor verde y amargo, más embriagador que el del heno recién cortado, que la noche cercana aplastaba contra la tierra. De cuando en cuando subía hasta el rostro una capa de frescor que enfriaba brutalmente las sienes: las charcas de las últimas tormentas inundaban todavía las partes bajas del camino. Por encima de sus cabezas las ramas recortaban una cinta de día amarillo que las nubes de la tormenta iban devorando con rapidez. Al hilo del zigzagueante sendero, el sentido de la marcha se perdía muy pronto. Cierta sensación de bienestar, que bien reconocía, se apoderaba del espíritu de Grange; se deslizaba cada vez más en la noche del bosque como en una especie de libertad.

—Debemos de haber llegado, mi teniente.

Oyeron el tintineo de una lata de conservas. La red de alambradas cortaba el sendero en un recodo: habían tropezado con los hilos antes de poderlos adivinar. Más allá de la frontera, el sendero se hundía hacia un barranco poco profundo, por el que se deslizaba ya una bufanda de niebla, pegajosa y lisa como el humo de un cigarro. La vertiente belga se levantaba bastante bruscamente en una suerte de grupa herbosa y apenas sin árboles, pero ya

sembrada aquí y allá con pimpollos jóvenes de abetos. La débil claridad de la luna que ya se había levantado, y que la niebla todavía no había escondido, se aferraba a aquella pendiente lisa, mezclada todavía a un resto del día, y hacía del claro, más allá del estanque de bruma y tras los conos sombríos de los jóvenes abetos, una especie de lugar prohibido y un poco mágico, entre sendero de elfos y claro para sabbat. Por detrás de la cresta hacia la que ascendía la pradera se recortaba entre los árboles la parte superior de un tejado bajo, sin duda una cabaña de carboneros o de leñadores.

—Los negocios andan regular ahora —dijo Hervouët señalando hacia el tejado aquel con un movimiento de la barbilla—. La red, a pesar de todo, les molesta.

—¿La cabaña?

—A los que pasan. Es un escondrijo para contrabandistas.

Grange había ido entendiendo poco a poco por qué le gustaba llevarse a Hervouët en sus correrías nocturnas. La frontera le fascinaba. Conocía con todo detalle los escondites toscos e ingeniosos, los entreluces de los pájaros nocturnos y el trote menudo de los raposeros. Grange sentía que nada les unía más que aquellas breves conversaciones en murmullo, entrecortadas por largos silencios, y aquellas prolongadas escuchas nocturnas cuando patrullaban juntos, tanteando en la oscuridad con la mano enguantada, como cuando se busca el hilo invisible de la alambrada en una rampa. Era una especie de línea de vida lo que les unía, tendida solamente a través de la pesada noche.

—El oficio ya no es rentable —dijo asimismo Hervouët con una mueca—. Y además están ocupados en otros sitios.

—¿Han sido llamados? —dijo Grange, levantando la cabeza, pero apenas sorprendido. Sabía por Moriarmé que los pasos de la frontera se habían vuelto muy raros.

—Sí —dijo Hervouët—. A los fronterizos, y también a otros. Es probable que eso huela a chamusquina. Han llamado a mucha gente estos últimos tiempos. Tan solo en Waregnies…

—Pero todavía no ha habido alerta —dijo Grange sin demasiada convicción.

—A mí se me ocurre que algo tienen que saber a pesar de todo, mi teniente. —Hervouët meneó la cabeza—. Están más cerca que nosotros. Y además, a la fuerza. Es la temporada.

Fumaron un rato en silencio. Hacía bueno. La niebla se desvanecía; uno o dos truenos rodaron débilmente por detrás del horizonte de Bélgica, con el estruendo pacificado del final de una tormenta. La luna se había liberado: hacia el fondo de la brecha entre los árboles, la pendiente del claro se escarchaba con una luz fría y mineral, toda ocelada por la sombra de tinta de los jóvenes abetos sentados sobre la hierba. Jamás como aquella noche Grange había tenido el sentimiento de habitar en un bosque perdido: toda la inmensidad de las Ardenas respiraba en aquel claro de fantasmas, como el corazón de un bosque mágico palpita en torno a su fuente. Le turbaban aquel vacío de la arboleda y aquellas guardias en duermevela. Pensaba en la extraña expresión que se le había ocurrido a Hervouët: «No nos apoyan». Lo que habían dejado detrás de sí, lo que se suponía que tenían que defender, ya no importaba mucho en realidad; el lazo estaba cortado, se había roto el vínculo; en aquella oscuridad repleta de presentimientos las *razones de ser* habían perdido los dientes. «Por primera vez quizá —se decía Grange—, heme aquí movilizado en un ejército soñador. Yo sueño aquí, soñamos todos, pero ¿en qué?». Todo en su torno era vacilación y turbiedad, presa insegura; parecía que el mundo tejido por los hombres se iba deshaciendo punto a punto; ya no quedaba más que una espera pura, ciega, donde la noche estrellada, los bosques perdidos y la enorme ola nocturna que crecía ascendiendo tras el horizonte, les dejaban brutalmente desnudos, como la rompiente de las olas detrás de las dunas inspira de repente el deseo de estar desnudos.

Hablaron un momento del permiso de Hervouët, pues su turno se acercaba. El agua se había retirado ahora de la Brière, pensó Grange: e imaginaba con singular claridad los amplios caminos de

sirga como alfombras bermejas y cenicientas por entre los canales de las salinas, agrandados hasta el infinito por la niebla ligera de las hogueras de turba, que casi nunca se despejaban del todo: se acordaba de aquel mal misterioso, de aquella lenta fiebre que se apoderaba de la tierra hasta en sus entrañas en cuanto llegaba el verano, como si ardiera bajo la hierba sin llama y sin calor, y que hasta se podía excitar con la punta de un bastón, en el parpadeo de las chispas solo al raspar la turbera misma, como un perro que enseña los colmillos.

—¡Todo esto…! —concluyó Hervouët con una especie de indiferencia. Sin darse cuenta, estaban hablando del país como de un África indígena, donde resulta agradable imaginarse de viaje, pero sin verse haciéndolo en verdad.

—¿Y no echarás mucho en falta las Mazures? —preguntó Grange dándole un suave golpe en el hombro.

—Ya no hay nadie en las Mazures —dijo Hervouët sin mirarle—. Los evacuaron anteayer. —Y añadió, encogiéndose de hombros—: Más vale así. Ya no es momento para mujeres.

Regresaron silenciosos hasta la tala. La luna, que ahora vaporizaba la bruma, la convertía en una jungla indecisa; al fondo del claro ensanchado, la muralla del bosque bajo la luz fría parecía colocarse inmóvil y de pie como si fuera un hombre.

—Vuelve solo —dijo Grange a Hervouët—. Tengo que pasar por las Falizes.

Todavía había luz en la casita de Mona. Grange hizo ruido metálicamente dos o tres veces con el picaporte que rechinaba; era la manera convenida para anunciarse cuando ella no estaba aún dormida. Mona leía, tumbada descalza en la cama, boca abajo, vestida tan solo con un pantalón de tela azul y una de las batas de Julia.

—Ven a sentarte… —Sin levantarse, se volvió de medio lado y encogió el vientre para dejarle sitio en el diván. Nada le unía a ella tanto como aquellos ademanes que con él tenía íntimamente conectados como los de un ciego.

—¿Qué pasa, ensueño mío? —preguntó ella enderezándose sobre el codo y mirándole a la cara un poco alarmada.

—La guerra… —dijo él con un suspiro cansado, mientras colgaba con gesto familiar el casco en la gran llave del armario. Tuvo un pequeño estremecimiento en el corazón: el borde del casco, que cada vez se balanceaba un momento en su barboquejo, había terminado por trazar en la madera encerada un fino arañazo curvo.

—¡Qué tonto eres! —dijo ella atrayéndole hacia su boca. Pero pronto se separaron: sus labios contra los suyos tenían un sabor de fiebre triste, un gusto agrio y marchito.

»Estás enfermo, pajarito mío. Se trata seguramente de la *fiebre de los pantanos*, del paludismo —dijo ella cogiéndole la muñeca e inclinando la cabeza con aire doctoral—. Julia dice siempre que es *tan* malo ir de noche por las ciénagas para esas rondas, como tú haces…

—No, Mona, te lo aseguro. Se trata de la guerra, de verdad. Tienes que irte —dijo volviendo la cabeza, con un tono mucho menos firme de lo que hubiera deseado.

—¡Qué aburrido eres, cariño…! —Mona soltó un pequeño suspiro precursor que él conocía muy bien. Era la hora en que se apoderaba de ella el sueño, un sueño que la arrojaba de repente sobre la cama, completamente indefensa, como un cabrito atado por las cuatro patas. Y aquel sueño era en ocasiones un sutil recurso, a la manera de esos animales mansos que *se hacen el muerto* frente al peligro.

La cogió de un hombro y la sacudió un poco:

—Es preciso que te vayas, Mona, ¿no entiendes?

—Pero ¿qué es lo que sucede?

Se enderezó con una enérgica sacudida y le miró con sus ojos de mal sueño.

—Avisa a Julia. —Tomó sus dedos con los suyos, maquinalmente —. Mañana mismo… —Sus ojos eran duros y distraídos; sentía que el tiempo le empujaba por detrás; pensaba en aquellos andenes de estación, al amanecer, donde los adioses saben a nada, pero donde el viento de la mañana es tan fresco. No se atrevía a decirle que, por

ligera que fuese, todavía era un obstáculo en su vida, y que él estaba ahora hambriento de soledad.

Mona lloró durante mucho rato: su pesada cabecita sacudida contra el hombro de Grange estaba toda húmeda de lágrimas, pero no por ello él experimentaba ni desaliento ni angustia; sentía que una ebria juventud triunfaba en aquellas lágrimas: era como un aguacero de abril, como un árbol joven que rezuma savia. Cuando se detenían los sollozos, escuchaban juntos el ruido del bosque despierto que cruzaba por la puerta abierta, y sentía recuperar a su vera aquella respiración suave y nocturna, como la de una planta sobre la que acaba de escurrirse la tormenta. «Toda una estación», pensaba Grange. Se preguntaba si la había amado. Era algo menos, pero también mejor: no había habido lugar en él más que para ella.

En la noche del nueve al diez de mayo, el alférez Grange durmió mal. Se había acostado con la cabeza pesada, y con las ventanas completamente abiertas al calor precoz que ni siquiera la noche del bosque conseguía disipar. Cuando se despertó al amanecer, le pareció en primer lugar que había soñado mucho: Su cabeza estaba repleta de un zumbido insistente y anormal. Era consciente de la viva corriente de aire fresco que se derramaba sobre él desde la ventana más cercana, pero aquel airecillo resbalaba sobre su rostro con un toque particular, vibrante y musical, como si hubiera estado tejido de un crepitar de élitros. Durante un rato, tuvo, en su confuso sueño, el sentimiento, simplemente agradable, de que las horas se habían entremezclado, y que el alba del bosque se confundía con un mediodía tórrido, electrizado por las cigarras. Después, la impresión se localizó y comprendió que un vidrio de su ventana, del que se había desprendido la masilla, temblaba junto a su mejilla y vibraba sin parar en su marco. «Es mi cristal —se dijo volviendo a hundir la cabeza en la almohada—, tendré que decirle dos palabras a Olivon a este respecto»; y sin embargo, desde el fondo de su seminoche y sin relacionarla del todo con aquella vibración, sentía al mismo tiempo

en el aire de la mañana una aguda nota de urgencia pánica que se intensificaba segundo tras segundo, una especie de embarazo fulgurante del día; y tomaba asimismo conciencia, con extrañeza, de la ligereza, de la grotesca delgadez del tejado que tenía encima, y que parecía dispuesto a echarse a volar: se acurrucaba en su cama con cierto malestar, desnudo y expuesto en el corazón de aquel gran estruendo que caía del cielo y se agrandaba. Dos golpes en su puerta le despertaron esta vez del todo.

—Ya están pasando, mi teniente —dijo Olivon detrás del umbral.

Era una curiosa voz gutural, de una indiferencia un poco estrangulada, que se colocaba en alguna parte entre el enloquecimiento y la incredulidad.

Los hombres ya estaban en las ventanas, con los pies desnudos, despeinados, abrochándose a toda prisa el cinturón de sus pantalones. Todavía no había despuntado el alba, pero la noche palidecía hacia el este, orlando de gris el dilatado horizonte del mar de los bosques de Bélgica. El alba húmeda estaba todavía muy fría; la planta de los pies se helaba sobre el hormigón desnudo. Un enorme zumbido que ascendía lentamente hacia su cenit entraba por las ventanas abiertas. Aquel zumbido no parecía surgir de la tierra; llenaba uniformemente toda la bóveda del cielo, convertido de repente en un firmamento sólido que se ponía a vibrar como una chapa de uralita: se pensaba en primer lugar en algún extraño fenómeno meteorológico más bien, como una aurora boreal en la que el sonido inexplicablemente hubiera sustituido a la claridad. Lo que reforzaba aquella impresión era precisamente la respuesta de la tierra todavía anegada en la noche, donde nada humano se movía aún, pero que se inquietaba y procuraba informarse confusamente aquí y allá por la voz de sus animales; hacia las Buttés, en la fría noche en la que los sonidos llegaban muy lejos, unos perros aullaban sin parar, como a la luna llena, y a ratos, en la base de aquel hundido estruendo, se oía surgir desde los bosques cercanos como un cacareo de alarma ahogado y cauteloso. Desde el horizonte, una nueva capa de rugidos comenzó a surgir, a brotar y

ensancharse, a subir sin prisa hacia una sosegada culminación, a deslizarse majestuosamente sobre el cielo, y esta vez, de repente, los perros se callaron: ya solo existían los rugidos. Luego el estruendo bajó de tono, perdiendo su carácter unísono de lisa oleada, dejando arrastrarse por detrás los ronroneos y alientos entrecortados, vagabundos y aislados, y algunos gallos estallaron en el bosque vacío, sobre la tierra estupefacta y vacía como en el final de una tormenta: el día empezaba a despuntar.

Se sintieron de repente transidos de frío, pero ni siquiera pensaron en cerrar las ventanas: acechaban con el oído atento los ruidos ligeros que el viento empezaba a esparcir por el bosque. Olivon hizo café. Se inició una discusión bastante encarnizada. Olivon sostenía que se trataba de aviones ingleses que regresaban de Alemania, pero era el único en mantener esta opinión.

—Es a la flota de Hitler a lo que le temen los ingleses, mi teniente. Los ingleses solo entienden de eso, todo lo demás les da igual.

A Grange siempre le sorprendía el guiño de entendimiento socarrón que intercambiaban los soldados cuando se trataba de la política inglesa. Era para ellos lo mejor de lo mejor, el «golpe bajo» por excelencia, un misterio siempre ejemplar de trapacería solapada.

—Ya lo veremos en los periódicos —concluyó Gourcuff, que, en la duda, descorchaba ya desde muy temprano una botella de vino tinto.

Pero pronto resultó bastante claro que el día no se iba a reponer tan pronto en sus casillas. Un nuevo rugido de motores surgió de nuevo en el horizonte, menos fuerte en esta ocasión, sensiblemente desplazado hacia el norte, y de repente aquel reguero bastante lento de puntos negros que se deslizaba en el cielo más claro a ras del bosque, pareció empezar a dar brincos: dos, tres cuatro grandes explosiones sacudieron la mañana, y desde la misma entraña de la tierra removida, y hacia los lejanos acantonamientos de la caballería, ascendió el tableteo rabioso de las ametralladoras. Y en aquella ocasión se hizo el silencio en la sala. Un mechón de humo gris,

mezquino y casi decepcionante después de tanto estruendo, se retorcía y deshilachaba lentamente, muy lejos por encima de los bosques. Lo miraron durante cierto rato sin decir nada.

—Bueno, hay que vestirse —concluyó al final Gourcuff, muy tranquilo.

Sonó el teléfono.

—¿Es usted, Grange?

La voz era baja, un poco velada, menos irónica de lo que Grange hubiese creído. Hablaba sobre un fondo de ruidos inhabitual: parecía haber todo un zafarrancho aquella mañana en el despacho del capitán.

—Le transmito la orden de alerta *número uno*…

La voz de Varin subrayó la palabra con una especie de humor goloso.

—… Y se lo confirmarán por escrito.

La voz se volvió más familiar y socarrona: el capitán se había debido de librar de algún visitante oficial.

—*Uno*, apúntelo bien, y no *dos*, somos gente ordenada. Al final siempre llegamos, como los carabineros. Pero claro, esto no es más que un anticipo. ¿Tiene usted radio?

—No, el aparato se ha estropeado.

—Lástima, amigo mío, lástima, pues esta mañana es algo apasionante. Han entrado en Holanda, en Bélgica y en Luxemburgo. —Y luego el capitán prosiguió, con un tono de consejo—: … Y envíe a dos de sus hombres hasta la frontera. Con herramientas. Los belgas van a levantar sus barricadas esta misma mañana. Tal vez van a necesitar que se les eche una mano.

—Enseguida los mando.

El capitán no colgaba el teléfono.

—¿Todo bien por ahí? —dijo, tras un silencio, con una voz diferente, en la que había cierta timidez.

—¿Y por qué no?

—Quiero decir… —de repente, el capitán parecía molesto y confuso—, en fin, no sé, para usted puede resultar interesante.

Grange encontró que la noticia no surtía demasiado efecto entre sus hombres. Ya se despejaba la bruma de la falsa guerra, descubriendo a medias una perspectiva sin complacencia, demasiado previsible. Pero todavía quedaba un margen para lo desconocido, donde todo podía aún sumergirse, amortiguarse. Se vivía precisamente de ello. Bélgica y Holanda estaban mucho más cerca que Noruega. Pero, con un poco de ingenio, todavía podía uno inventarse algo.

—De todas formas, nosotros estamos aquí de miedo —dijo Olivon paseando por la habitación una enternecida mirada de propietario—. Esto no es como la caballería —añadió con un tono hipócrita—. Esos sí que van a pasar las de Caín.

En las primeras horas de la mañana, el tono comenzó a subir sensiblemente en la sala. Hervouët y Gourcuff regresaron de la frontera, con las cantimploras repletas de ginebra y los bolsillos de cigarrillos y banderitas belgas. El burgomaestre de Waregnies había venido personalmente para abrir la barricada. Había muchas mujeres. La emoción de los belgas había causado una gran impresión en sus hombres. La noticia de aquella enorme y lejana sacudida les había dejado como atontados: la medían por la repercusión que casi instantáneamente había batido la frontera.

—Estos *boches*… se las van a dar todas —proclamaba Gourcuff, muy enrojecido y sudoroso ya, pero convertido al optimismo.

Hacia las ocho, el sendero comenzó a animarse. Dos sidecars y una motocicleta pasaron rodando a toda velocidad hacia la frontera. Después un coche con un banderín y un destacamento de ingenieros. Por detrás de la casa fuerte, hacia los acantonamientos de la caballería, empezó a crecer, cada vez más fuerte, un ronroneo de motores. Grange, Olivon, Gourcuff y Hervouët se habían sentado ahora en los alféizares de las ventanas, con las piernas colgando sobre la pared como si fuera la mañana de un catorce de julio. El sol lucía fuerte y la mañana estaba despejada. Hacia las nueve se oyó el vasto ronroneo del oeste estallar en una especie de brutal petardeo,

que luego se uniformaba hasta convertirse en una grave mancha sonora, y así comenzó a salir la caballería.

Lo que predominaba sobre todo era el estruendo, un estrépito pesado, taladrador, de chapas, cadenas, latas, camiones oruga, de blindados sacudidos, que se aferraba a la nuca y ya no se desprendía. Los pequeños grupos de paisanos junto a la carretera —que el desfile hacía surgir como por arte de magia de los bosques desiertos— habían lanzado algunas aclamaciones al paso de los primeros vehículos, pero, desanimados, pronto habían renunciado: ahora esperaban que terminara de pasar aquel tren de mercancías demasiado voluminoso; y los hombres sobre los vehículos pasaban ante ellos mudos e indiferentes, vagamente alegóricos, como los bomberos sentados en fila a lo largo de sus escaleras.

El sol calentaba ya los blindajes; las tripulaciones estaban en mangas de camisa, algunos hombres con el torso desnudo; y bajo el pesado bubón de los cascos sin viseras, aquellos rostros, perlados por el sudor, parecían extrañamente jóvenes, pero con una juventud gastada, febril, devorada desde su interior, como las que se ven en la trilla y en las eras, arrojadas en montón a paletadas al estómago insondable de la máquina: más que en las flores en los fusiles de 1914, se pensaba en un mecánico de un tren rápido levantando sus gruesas gafas sobre sus ojos hundidos, excesivamente brillantes, o en un descargador de muelle en la carbonera del barco. Y tanto más que el enorme estruendo, era aquel aspecto taciturno, obrero y melancólico, intimidante, lo que paralizaba de repente aquellos grupos mudos al borde de la carretera, frente a aquella extraña corriente humana en mono de trabajo, manchada de aceite, rebozada en acero hasta la cintura.

La caravana pasó durante un buen rato, rodando pesadamente sobre la espesura su polvareda gris, con sus silbatos, altos, espasmos, frenazos irritados, que sacudían brutalmente a los vehículos de delante hacia atrás. La tropa del fortín estaba callada desde hacía bastante tiempo; solo se tenía conciencia del sol implacable, de la insípida sequedad del polvo en la garganta, del

crujido del acero caliente y del aplastamiento del pedregal. Hacia las diez de la mañana, los vehículos se fueron espaciando: el abastecimiento, los servicios y el vaivén de la retaguardia tenían que conformarse con los grandes ejes de carreteras, más practicables; de cuando en cuando pasaban aún algunos sidecars aislados, que rodaban más rápidamente sobre el camino despejado. Se advertía que el espectáculo había terminado: los grupos se deshacían, todavía atontados, se alejaban lentamente por la carretera; tan solo al paso de los rezagados hacían una pequeña señal distraída con la mano, sin detenerse, como se suele hacer con los corredores descolgados del pelotón.

Hubo después dos largas horas vacías. Alrededor del mediodía, una compañía de infantería subió por el camino en dirección a Bélgica. Los hombres marchaban en fila india por un solo lado del camino, pegados a la sombra de los árboles, en destacamentos bastante separados: de repente, la impresión era aquí mucho más la de una partida hacia la aventura. El avión hacía que la infantería remontase el curso de las edades, la devolvía a los convoyes de contrabandistas de sal, a la guerra de *los chuanes*, o al *sendero de batalla* del Último de los Mohicanos.

Grange ofreció algo de beber al subteniente que pasaba con la última sección, así como a sus ya sudorosos hombres. De repente, se sentía un poco avergonzado ante ellos, a causa de su muy bien abastecido refugio. Aquella mañana, además, uno sentía el impulso de ponerse a hablar con cualquiera que pasara por el camino: la carretera le adhería a uno a su susurro como una ventosa. El batallón de infantería subía para ayudar a la división de caballería: según el subteniente, en Bélgica la liberaría de la guarda de los puentes.

—Lo que pasa es que ellos tienen sus motores, y nosotros nuestras piernas —comentó con el vaso en la mano, sonrosado y sonriente, aunque un poco cansado—. Hay mucho desbarajuste aquí, créame. Nos queda mucho para llegar a nuestros acantonamientos.

Los hombres volvieron a ponerse en marcha. Sus acantonamientos del Mosa habían sido ametrallados aquella mañana. Se alejaban con un extraño movimiento, rozando los matorrales, con el cuello un poco encorvado levantando de lado el ala del casco y echando de vez en cuando y de soslayo una ojeada rápida al boquete de cielo libre por encima de la carretera.

Por la tarde, otra comitiva apareció en el camino en dirección contraria: los últimos habitantes de las Falizes se marchaban, evacuados urgentemente hacia las estaciones del Mosa. Había en aquel convoy una regularidad triste y casi militar, sin nada del patetismo sórdido de las granjas abandonadas en medio del pánico, escupiendo en los corrales las plumas de gallina de los edredones reventados. Ya no quedaba casi nadie en las Falizes: los ancianos y los niños se habían marchado durante el invierno con sus gruesas maletas, y se sentía asimismo cómo toda aquella gente de la frontera eran como la población de una antigua caravana para la que el calendario, por su propia naturaleza, encierra en reserva otros albures muy diversos de los del hielo y el granizo. Se retiraban como si se les hubieran concedido vacaciones, con toda dignidad, sin tomar al cielo por testigo ni rezongar, acostumbrados a un preaviso un poco sumario, como esa gente a los que las autoridades militares conceden algunas hazas en un campo de tiro. Las mujeres, casi todas jóvenes, lloraban sin demasiado ruido, sentadas en sus bultos de ropa correctamente atados con una sábana; los hombres caminaban en silencio, pero con un aire bastante firme, al lado de su carreta; hasta el hijo Bihoreau cojeaba a la vera de su animal, atacando belicosamente la carretera con su pata de palo. Se llevaba en su carro a madame Tranet, quien se había anudado los cabellos con un pañuelo rojo: apoyada contra el adral, ya deslucida por el sudor y los traqueteos del camino, parecía una *baba* rusa; un velo de polvo y miseria envolvía el miserable convoy, que revestía el color de la carretera y ya no era solamente la ansiedad lo que hacía envejecer de repente todos aquellos rostros; una mano poderosa había revuelto la jugada, y ahora se entraba ya en el mundo de los

rápidos adioses y de las separaciones imprecisas; la comitiva se deslizaba ya ante sus ojos con el color insípido y gastado del recuerdo. Olivon abrazó a madame Tranet, pero el lugar y las miradas le molestaban: en el último momento solamente le dio un sonoro beso campesino en la mejilla.

—He dejado la llave sobre la puerta —dijo ella a media voz, haciéndole una señal con la mano—. Un café, ya sabe usted…

Se estrecharon las manos en silencio.

—¡Hasta después de la guerra! ¡Cuando hayamos colgado a Hitler! —gritó Gourcuff sin convicción, pero la palabra cayó como una grosería, sin suscitar ecos ni risas. La comitiva se alejó. Madame Tranet había desatado su pañuelo rojo; cada vez más lejos, todavía aferrada al adral, aún hacía señales. Los hombres andaban sin volverse, con los hombros hundidos y el paso económico de las grandes caminatas.

El éxodo de las Falizes ensombreció bruscamente al blocao, muy excitado ya desde por la mañana por el hermoso atuendo de la caballería. A finales de la tarde se pudieron oír, hacia el sur, toda una serie de explosiones apagadas y casi subterráneas. En esta ocasión, en lugar de sacudir los cristales, la deflagración parecía surgir del propio suelo de hormigón que vibraba bajo los pies como un yunque; se tenía la impresión de que unos mensajes oscuros, cargados de sentido, se entrecruzaban en lo más profundo de la tierra removida. Los hombres, en la sala común, comían para pasar el rato, mordisqueaban pan y trozos de chocolate; podía reconocerse que la guerra de verdad ya había comenzado en el ruido de piedra de molino de las mandíbulas, que ahora surgía uniformemente de sus ratos de tranquilidad. Pero con el estallido de las explosiones dejaban de comer y levantaban la cabeza sobresaltados hacia el ruido, con expresión de ansiedad obtusa, como la de un caballo asustadizo que levanta la cabeza del prado y aguza repentinamente las orejas. Cuando volvía el silencio, tras el breve terremoto, se escuchaba hasta el piar de los pájaros en la espesura, junto a las ventanas, y debajo de los pies el claro tintineo de las botellas vacías

que las sacudidas hacían rodar un poco en el sótano del blocao; y durante mucho tiempo todavía percibían cada uno en su interior aquel oído nuevo capaz de sorprender aun desde mucho más lejos, el zafarrancho angustioso de las profundidades.

Al atardecer, Grange tuvo que subir hasta las Falizes en busca de rollos de alambrada que allí habían depositado los de ingenieros: Moriarmé había ordenado reforzar urgentemente la pequeña red del blocao. Los últimos zumbidos de los aviones habían enmudecido; había en el atardecer una dulzura inocupada, en la que el mismo día parecía desprenderse secretamente de su armadura y liberarse de aquella tensión demasiado fuerte; se oía desde muy lejos el martilleo apagado de un ave contra el tronco de los robles, y su graznido cuando se echaba a volar bajo la arboleda. La marea de la guerra se había retirado; y sin embargo había dejado colgada de los matorrales su espuma gris; en la carretera de las Falizes, botellas vacías, bidones de aceite y latas de conservas cubrían la orilla; el blando asfalto de la calzada, laminado por los coches oruga, estaba como estampado por finos flecos brillantes. Cuando Grange apareció en el prado, la linde del bosque arrojaba ya sobre el pasto una sombra alargada: en aquella luz de miel, las ventanas del hospicio, detrás del seto de evónimos, ardían con todos sus cristales. Se detuvo un momento a la altura de las primeras granjas, a disgusto, y se sentó al borde de la carretera sobre un rodillo de piedra volcado en la hierba, reteniendo el aliento durante unos instantes. Escuchaba el silencio. Era un silencio blando, marchito, que parecía bajo aquel gran sol acolchonar el oído de un fino algodón, como la nieve o como el crepúsculo en esas ruinas mohosas donde revolotean los murciélagos. Cuando se llegaba por la carretera, se penetraba de repente en aquel silencio como cuando se vuelve a caer al otro lado de un vallado, un poco aturdido, como sin referencias, esperando vagamente que una mano se coloque en el hombro.

«Estoy solo aquí. ¿Será posible?», pensó Grange estúpidamente, y a su pesar se dio la vuelta, mientras un cosquilleo le estremecía la espalda desagradablemente. Miró a su alrededor la hierba alta y

oscura, ya fresca, en la que se hundía el rodillo de piedra, la minúscula callejuela vacía —jalonada con sus puertas y sus ventanas cerradas y hostiles— donde el viento del atardecer paseaba sin ruido las invisibles mallas del polvo. Los cristales del hospicio se apagaron y la luz pareció bajar de repente; un polvillo fino parecía enharinar el color plomizo de las paredes, los deslucidos de las tejas, de las puertas y persianas.

Grange abandonó la carretera y pasó por la callejuela que bordeaba la parte trasera de las casas; entre los cultivos de coles, los montículos de balas de avena y los rodrigones de guisantes, anduvo hasta la casa de Mona. Ella no había vuelto a las Falizes desde su marcha; maquinalmente, hizo funcionar dos o tres veces el picaporte de hierro. De nuevo se dio la vuelta, preso de un malestar más fuerte: una media docena de gallinas blancas habían dejado de rascar la paca de avena y la inspeccionaban con una pata levantada, clavando su ojo rojizo sobre él con un apagado cacareo: se hubiera dicho que aquellos menudos animales se quejaban entre dos luces de la viudedad del hombre, con un tono cauto y apagado de conciliábulo. Al empujar la puerta con el picaporte levantado, se abrió suavemente. La habitación estaba muy sombría, a causa de la hora tardía y de los postigos cerrados; solo se veía relucir en la penumbra la pequeña mesa de cobre, y más débilmente los paneles encerados de los armarios, despiertos por la raya de luz de la puerta entornada. La habitación había perdido su increíble desorden: la hamaca estaba plegada, así como la complicada red de cuerdas; una tristeza recluida y sin edad se desprendía de los muebles severos, de las paredes desnudas, en las que un olor a moho frío se escurría ahora procedente del largo invierno, mezclado con el aroma cerúleo de la tela áspera amontonada en los armarios. Un moscardón azul se despertó en una cortina, sorprendido por la raya del día, y se puso a zumbar pesadamente en el aire espeso.

—¡Pues sí! Aquí fue… —pensó Grange, intimidado. Tenía ganas de irse; el silencio le oprimía extrañamente las sienes. Una especie de náusea le llegaba de aquel aire confinado, de aquel día pastoso,

envejecido, que se desprendía de las persianas y del montante. Abrió la puerta de par en par; una gallina apareció en el umbral, inspeccionó la penumbra alargando el cuello; pero la alfombra pareció desconcertarla: tras un momento de perplejidad, desapareció volviéndose a su avena con un cloqueo de desprecio. A través del aire líquido, se seguían escuchando, más espaciados, los gritos de los pájaros que se reunían por la noche en el castaño del Café des Platanes. Grange se sentó un momento en la cama, pensativo; la cama cedió suavemente bajo su peso, con un familiar gemido de sus muebles; le asaltó un deseo repentino de tumbarse allí, la cara contra la pared, vacío para siempre de sus pensamientos y de sus sueños. Dentro de una hora, la noche del bosque entraría por la puerta abierta con su olor salvaje, con los ruidos de sus animales, absolviendo a aquel mundo que olía a fiebre; imaginaba con deseo el estanque de paz, el fresco pozo negro que se filtraría con la noche de la oquedad de aquella casa cerrada; le parecía que allí algo se limpiaría en él desesperadamente. Sintió que su garganta se cerraba; se encogió de hombros nerviosamente. La llave se había quedado dentro de la cerradura; cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo. El exterior estaba aún claro, aunque ya refrescaba; una suave y delicada redecilla de luz amarillenta caía sobre los cultivos de legumbres a través de los melocotoneros y de los cerezos.

Con bastante facilidad volvió a encontrar el depósito de alambradas en un cobertizo cerrado con un candado detrás del hospicio. Ya no tenía nada que hacer en las Falizes, pero no tenía ganas de regresar; la noche se anunciaba pesada e incierta, y la idea de que tal vez Varin hubiese llamado al blocao le preocupaba. Se introdujo de nuevo en la callejuela, y se puso a subirla cuesta arriba en dirección al Café des Platanes con paso indeciso. Muchas de las ventanas que daban a la calle no tenían postigos; la mirada muda de aquellas ventanas le molestaba a la vez que le atraía: zigzagueaba de una a otra a través de la calle vacía. Cuando pegaba el ojo a alguna de ellas, a través de los cristales pequeños y

abombados, como gruesos cabujones de vidrio de botella, divisaba el embaldosado rojo y desnudo, la madera de las camas de nogal desprovistas de toda ropa, y, en las paredes ahumadas, los rectángulos más claros de los espejos tachonados de manchas de moscas y de las fotografías familiares ya descolgadas; a veces, sobre la cama, la mancha tenía forma de cruz; el ramo de boj bendito, todavía fresco, había permanecido colgado de un clavo, o andaba rodando sobre el somier de anchas bandas grises de lona. Eran sobre todo aquellas manchas pálidas en las paredes las que daban una singular impresión de deterioro: las casas parecían entregadas a aquel deterioro, puestas más a su disposición, como si una diminuta lámpara acabara de apagarse en pleno día. De cuando en cuando, Grange se detenía a su pesar para escuchar: callaba el piar de los pájaros; solo se escuchaba el agradable alboroto de los pajarillos que se disponían a dormir en el castaño del Café des Platanes, y más lejos, por detrás de las casas, el de los tordos que lanzaban sus llamadas en la linde del bosque. Frente a los huertecillos, en el aire que ya nada removía, caían distintamente a través de la callejuela los olores de las jeringuillas, de las lilas y las glicinias. Cuando llegó al Café des Platanes, Grange recordó lo que había dicho madame Tranet.

«En resumidas cuentas, se trataba de una invitación», pensó, más animado. El parasol había desaparecido, pero los sillones y la mesa del jardín seguían en su lugar. Sobre ellos lanzaba una sombra espesa el gran castaño coronado por el alboroto languideciente de los pájaros; la pequeña terraza sobrealzada revestía el aspecto de un escenario de teatro en el que la puerta del fondo solo esperaba para entreabrirse el timbrazo del claro de luna. Grange empujó la puerta, e inspeccionando con su linterna el armario de cristales, alcanzó una botella de coñac. Y de repente se le ocurrió que tenía mucha sed; fue a buscar un cubo de agua en el pozo de la plazuela. En aquel silencio desierto, la polea lanzó un enorme e incongruente gemido; un cacareo desaprobador se despertó en el gran castaño, pero como ahogado y ya nocturno. «Si me quedase aquí, terminaría teniendo

ganas de hablar a los animales», pensó Grange. El poniente seguía luminoso y todo dorado; por debajo de él, y a través de la vidriera de fragua, los pupitres del aula de la escuela se iluminaban ahora bajo la luz rasante como otros tantos espejos diminutos. Encajó su cuerpo en el hueco del sillón y puso los pies sobre la mesa, fastuosamente. Un gato negro se introdujo en la calle de soslayo, colocando con cuidado sus patas, una tras otra; le miró un momento de abajo arriba, y después, tras una larga deliberación, se dirigió hacia la terraza. Grange lo atrapó por el cogote; apenas estuvo en su regazo, el animal, que aparentaba querer escapar, se puso a ronronear de manera indecente, como una ciudad conquistada. Grange bebía a sorbitos, lleno de una turbia exaltación, en la que también había el júbilo, un poco ebrio e inquietante, del «todo está permitido», unas secretas ganas de vajilla rota y alboroto nocturno, el sentimiento del puro bienestar que se desprendía de aquel fresco atardecer, y allí muy en el fondo una angustia sorda y animal, incubada por aquel silencio que sonaba como las trompetas del Juicio Final. Pero le tranquilizaba aquella pequeña vida cálida que se adormecía en su regazo.

—¡Mi tenieeenteee!

A la entrada del poblado oyó a Hervouët que le llamaba como desde lo más profundo de un bosque sombrío. Registraron las granjas, valiéndose en ocasiones de su linterna en el crepúsculo adelantado, y acabaron por descubrir una vieja carretilla en la que cargaron los rollos de alambrada. A dos, la soledad de aquel pueblo fantasma se convertía en algo simplemente agradable: se sentían libres y atrevidos, listos para la aventura, contentos de llevar consigo todo lo que tenían. Antes de marcharse se sirvieron otro coñac bajo el castaño. Había llegado la noche, muy clara y tranquila; por encima de sus cabezas, el castaño recortaba en el cielo un nubarrón de tinta de bordes rizados, que arrojaba sobre la terraza una sombra mucho más negra, pero a través de la red de sus hojas y hasta de sus desgarraduras, se veía brillar un batiburrillo de estrellas; hablaban en voz muy baja, con calma, entre largos intervalos de silencio; la

soledad, el perfume del bosque, la sombra aterciopelada de la enorme espesura y la fantasmal realeza de aquel pueblo muerto, otorgaban a Grange una insólita impresión de lujo. La tierra se volvía de nuevo salvaje, rejuvenecía con aquel perfume de altas hierbas y campamento nocturno, encontraba de nuevo el bárbaro humor de albergarse al aire libre; el silencio era fresco en el oído, donde algo parecía vengar y remozar al hombre: se hubiera dicho que el cielo estaba repleto de estrellas nuevas. Escondidos en la sombra de los árboles, donde solo se movían las puntas rojas de sus cigarrillos, miraban en la perspectiva de la callejuela repleta de noche azul aquellos tejados que empezaban a impregnarse de luna. Los murciélagos habían cesado de revolotear en torno al castaño; de la linde más cercana del bosque se oía subir el extraño «quien-vive» de la zumaya.

La mañana del día siguiente fue muy tranquila. Con el camino de las Falizes ya desierto, el bosque regresaba a su soledad. Pero la tranquilidad del Techo ya no era la misma. El tiempo pesaba como una losa; una especie de barra se había formado bajo el vientre, y una extraña turbulencia se apoderaba de los pies y de las manos. Apetecía comer de pie, con la nariz pegada a la ventana. El día era caluroso y pesado. El polvo de la víspera se había depositado en las hojas inmóviles; solo una vaharada de calor temblaba sobre el pedregal.

Hacia media tarde, de repente, el decorado cambió. Un pesado zumbido ascendió con el gran calor desde el Mosa, y golpe tras golpe, sembrados sobre casi todo el semicírculo oeste del horizonte, reventaron casi simultáneamente los enormes ramilletes de unas grandes explosiones. Pero en aquella ocasión, grandes humaredas surgieron sobre el horizonte de los bosques, grises y lentas: primero tres, después siete, ocho, diez, quince. Apenas eran patéticas, ni siquiera siniestras. Pero allí estaban, retocando el paisaje sin retorno, como una estación nueva; se sentía que de buen o mal grado, ahora

ya no se podría vivir sin ellas. Sobre todo el reborde del Techo, una mano rápida acababa de deslizarse encendiendo las candilejas.

«Después de todo… —pensó Grange—, el teatro de operaciones no está tan mal pensado». Lo que le asombraba era aquella brutal inflación, aquella manera atronadora y estruendosa de colocar el decorado, y después, de repente, aquel olvido, aquel vacío, como el de un borracho que de buenas a primeras golpea en la mesa como para partirla en dos y luego intenta confusamente desde el fondo de sus nieblas recordar contra quién en realidad estaba resentido.

«¡Bueno!, no es más que un bombardeo del Mosa», se decía un poco más tarde, aunque a pesar de todo perturbado. Un bombardeo de lo más normal. Lo extraño sería que no bombardearan. Las carreteras y el ferrocarril de Bélgica, todo pasa por ahí… Desde su ventana contemplaba perplejo el horizonte de las humaredas, entre las cuales dos o tres se deshilachaban ya moribundas. Pero mientras estaba mirando, una idea se removía en su cerebro, todavía confusa, una idea pequeña y mala, penetrante como un olor. Había advertido, con cierta sorpresa, que ninguna tropa más había pasado hacia Bélgica después del batallón de infantería. Desde la víspera por la noche, el sendero seguía vacío: se hubiera dicho que la infantería no seguía detrás de la caballería.

«Es extraño —se decía, pensativo—, ¿qué estarán esperando? Luego… Puede ser que Varin y el batallón hayan tragado». Con su brújula intentaba descubrir la dirección de Moriarmé, que parecía alimentar por detrás de los bosques una de las más notables humaredas, pero ante su sorpresa, advirtió que lo hacía para su mayor tranquilidad y casi distraídamente. El horizonte sensible se empequeñecía: también en eso podía advertirse que había llegado la guerra.

Los hombres terminaron de colocar las alambradas. El bombardeo les preocupaba, pero no por ello la tarea dejaba de avanzar cada vez más deprisa: impedía pensar. Entre los golpes de su gran mazo de madera, Gourcuff rezongaba irritado. Por otra parte, el hilo ni siquiera era de alambrada: los ingenieros no habían

dejado en las Falizes más que algunos restos; eran de la marca Brun, cuyos gruesos rollos niquelados, desplegados en forma de acordeón, parecían instalar en torno a la casa fuerte una *gymkhana* para niños.

—Falta algo, mi teniente. ¿No le parece? —dijo Olivon cuando terminaron la instalación. Había dado unos pasos atrás y guiñaba los ojos para apreciar en su conjunto aquel lamentable cercado con un gesto extraño—. Habría que colgar un letrero: CUIDADO CON EL PERRO.

Hacia el atardecer, Moriarmé llamó, se hizo confirmar la instalación de las alambradas, y ordenó verificar que estuvieran al completo los depósitos de municiones, los juegos de señales y las reservas de víveres.

—Voy a enviarle con la camioneta una pistola de señales de recambio —añadió Varin—. Las pistolas de señales no funcionan nunca. Nun-ca.

Al otro lado del hilo, Grange estaba pensando a su pesar en aquel inimitable palpitar de narices. Pero al capitán le debían de haber molestado, ya que el sargento Prinet cogió el auricular.

—¿Les cayeron muchas bombas? —se informó cortésmente Grange.

—Pocos daños, mi teniente. Algunos caballos. También algunas casas. Las Verreries…

—¿Y noticias?

La voz de Grange sonaba un poco menos despreocupada de lo que hubiera deseado.

—Nada claro —dijo Prinet, tras dudar unos segundos—. La radio dice que los alemanes han cruzado el canal Albert.

Era curioso advertir hasta qué punto los nombres se volvían ahora pesados o ligeros. El canal Albert quedaba muy lejos hacia el norte. En el bajo Escalda. Eran los otros.

—¿Y por aquí?

—No se sabe —dijo Prinet—. La caballería está en Bélgica.

—¿Sola?

—Bueno… sí, creo, mi teniente. —Prinet parecía sorprendido—. Por aquí no parecen querer moverse, por lo menos. Estamos a la espera.

Por detrás de la voz de Prinet, en el despacho, un aparato de radio desgranaba en sordina la *Brabançonne*. De repente, el espasmo del planeta vino a romper allá misteriosamente, como el ruido del mar al pegar el oído en una caracola. En el exterior, por la ventana abierta, la sombra plumosa de una pequeña nube atravesaba la carretera, volvía a ascender sobre la espesura con la flexible sacudida de un ágil animal, y se oía el parloteo tranquilo de los pájaros.

Al caer la tarde, después de cenar, la tropa del fortín se instaló en la hierba, cerca de la cuneta, para charlar y fumar: se sentían ahora como peces fuera del agua en las habitaciones cerradas. Grange recordaba que, siendo todavía niño, el 2 de agosto de 1914, la población del pueblo se había reunido una tarde en el muelle, con los platos en las rodillas, para un gigantesco picnic. Todas las casas vomitaban sus sillas por las ventanas. Se trataba de estar al alcance de las *señales*. Unos veían una bandera en la luna, otros hablaban de un macareo que ascendía por el río; era el ensayo de un misterioso explosivo: la *pólvora de Turpin*. Había guardado de aquello uno de los recuerdos más encantadores de su vida. Aquella noche se habían olvidado de acostarle; el mundo se volvía semejante al del cerebro de un niño.

La conversación versó sobre los bombardeos del día. Hervouët se había encontrado por la tarde con uno de los hombres de las Buttés, que regresaba del Mosa. Se habían producido más daños de lo que se creía. Habían sido atacados algunos blocaos a orillas del río. El hombre de las Buttés afirmaba que los aviones caían en picado, rectos sobre el objetivo, para precisar al máximo el impacto de sus bombas, desencadenando una especie de sirena. Era sobre todo la sirena la que visiblemente más impresionaba a los hombres. Los escandalizaba. Aquella trampa, aquella siniestra farsa lúgubre que se burlaba del miedo al destruir, se enfrentaba en ellos con un oscuro

código de honor. Era el símbolo de un genio depravado, la quintaesencia del golpe bajo, de la presa prohibida.

—Son gente con el vicio en el cuerpo —dijo Gourcuff, meneando la cabeza.

Ahora, al anochecer, los aviones volvían a volar sobre el Mosa, pero esta vez sin bombardear, con un cansino merodeo, fotografiando sin duda alguna los incendios provocados aquella tarde. Tumbados sobre la hierba oscura y ya húmeda, apoyados en los codos, volvieron a encender sus cigarrillos y, silenciosos, observaron durante un rato el combate. Era como los últimos farolillos de una verbena que se apagan muy lejos en el horizonte bajo las estrellas frías. Se veía ascender desde el valle la noria de las balas trazadoras, enormes y pesadas bolas de luz, que despegaban una tras otra y se perseguían sin prisa, aspiradas por el agua lenta de la noche. Y después venía la ráfaga breve de la ametralladora del cuerpo de cazadores, semejante al crepitar de un bombo de la lotería.

En el momento de regresar al fortín, la camioneta que subía de Moriarmé se detuvo junto a la cuneta con todas las luces apagadas. El conductor echaba pestes contra la carretera, deteriorada por el paso de los convoyes de la caballería. Por las noticias que iba soltando fragmentariamente, desconcertado como estaba todavía por el bombardeo de la tarde, podía adivinarse que la atmósfera en Moriarmé se había hecho mucho más pesada. Los ingenieros devolvían las barcazas y los pontones a la orilla izquierda del Mosa; el equipo de campo de minas del puente se había instalado ya, y los refugiados, hambrientos, acampaban ya delante de la estación y en las calles adyacentes, esperando un tren que no llegaba.

—Cuando los civiles se van… —dijo el conductor con una mueca —. Pero en cierto modo, no se trataría de refugiados en realidad. Ustedes por aquí ni se dan cuenta, mi teniente. Ni siquiera ven pasar los heridos de caballería.

La camioneta se alejó por el sendero, y volviendo a encender sus faros se introdujo, traqueteando y haciendo rechinar los frenos, en la carretera que conducía a las Buttés. A causa del ruido se la podía seguir hasta muy lejos en la noche tranquila. La oscuridad del bosque en la que naufragaba aquella lucecilla aparecía repentinamente como más vasta, más dudosa y confusa, capaz de extraviar como el propio mar.

Cuando Grange iba a acostarse, Moriarmé llamó por teléfono. Tenían sumo interés en recordar con insistencia que todas las guarniciones de las casas fuertes habían pasado ahora bajo las órdenes de la caballería.

—Ya lo sé —respondió un poco sorprendido—. Está claro.

—¿Y no ha recibido todavía ninguna orden?

—No.

Al otro lado del hilo se hizo un silencio consternado.

—Bueno —dijo por fin la voz, que aceptaba el hecho de mala gana, y como muy preocupada—. Si no recibe usted nada, llame mañana por la mañana muy temprano. Sin falta.

Grange, perplejo, se acostó encima de la cama. Algo en aquella voz desconocida le había desaconsejado desnudarse. «¿Qué está pasando? —se preguntaba cabizbajo—. ¿Qué es lo que provoca en Moriarmé tantos desvelos?». Y al mismo tiempo, una frase le rondaba en la cabeza; una pequeña frase, agria y pesada, con cierto regusto a veneno: «Los heridos de la caballería». Ni los aviones ni las bombas habían quebrantado su imaginación ni lo más mínimo, e incluso el Techo, repentinamente florecido con todas aquellas humaredas, conservaba para él algo de un espectáculo todavía natural. Pero con «los heridos de la caballería» se *tocaba fondo* de repente; aquellas palabras desencadenaban un resorte, abrían una puerta hacia una tierra nueva. «¿Es que *eso* va a llegar también por aquí?», pensaba aturdido y vagamente escandalizado a un mismo tiempo. Echó una ojeada hacia el bosque y se encogió de hombros. «¿Las Ardenas? —se repetía, incrédulo, como si la palabra le

tranquilizase, conjurase todo peligro—. ¡Las Ardenas…!». Había que estar loco.

Hacia las dos de la madrugada se despertó. Un frescor que venía de la ventana le hacía estremecerse: se levantó para cerrarla. La noche estaba perfectamente tranquila, pero sin embargo no dormía del todo: cuando se miraba con atención hacia la línea levemente más oscura que cerraba los bosques en el horizonte, se veía que el cielo se despertaba por encima a largos intervalos, con imperceptibles parpadeos de luz. Era una especie de guiño seco y aislado, sin nada de la blanda palpitación de los relámpagos del calor; parecía más bien que por detrás del horizonte, con golpes regulares, un pesado martillo aplastase un hierro al rojo en un enorme yunque. Durante unos momentos, Grange aguzó el oído hacia los ruidos de la noche: un viento perezoso se limitaba a remover las ramas altas; desde el Mosa llegaba débilmente el sonido de un convoy lejano. Sin embargo, otro parpadeo venía a relevar al primero, aunque sensiblemente desviado hacia la derecha; a su pesar y con el corazón removido por una turbia aprensión, contemplaba aquel cielo extraño, como de estación nocturna, que enrojecía ahora levemente y hacía resonar con calma sus luces por encima del bosque. Encendió su linterna; con una escalera de molinero llegó hasta el falso desván de la casa y levantó la trampilla. Desde el tragaluz, la mirada se deslizaba por encima de las ramas altas de la espesura, y el origen de aquella luz se hacía ahora repentinamente perceptible: un minúsculo punto de fuego muy claro, que se reavivaba con perezosa cadencia en el borde mismo de la tierra visible. El ritmo lánguido, la inmovilidad del aire y el silencio hacían pensar en una lenta gota que fuera cayendo a intervalos desde las bóvedas de la noche exactamente siempre en el mismo lugar, con aquel destello breve que salpica y hiere en lo vivo desde la punta de una estalagmita; y cuando se miraba con mayor atención, se veía una débil espuma rosácea reanimarse y nadar durante algunos momentos, en torno al punto ígneo. La calma de la noche era pesada y blanda; Grange ya no sentía el frío, apoyado en el

borde del tragaluz abierto de par en par, con la barbilla entre las manos, mientras consideraba, como bajo el efecto de un encantamiento, el rezumar de un fuego languideciente que repercutía misteriosamente en la tierra.

«Está muy lejos —pensaba—, del lado de Bouillon, quizá de Florenville. Pero ¿qué será, exactamente?». De cuando en cuando se subía la manta a los hombros. Hacia las dos y media, los puntos de fuego se fueron espaciando, y después el extraño meteoro cesó del todo: de repente la noche apareció como apesadumbrada, enclaustrada, oculta hasta lo más profundo en sus olores vegetales. Bruscamente, Grange sintió el frío; bajó a acostarse, con la mente entumecida. Al pasar ante la puerta entornada de la sala común, escuchó un momento la respiración de los hombres. Le pareció que así aliviaba aquella noche demasiado tranquila, en la que merodeaban malos fulgores. Se sentía contento ante la idea de que dormían tan a gusto.

Hay horas en las que parece que la enorme palma de una mano cae pesada y repentinamente sobre la tierra repleta de noche, como la mano suave y repulsiva del carnicero que palpa un momento el frontal del animal, antes de descargarle el golpe de maza, y con aquel peso en aquel mismo momento la propia tierra comprende y se descompone: se diría que hasta su luz se vuelve rancia, que la mañana sopla blanda y cálida sobre ella, como a través de un hocico innoble. No ha llegado todavía ninguna señal descifrable, pero la angustia ya está ahí, en el aire repentinamente espeso en el cuarto de un enfermo: de repente el hombre ya no siente ni hambre ni sed, sino tan solo cómo su valor se le vacía por el vientre, como si el mundo le diera vueltas en el corazón.

«Es domingo», pensó Grange con un bostezo sin alegría al ver un alba insípida que aparecía en sus cristales. Había dormido mal. El fortín bañaba en un silencio muerto, un poco opresivo, un silencio de claustro y de agua estancada. Maquinalmente echó un vistazo hacia

el camino desierto. No se sentía muy a gusto. Aquel vacío, aquel sueño de caminos vacíos en la retaguardia de la batalla, era algo extraño, improbable y un poco mágico: una alameda en el castillo de la Bella Durmiente del Bosque. Encendió un cigarrillo mientras descendía la escalera de hierro. El sabor de la mañana era blando y acuoso, pero en los bancales de hierba caía ya un rocío muy frío; el pensamiento del café caliente de Olivon estuvo a punto de hacerle volver atrás, pero había decidido, antes de tomar nada, adelantarse hasta la *destruc* ción del sendero, allí donde los ingenieros habían preparado un campo de minas delante del fortín. Pensaba encontrar allí un puesto de guardia de zapadores: tal vez tuvieran noticias.

No había nadie. El sendero se había hundido un poco por encima del campo de minas, pues había sido aplanado con tierra demasiado blanda, y en los carriles abiertos por los vehículos oruga se habían deslizado pequeños charcos de agua, completamente oscurecidos por el bosque verde. Los dos extremos limpios del hilo del detonador, que surgían de la tierra, estaban tirados un poco más lejos, abandonados sobre un pedregal.

«Es curioso», pensó, perplejo. Se sentó sobre el montón de piedras, de mal humor. En una legua a la redonda, hubiera jurado que no había en el bosque un solo ruido: aguzaba el oído hacia la arboleda sin pájaros, confusamente inquieto por aquella sospechosa desaparición del hombre, aquella deserción de una obra soñolienta como en una huelga activa. De repente, al volver a encender su cigarrillo, un peculiar desgarramiento del aire se hizo oír muy alto por encima de su cabeza: un largo estruendo suntuoso, como el de un tren rápido celestial deslizándose sobre sus rieles y tropezando en los cambios de agujas: la artillería pesada del Mosa abría fuego contra Bélgica.

Luego le pareció que las cosas transcurrían muy deprisa. Estaba apenas a medio camino hacia el fortín, cuando un potente zumbido de motores se puso a excavar, a aterrajar el bosque por todas partes a la vez, con la despreocupación de una tropa de ojeadores que entra en la espesura, y de repente el Techo entró en trance en

medio de un enorme estrépito de bombas y ametralladoras. Grange permaneció un momento quieto, como un estúpido: el bosque vibraba como una calle sacudida por las vibraciones de una perforadora; se sentía como abofeteado y derribado por aquella vehemente trepidación incomprensible, que penetraba en su interior por sus oídos y las plantas de los pies al mismo tiempo. Se arrojó a un lado, a la cuneta de un sendero donde los arcos formados por las espesas ramas solo abrían una estrecha cinta de cielo blanco por encima de él. Al sentirse oculto de toda mirada, el estruendo no parecía tan desaforado: se advertía que estaba formado a base de ruidos de motores, más que de explosiones: y había incluso largos momentos de calma. Grange, tranquilizado, se puso un momento en camino hacia el fortín, bajo la bóveda estruendosa, pero a unos diez metros por delante, el asfalto desgastado que cubría el sendero por aquel lado se puso a freír de una extraña manera: necesitó uno o dos segundos para comprender que le estaban ametrallando: volvió corriendo a la entrada del sendero. Y se puso de nuevo a fumar, mucho más a gusto; el ruido le aliviaba. De cuando en cuando, el cielo del sendero, en medio del apogeo del ruido de los motores, se veía cruzado por el repentino vuelo de una capa negra; por lo demás, no se distinguía nada, y cuando Grange se adelantaba hacia el camino para arriesgar un vistazo, veía, aplastadas contra el cielo más limpio de la senda, escuadrillas de aviones bastante separadas, altas y extrañamente lentas, que parecían navegar casi inmóviles, como si remontaran una corriente. Lo que le llamaba la atención era su comportamiento tranquilo, como de pez en el agua, la manera que tenían de separarse a su gusto en la altura, de ignorarse unos a otros, del mismo modo que los bancos de peces que se cruzan y se ignoran, y van cada uno a sus cosas, escalonados en la transparencia de alta mar: sugería la idea de una ocupación serena y despreocupada del elemento aéreo. Solo de vez en vez, el brutal estruendo de tren rápido de aquellas nubes se hundía poderosamente hacia su cenit, desgarrando con un crujido de seda las playas de aire donde flotaban aquellas blandas constelaciones.

Los aviones desaparecieron como habían llegado, como impulsados por una ventolera. Un insípido olor a polvo flotaba sobre el bosque. En el camino labrado por un fino surco de tralla de látigo, Grange recogió una gran bala cargada, de un metal blanco y brillante. La idea de que se había encontrado en pleno campo de tiro le parecía desconcertante y un poco descabellada. No habían atacado la casa fuerte; encontró a sus hombres en el blocao, un poco pálidos, sentados en unas cajas y con el vaso en la mano.

—¡Bien, bien, bien! —decía Gourcuff, meneando la cabeza. Olivon llenó el vaso de Grange sin decir nada; la bala de ametralladora pasó de mano en mano. Gruesa y brillante, pesaba en la palma. Grange descolgó el teléfono. Moriarmé no respondía. Incrédulo, sacudió un instante en su oreja el auricular deshabitado, y volvió a colgar con rapidez, porque sus hombres le estaban mirando de repente. La línea estaba cortada.

—¡Hala! A la limpieza —dijo con un tono brusco—. Nos mudamos abajo…

No había mucho combustible en aquella casa construida a prueba de fuego. Acarrearon al blocao dos jergones y algo de ropa de cama, y luego empezaron a bajar por la escalera de hierro el escaso mobiliario, pero aquella tarea les aburrió enseguida: mesas, sillas y hasta un pequeño armario de madera de abeto volaron a través de las ventanas sobre las alambradas. El ruido de madera quebrada les hacía poner los cinco sentidos en el trabajo.

—Está completamente limpio —comentó Olivon con tono competente—. Y además, en cierto sentido y por lo que al camuflaje respecta, hace más natural. Parece que hayamos evacuado.

Cuando estuvieron instalados en el blocao, abrieron algunas latas de conserva y comieron un poco, sin apetito. De cuando en cuando, levantaban la cabeza y husmeaban, desconcertados, la insípida humedad del lugar, y el perfume a raíces y tierra profunda que surgía de la trampilla levantada. El gato negro que Grange había traído de las Falizes colocaba asqueado el extremo de las patas sobre el frío hormigón, antes de refugiarse de un brinco en un cajón.

Muy pronto volvieron a abrir la puerta blindada y salieron de nuevo al aire libre. Y cuando se instalaban en el bordillo, un sidecar desembocó en el sendero, por el lado de Bélgica, y después un ciclón de vehículos a toda velocidad barrió la carretera; camiones de infantería, cañones arrastrados por tractores, coches oruga, autoametralladoras en los que se distinguían los impactos de las balas en la pintura arañada, junto con un carnaval de ciclistas endemoniados, colgados por todas partes de los guardabarros, que parecían pedalear de pie sobre el polvo con todas las pinzas de sus pantalones, racimos de refugiados colgados de los estribos, y en aquel convoy enloquecido hasta se había intercalado un camión de transporte de carne que bamboleaba todo un mostrador de solomillos impregnados de una innoble mostaza gris. Todo aquello corría hacia el Mosa por el hueco de su túnel de polvo, como en un único y pesado resbalón, preso en la terrosa y rugiente estampida de un rebaño de búfalos acorralado demasiado de cerca por el incendio de la jungla, que se precipita a tumba abierta hacia el vado.

—Entonces ¿la caballería, se las pira? —gritó Hervouët, pero con una voz sin timbre. Sobre los vehículos se veía a los hombres sin volver la cabeza, sin hablar, que apenas levantaban la comisura de los labios en un lento rictus de un viejo boxeador que se agarra a las cuerdas.

La oleada cesó de repente, y después, antes de que el polvo se depositara, una autoametralladora aislada, más lenta, con el arma apuntando hacia atrás, pasó traqueteando por delante de la casa fuerte. Cuando acababa de sobrepasar el blocao, el vehículo se detuvo de un frenazo, y desde la torreta, un casco con rodelas de cuero, las manos en altavoz, gritó, estupefacto, hacia la casa:

—¡No os paséis de listos ahí dentro! Los *boches* están a diez minutos.

El vehículo embragó y se puso de nuevo en marcha. Grange se volvió hacia sus hombres: le pareció que todas las mejillas se habían vuelto grises. De repente sintió como una pesada bofetada que le llegaba de atrás a la nuca, y a la voz del hombre, levantó

maquinalmente la muñeca: «¿Qué hora es? —se dijo estúpidamente —. ¿Las once?». Por primera vez aquel día miró su reloj de pulsera.

Eran las cuatro de la tarde. Por detrás del bosque, con el seco estallido de un interruptor que se dispara, los puentes sobre el Mosa saltaban uno tras otro.

Se precipitaron de un salto hacia el blocao, y la puerta blindada sonó sordamente tras ellos. Hubo un momento de pánico: sus dedos temblaban, se crispaban en el cierre de las cajas. Cuando cesaba por un momento el tintineo del acero engrasado, solo se oía la amplia respiración de las narices, que resoplaban como sobre la sopa caliente. A Grange la cabeza le daba vueltas levemente, los ojos le picaban; al mismo tiempo, sentía cómo le surgía, bajo las costillas, una especie de carcajada irónica, seca e irritada, que le devolvía algo de energía.

«Estamos de lleno en plena *comedia soldadesca* —rezongaba para sí—, y estamos a gusto». Y, a su pesar, una mueca de lóbrega hilaridad le arrugaba las mejillas. «¡Con el coche de la carne! ¿Qué piensan *ellos* que voy yo a hacer aquí…?». Tenía ganas de ponerse con las manos en las caderas. «¡Con mis tres anabaptistas…! ¡Y las minas que ni siquiera han saltado!». Lo de las minas, no sabía por qué, era lo que más le escandalizaba; dio un puntapié en los papelotes evacuados de su despacho, un puntapié rabioso, que le vengaba. «¡Imbéciles!», pensó aún con una especie de amplia y asqueada imparcialidad. «¡Imbéciles redomados!». No pudo decir de manera muy precisa lo que pensaba: era como la absolución de un confesor chocheando, que dejaba al mundo sin su auxilio, devolviéndole globalmente a su caos.

Cuando las armas estuvieron preparadas, Gourcuff volvió a llenar los vasos con su cantimplora. Grange encendió un cigarrillo y lo tendió hacia la colilla apagada de Hervouët: cada boca sentía otra a su lado que fumaba con gula, con pequeñas bocanadas ávidas. Luego, con los sacos terreros amontonados en un rincón del blocao,

acabaron de taponar ni bien ni mal las hendiduras de la tronera del cañón. El reducto se volvió de improviso muy oscuro; ya no se oían los ruidos del bosque: solo una estrecha raya de luz blanca salpicaba brutalmente la culata de la pieza: se hubiera dicho que el blocao se hundía pesadamente en la tierra. Grange volvió a abrir la puerta de par en par: la oscuridad se había convertido en algo más opresivo que la angustia; otra vez se oyó el piar del bosque.

—Por lo menos tenemos tiempo para ver lo que venga —dijo guiñando los ojos ante la brusca claridad repentina. Acecharon durante un rato los ruidos perezosos del bosque que se deslizaban a través de la puerta, tan agradables al oído como una corriente de aire fresco para el rostro.

—No se oye nada —dijo Hervouët meneando la cabeza—. Absolutamente nada.

La luz empezaba a amarillear un poco. Por el cerco de la puerta solo se veía la arboleda, que por aquel lado estaba casi pegada a la casa: todo un breñal húmedo y rizado, como un tierno fulgor.

«Helechos gigantes —pensó Grange—, son helechos gigantes». Le parecía que los veía por vez primera. Haber reconocido la especie le causaba un extraño placer: era como si hubiera llamado a un animal por su nombre. De nuevo aguzaron largamente el oído hacia el silencio que entraba por la puerta, que entibiaba el ambiente más que una escampada.

«Deberíamos replegarnos —pensó Grange en un vértigo indeciso —. ¡Si esperamos órdenes…! La caballería que debía *recogerme* se ha comido la consigna, está claro». Pero no tenía ganas de marcharse: aquel silencio soleado le gustaba, y Moriarmé, la batahola que imaginaba de sus tropas sudorosas y derrengadas, y todo aquel triste rechinar de la máquina descompuesta, le provocaban de antemano una gran náusea. Y ahora que la niebla de la angustia se iba disipando un poco, una pequeña idea reconfortante, rozagante, empezaba a asomar: qué suerte —pese a todo, qué suerte en verdad insigne— que el teléfono estuviera cortado.

—Después de todo, el asunto no puede estar más claro —cortó tajantemente, con el espíritu repentinamente aliviado—. No hay órdenes; que *ellos* se las apañen para dármelas. No hay orden, no hay repliegue.

Y añadió, un poco hipócritamente, para tranquilizarse del todo:

—Además, si no veo que venga nada, nada me impide enviar a Gourcuff a Moriarmé.

Miró otra vez su reloj. Eran casi las cinco. Los hombres se deslizaban ahora, uno tras otro, fuera del blocao, y vagabundeaban al sol sobre el hormigón caliente. El atardecer era muy suave; una luz frutal, que maduraba, alargaba ya las sombras sobre la brecha del camino.

—Nos han tomado el pelo los de caballería —dijo Hervouët escupiendo al suelo.

Grange se adelantó y dio varios pasos sobre el camino, como si olfateara. Hacia Moriarmé, como hacia Bélgica, el sendero se desplegaba completamente desierto. Tan solo cuando se sobrepasaba la casa, se salía, se hubiera dicho, de una zona de silencio: se percibía de repente, muy a lo lejos pero con toda claridad, el rodar pesado de un cañoneo. Surgía de detrás de ellos, un poco hacia el norte, del lado del valle. Por el lado de Bélgica el silencio era absoluto, casi mágico: el sol doraba hasta perderse de vista, con un amarillo tormentoso, las olas aborregadas de bosque que ascendían escalonadamente hacia el horizonte. Grange hizo una señal con la mano hacia la casita: los cuatro hombres, durante un momento, se aglutinaron en medio del camino, volviendo lentamente la cabeza y buscando con el oído el paradero del viento.

—Es sobre el Mosa —dijo finalmente Hervouët, con voz que se rendía a la evidencia—. Del lado de las Braux.

Ahora regresaba la angustia. Pero ya no era el cálido y brutal aliento animal que les había aplastado hacía un rato contra el hormigón del blocao. Era un miedo un poco maravilloso, casi atractivo, que se elevaba en Grange desde el fondo de la infancia y de los cuentos: el miedo de los niños perdidos en el bosque

crepuscular, escuchando crujir a lo lejos el tronco de los robles bajo el talón formidable de las botas de Siete Leguas.

Empezaron a esperar. Una vez descubierto, el estruendo del cañón ya no se perdía, seguía en el oído se fuera a donde se fuese: ya no había otra cosa que él: toda la vida de aquel rincón de tierra huía, parecía escapar hacia aquella única zona despierta. De una y otra parte de la brecha del camino las murallas de bosque ocultaban las escasas humaredas: cuando Grange, durante un momento, se tapaba los oídos con los dedos, la alameda entera no era más que una torrentera primaveral y suave, ya tibia bajo su bruma dorada, que escapaba maravillosamente hacia azules lontananzas. Conforme pasaba el tiempo, Grange sentía crecer en su interior un sentimiento de seguridad irreal, extrañamente nacido de aquel gran paso de gigante que había dado la batalla pasando por encima de ellos. El aire refrescaba de manera deliciosa; el polvillo de la luz rasante sobre el bosque del atardecer era tan insólito y rico, que un repentino e irresistible impulso de bañarse allí, de remojarse allí se apoderó de él.

«¿Quién me lo impide? —pensó con un movimiento de júbilo muy turbio y todavía desconocido—. Los puentes están cortados. Estoy solo aquí. *Hago lo que quiero*».

Encendió un cigarrillo y con las manos en los bolsillos se puso a andar por en medio del camino. «No os mováis —gritó hacia el blocao—. Voy a ver». El cañón empezaba a retumbar con menos fuerza; ahora había largos momentos de calma, durante los que se oía a los cuervos reanudar su bullicio en el robledal. «Quizá ya no queda ni un solo francés al este del Mosa —pensaba, conforme caminaba—. ¿Quién sabe lo que ocurre? Quizá ya no queda nada»; pero ante aquella idea, que le parecía casi plausible, el corazón le latía con una excitación contenida; sentía su espíritu flotar con ligereza sobre las aguas de la catástrofe. «¿Quizá ya no queda nada?». La tierra se le aparecía hermosa y pura, como después del diluvio; dos urracas se posaron frente a él sobre la cuneta, a la manera de los animales de las fábulas, frotando con precaución sus

largas colas en la hierba. «¿Hasta dónde se podrá andar así?», pensó aún más fascinado, y le parecía que sus ojos se aplastaban contra sus órbitas hasta hacerle daño: tendría que haber *defectos* en el mundo, venas desconocidas en las que bastaría con deslizarse de una vez. De cuando en cuando se detenía y aguzaba el oído: durante minutos enteros ya no se oía nada; el mundo parecía volverse a dormir, tras haberse liberado de la presencia del hombre con un perezoso encogerse de hombros. «¿Tal vez estoy ya en el *otro lado*?», soñó con un estremecimiento de puro bienestar; nunca se había sentido en una tal intimidad consigo mismo. Se quitó el casco y se puso a silbar; lo balanceaba a su lado por el barboquejo, como si fuera un cesto; de vez en vez, tocaba la culata de su pistola en la funda que había desabrochado; todo el sentimiento de peligro se había volatilizado, pero el contacto del arma le refrescaba los dedos; aguzaba aquel extraño sentimiento que experimentaba de bastarse a sí mismo, de llevarlo todo consigo. «¡Con el bastón en la mano…!». Pensó en Varin con un chisporroteo de alegría, y luego el recuerdo de Mona le cruzó por la cabeza con la fragancia de las ramas de mayo: comenzaba a comprender lo que a su manera Varin había adivinado, y lo que ella, sin saberlo, había venido a liberar en su vida: aquella necesidad de hacer saltar una tras otra todas las amarras, aquel sentimiento de ligereza y de soltar lastre que le hacía brincar de gozo, y que era simplemente el de *dejadlo todo*. «Siempre he estado sujeto con un hilo podrido», se dijo con una breve risa gutural. De cuando en cuando daba un puntapié en los guijarros del camino. «El bosque… —pensaba todavía—, estoy en el bosque». No hubiera sabido decir nada más; le parecía que de esta manera el pensamiento se adormecía en él en provecho de una maravillosa luz. Andar le bastaba: el mundo se entreabría suavemente como un vado al hilo de su camino.

—No hay alemanes —pronunció de repente, meneando la cabeza y alzando el índice ante él, con la madura voz del conocimiento de los borrachos. Se sentía un poco como un borracho, que solo vacila

porque todos los ejes de repente y a la vez cruzan a su través: legislador y juez, invulnerable, recuperado.

Pasó cerca del campo de minas y prosiguió hasta la frontera. La inclinación del camino le ocultaba ahora el blocao. El cañoneo había cesado; el silencio era absoluto. Por esta parte, donde el bosque crecía más alto, las sombras cubrían ya el camino, pero más allá de la arboleda continuaba una alameda gloriosa y soleada, más acogedora en su suave huida que cualquier otra del mundo. Entre los carriles, un reguero de hierba había invadido la mitad del camino: el bosque parecía cerrarse más estrechamente sobre él. Grange se sentía empujado por detrás por un viento desconocido que se levantaba sobre aquella tierra dudosa y sin ley, más abierta que los sueños de la noche.

«Ya no hay más que ir…», pensó con la cabeza pesada, e hizo un ademán con la mano que era casi un consentimiento. Otra vez su mirada se hundió en la perspectiva del camino; en aquella ocasión, le pareció ver una pequeña sombra moverse en la lejanía, y pronto desvanecerse: un hombre, o un animal, acababa de desaparecer en la espesura con un brinco ágil y temeroso.

Montó su pistola y avanzó. El hombre no había huido más lejos, sin duda en el límite de su miedo y de su valor: estaba al borde del camino, con la barbilla en las piernas, apoyado en el tronco de un fresno. Del otro lado del árbol, que le ocultaba solo a medias, había asomado un poco la cabeza para observar, y sin ni siquiera un ademán de huida, hundía en los ojos de Grange la mirada tenue y encendida de una ardilla. Había un miedo tan crudo en aquel ojo tan redondo y enrojecido que parecía carecer de párpados, que el hombre parecía más bajito y ligero: tal vez se hubiera podido cogerlo con la mano allí, detrás de su tronco.

A juzgar por su aspecto, se trataba de un vagabundo o de un cazador furtivo; también se podía pensar en uno de aquellos jornaleros flamencos a quienes se suele ver llevando la comida en unas alforjas, a lo largo de los campos de remolacha de Picardía; el morral, el chaquetón remendado y las viejas botas de clavos

permitían pensar en todo caso que los grandes caminos no le desconcertaban mucho. Grange comprendió que la derrota también expulsaba de sus madrigueras a todo un mundo grotesco que se encontraba así al aire libre, sin ningún exceso dramático, más bien como cuando la lluvia hace salir a los caracoles. El uniforme francés solo tranquilizaba a medias a aquel belga: visiblemente, el miedo al enemigo se mezclaba en él con el más antiguo temor al gendarme. Aquel superviviente un poco inquietante de las nieblas no era algo para disgustar a Grange: en aquel momento, sin embargo, no tenía ganas de escuchar lloriqueos.

El hombre había escapado la mañana de la víspera de su poblado, a Marche, incendiado desde muy temprano por un destacamento de blindados alemanes.

—Con *cañones automáticos* —afirmaba el hombre con la garganta seca, y se le veía la nuez que subía y bajaba. El empleo de un tan pasmoso instrumento de guerra parecía cortarle el resuello. Por lo demás, el resto de su fuga se perdía en la niebla; a través de aquella discreción profesional se presentía todo un circuito privado bien provisto de caza, un *crosscountry* jalonado de plumas de gallina. Parecía que no se había encontrado con nadie.

«¡Fantástico!», pensaba Grange, fascinado. Tan solo tocar con el dedo aquel vacío incomprensible que se iba ensanchando a su alrededor, le proporcionaba un extraño entusiasmo: se sumergía en él. Muy en su interior sentía que ponía en ello un poco de complacencia: combatía lo angustioso con lo inaudito.

Regresaron al blocao charlando con bastante tranquilidad. El sol ya se había puesto; la noche se levantaba ya en la sombra de los árboles. Grange ya no tenía ganas de soltar a su belga. Le propuso de sopetón asegurarle comida y cama para aquella noche.

—Por aquí, todo está, dentro de lo que cabe, de lo más tranquilo —afirmaba con una campechanía cada vez menos fingida—, y a Dios gracias no nos falta de nada. Además, ya está anocheciendo. — Durante el camino, conversaba con el belga con un optimismo despegado y un poco delirante: según él, la guerra tenía sus más y

sus menos, pero de todas formas lo importante era saber «tomarlo o dejarlo»—: Por aquí, de todos modos, todo el mundo estaba de buen humor. Hace falta mucho más para conmover a viejos veteranos —terminó por decirle al oído, guiñando un ojo y pellizcándole en el brazo.

El belga empezaba a mirarle de reojo, a hurtadillas, con un aire extraño. Mientras caminaban en la creciente oscuridad, Grange agitaba su pañuelo hacia el blocao, por temor a una bala perdida: adivinaba al final del camino tres pares de ojos más aguzados que los que se zambullen en una espesura, y aquella idea le reanimaba. «Ahora sí que traigo algo —se decía—, pero no es ni el cuervo ni la paloma». A su alrededor, la oscuridad empezaba a borrar la tierra extraordinariamente. De cuando en cuando echaba una ojeada hacia su compañero de camino que, sin hacer preguntas, parecía flotar más que andar a su lado, sobre el camino, con un paso extrañamente ligero. Era una presencia apenas humana; se hubiera pensado más bien en un pálido murciélago que revoloteaba en el crepúsculo que se elevaba sobre la tierra. Aquella presencia le apaciguaba. El mundo no parecía poblado ya más que de pequeñas almas muertas, ligeras, ligeras, semejantes a las lenguas de fuego que revolotean sobre los pantanos; las preguntas se habían terminado, el día se apagaba por completo. «En verdad, es ya muy tarde —pensaba casi con placidez—. Entre dos luces… pero no es una hora tan mala. Se puede ver con mayor claridad de lo que se creería».

Volvió a encontrar a la guarnición del blocao menos nerviosa que hambrienta: le pareció que Gourcuff estaba casi borracho. Aprovecharon para cenar el resto de luz que todavía flotaba bajo los árboles. Una mesa de madera blanca, de repente coja, y dos o tres sillas habían sobrevivido al naufragio de la casita: las repescaron de la espesura y las colocaron detrás del blocao, allí donde los árboles daban sombra a un pequeño césped herboso, casi tocando el camino. El silencio del bosque se había vuelto fantasmal —desde hacía ya tiempo, el tronar del cañón había cesado ahora por

completo— y, por encima de ellos, la bóveda de follaje se hacía cada vez más pesada; pero desde la trinchera del camino, a la derecha, donde la grava de la calzada se hundía todavía muy clara en el agonizante crepúsculo, se filtraba una extraña luz tranquila y gris, del color de la piedra. Cuando llegó la noche, colocaron sobre la mesa dos botellas vacías y plantaron en ellas sendas velas: la oscuridad era tan tranquila que un delgado hilo de humo ascendía recto hacia las ramas por encima de la llama; las masas de follaje iluminadas desde abajo surgían confusamente de la noche; sobre la alameda flotaba siempre un resto de luz cenicienta, semejante al crepúsculo de las medianoches del norte. Cuando despacharon la cena, se quedaron un rato fumando ante sus vasos vacíos. Empezaba a refrescar. Solo el belga continuaba frotando su plato; a intervalos, extrañado por el silencio, levantaba hacia ellos de reojo una mirada de perro que merodea acechando solapadamente el puntapié, mientras por su parte la boca se ocupaba sola. Grange pensó que ya no había ni una sola luz más en el bosque hasta el Mosa: volvió a encender con su mechero una de las velas que se había apagado; otra vez se volvió a formar el pequeño óvalo de la llama, ensanchándose en torno a su negro núcleo. La luz tendría que verse desde muy lejos a lo largo de la carretera, pensó, y la oscuridad hubiera sido más segura; en realidad ya no esperaban a nadie. Pero no tenía ganas de apagar. La luz ya no extraía de la noche más que cuatro rostros al descubierto, donde se movían anchas sombras de carbón, como si se hubieran deslizado muy deprisa a lo largo de un pasillo con las cortinas agitadas por el viento, y aquellos rostros le gustaban. «Nos da igual…», se repetía, ahora ya más o menos despreocupado. Ya sabía que una enorme oleada profunda acababa de barrer la tierra lejos, más allá de ellos, pero no sentía más que el dorso liso que se deslizaba bajo él y la embriaguez repentina de su propia ligereza; y por detrás de aquella ola, encallaba levemente aturdido en el silencio de un jardín prohibido. Experimentaba en las sienes una náusea casi voluptuosa. «Ya no estoy convaleciente de nada», se decía, y sus párpados

pestañearon dos o tres veces. Hundió la mano en el bolsillo y palpó la llave de la casa de Mona. Miraba ascender lentamente por encima del bosque una gruesa luna pálida; en el camino que oblicuamente iluminaba, el rasposo reguero de piedras se encrespaba de sombras cortantes, se convertía en el lecho de un torrente; y nada le parecía ser más importante que seguir sentado al borde de aquel torrente, en el mismo corazón del profundo zafarrancho de la tierra. En lo hondo del vientre sentía ya una revulsión desagradable, como cuando se corre hacia el mar sobre una arena que los pies desnudos juzgan excesivamente fría: comprendía que aquello era el miedo a que le mataran; pero una parte de él se desprendía de aquel pensamiento y flotaba al correr de la noche ligera. Experimentaba algo parecido a lo que debieron de sentir los pasajeros del Arca cuando las aguas empezaron a levantarla.

Grange empezó su turno de guardia hacia las tres de la madrugada; pensaba que el momento crítico sería al romper el alba, y le gustaba tener tiempo por delante. La puerta del blocao había permanecido entornada: por aquel lado, el dado de hormigón oscuro se hendía en un lienzo de noche cenicienta que parecía pintado sobre el muro. Gourcuff y Olivon dormían uno al lado de otro sobre el jergón; en el rincón donde se abría la trampa de la galería se encendía casi al ras del suelo el gusano de luz del cigarrillo de Hervouët, ya acostado; a intervalos regulares, el golpecito mate de un dedo invisible sacudía el diminuto cilindro de ceniza, y aquello irritaba a Grange; se sentía robado; no le gustaba que alguien estuviera a su lado pensando en la oscuridad. El silencio se asemejaba a la parada de un tren nocturno, en una estación paralizada por la helada sonora: hacía mucho frío. Con el hombro dio un empujón a la pesada puerta, que giró sin ruido, y sintió en el fondo de su garganta el sabor a detergente fresco de la niebla: la noche macerada en aquella bruma pesada se iba pudriendo sin moverse, suavemente, rumbo a la mañana. Destapó el termo colocado sobre una caja de cartuchos y

se sirvió un poco de café caliente: el resplandor de su linterna tropezó con las anchas quillas brillantes de los obuses anticarros, colocados de pie contra el soporte como si hubieran vaciado un canasto de botellas. Paseó un momento el haz luminoso de su linterna por el techo bajo, el polvo y las paredes húmedas. La niebla agria que se deslizaba desde la espesura perlaba de gotas el débil resplandor; su lengua le removía en la boca un sabor a moho. «¡Extraño turno!», se dijo, aterrado, y los ojos y la boca se le plegaron con el movimiento inicial de una náusea; estaba mareado, el corazón le daba vueltas, y sentía chapotear en su interior una hez dulzona y fangosa, que no era más que las aguas bajas del valor. Apagó la linterna: enseguida se disipó un poco la angustia; se daba instintivamente cuenta de que la noche *permanecía* alrededor del blocao como permanece una espesa nieve, pero el frío negro le hizo castañetear los dientes: se apoderó de él un descomunal impulso, casi pánico, de arrellanarse en lo hondo del jergón tibio, hombro con hombro de Gourcuff. «¡Esto sí que empieza bien!», murmuró, y se sentó a tientas en una caja; sentía que se deslizaban por su cerebro extrañas especies de madreselvas blandas y deslumbradoras. «Lo esencial es respirar a fondo, dos o tres veces», se dijo inclinando la frente con la gravedad convencida de los retrasados mentales, y empezó los ejercicios; pero una nueva idea, enloquecedora, se puso a galopar en su cabeza: «*Doce kilómetros*. ¡Doce kilómetros por delante del Mosa…!». Se sentía preso en un remolino que le desarbolaba: *Era imposible*; repasaba en su cabeza, con minuciosidad maniática, los acontecimientos de la víspera; en alguna parte, seguramente, tenía que haber un hueco, una orden que habría entendido mal, un papel que se había extraviado: «Y al final, el consejo de guerra —pensaba temblando como si estuviera desnudo—. ¡Menudo lío!». Tenía ganas de echarse a llorar, de marcharse. Pero sentía que no era tan sencillo. Muy en el fondo de sí oía soplar una leve brisa alegre y seca, impertinente, semejante a la que hace bailar las hojas muertas en los caminos al principio del invierno.

Volvió a encender su linterna e inspeccionó rápidamente el blocao. Todo parecía en orden: el cañón estaba apuntado hacia los objetivos nocturnos, y cerca del fusil ametralladora se amontonaban en una caja una treintena de cargadores llenos; en un rincón de la estancia, el brillante montón de cartuchos relucía en desorden como si acabaran de volcarlo de una carretilla. Se le ocurrió comprobar por última vez la galería de evacuación. Abrió la trampilla sin ruido: los escalones de tierra eran empinados, con los contrafuertes hechos de tablones cuyos rebordes los sobrepasaban, enganchando los tacones; por debajo de la pequeña escalera uno se introducía sin desnivel alguno en una corta galería bien limpia bajo el entibado de madera; una veintena de metros más lejos comenzaba un plano inclinado que llevaba al aire libre y desembocaba en la espesura por una entrada de zapa camuflada de ramajes. Se sentó allí un momento, sobre un montón de maderos: el silbido opresivo de las respiraciones había dejado de perseguirle, y el aire le parecía más ligero. Una débil corriente húmeda subía tras él por el subterráneo, trayendo un olor a leña fresca; la oscuridad seguía siendo algo confusa, pero la noche se iba volviendo lechosa. Fue a cerrar con cerrojo la puerta del blocao y regresó a ocupar su puesto en la entrada de zapa: necesitaba estar solo a esta hora de la madrugada. «Tengo que despertar a Olivon dentro de veinte minutos —se dijo sin demasiadas ganas—, y no sobraremos siendo dos: hay probabilidades de que los alemanes vengan temprano». Sin embargo, la imagen de la guerra no le obsesionaba demasiado; más bien se hubiera creído en lo más profundo de un tranquilo convento que se despierta en el fluir de las velas blancas y la niebla irreal de los vidrios esmerilados; ya no era más que un hombre agazapado a la entrada de aquella madriguera perdida, que miraba al alba cómo palidecía lentamente la oscuridad del bosque, y de nuevo se preguntaba por qué tan solo permanecer allí le parecía tan extraordinariamente importante. «¿Qué hay entre la guerra y yo? —se decía, sintiendo que se hundía por un momento en una extraña distracción—. Creo que no se trata de esto». Sentía en el interior de

su cabeza un rumor fresco y matinal que ya nada detenía: era como si de repente un *ruido de fondo*, un rechinar indiscernible ya de tan acostumbrado, hubiera cesado de trastornar su vida. «Fue ayer por la noche cuando me sucedió —pensaba aún—, cuando me puse a andar en medio del camino con las manos en los bolsillos. Los alemanes van a venir, pero en realidad no estoy aquí para nadie. ¿Quién hubiera pensado que haría falta tan poco para que un hombre vuelva a ser libre?». Arregló el cuello de su capote contra el frío intenso: algunas pequeñas gotas que se desprendían de las ramas le empezaban ya a chorrear por el cuello. «Sin embargo, y en resumidas cuentas, la situación es como para preocuparse, francamente», murmuró con una mueca que le frunció levemente los labios. Comprendía a la perfección que el fin de la aventura estaba madurando rápidamente por detrás de la cortina de niebla, que el silencio del bosque se volvía más improbable cada minuto que pasaba. Nunca había dejado de tener miedo. Lo único era que si hubiese aparecido una tropa subiendo por el camino, si algún refuerzo hubiera llegado en su ayuda, se habría sentido como robado.

Salió de la zapa, y encorvando la espalda para evitar el azote de las ramas, dio algunos pasos hacia el borde del camino. La noche iba perdiendo poco a poco su color de nogalina en la espesura del bosque; la trayectoria clara por encima del sendero, frente a él, alargaba una blanda vía láctea que ya no iluminaba la calzada y parecía flotar entre las copas de los árboles. Cuando uno se erguía de pie, en medio del camino, el silencio se volvía más obsesionante que el de la propia espesura, suspendido al parecer en una ausencia solemne, casi sin fondo. Grange empezaba a comprender por qué una tropa extraviada busca instintivamente el sonido del cañón: el vacío de aquel campo de batalla desequilibraba como una molestia en el oído; el mundo sin noticias perdía sus amarras, se hundía, sordo y ciego, a través de aquellas espesuras de blandos sargazos.

«¡El Mosa! —pensó de repente—. ¿Qué está pasando en el Mosa? ¡Seguro que los alemanes están ahora mucho más allá de

Moriarmé!». En su imaginación, la guerra proseguía su propio impulso, al ritmo rabioso de la caballería en retirada. «Aquí debemos de estar en una especie de isla. ¿Quizá la guerra haya terminado?», volvió a decirse. Todas las posibilidades se atropellaban a la vez, aunque apaciblemente; apenas se sentía concernido; seguía con la mirada el hilo de humo amarillento de su cigarrillo, que empezaba a separarse del puro algodón de la niebla. «Ya debe de ser de día», pensó con un leve matiz de placer: recordaba que el día de los militares comienza cuando puede distinguirse un hilo blanco de otro negro. La tierra seguía bañada, hasta la altura de un hombre, en una especie de charca verdosa de aceite pesado, pero las copas de los árboles se recortaban ya en un cielo más claro; a pocos pasos, percibía una mancha de oscuridad más densa y recogida, que no era otra cosa que el contorno de la casita. La calma era absoluta; el silencio y el penetrante *frío en el alma* del amanecer daban al alba que despuntaba un extraño colorido de solemnidad: no era el día lo que penetraba la tierra, sino más bien una pura espera que no era de ese mundo, la mirada de un ojo entreabierto en la que flotaba vagamente un significado inteligible. «Una casa —pensaba como si la viera por vez primera—, solo una ventana frente a un camino por el que algo tiene que llegar».

«Deben de ser casi las cinco», pensó Grange aun antes de consultar su reloj. La sombra del soto de robles caía ahora a todo lo largo del camino. El primer estremecimiento de frescor del día no había llegado al hueco de hormigón, que seguía bañado en su rancia humedad, pero el día se hacía más pesado, vacilaba un momento en su caída. Cuando se miraba por la tronera, se veía el camino vacío, la áspera cinta del balastro triturado bajo unas sombras ya mucho más alargadas. El silencio había regresado sobre el bosque; a ratos, el paso de un viento perezoso arrugaba las ramas.

«Parece una vía de la que hubieran arrancado los rieles —pensó Grange—. Estamos desconectados…». Recordaba a los proscritos

que se entregan, a los que una necesidad más fuerte que el hambre arranca de su gruta para ir a comprar los periódicos. Desde hacía varias horas, los hombres daban vueltas en el blocao como fieras enjauladas.

—Toma el mando —le dijo a Olivon, mientras le pasaba la correa de los gemelos—. Que nadie salga hasta que yo vuelva. Voy a echar un vistazo hacia las Houches.

En cuanto se salía del hormigón, llamaba la atención una especie de extraña animación alerta del aire, vibrante, que no llegaba a penetrar por las estrechas troneras. Grange caminaba medio encorvado bajo los arcos de las ramas, sobre un reguero de césped y musgo espeso, intentando evitar todo chasquido; y sin embargo se puso a apresurar el paso. La tarde soleada dormía mucho menos de lo que podía imaginarse desde el blocao; el bosque mismo aguzaba el oído hacia un rumor lejano, por encima de la cresta baja que el sendero atravesaba hacia el norte, y el suelo, aunque recubierto por el musgo, repercutía a intervalos con un sordo sobresalto. Cada diez metros, Grange se volvía y echaba una ojeada suspicaz hacia la espesura de los bosques vacíos; aquella isla de calma y claroscuro se volvía venenosa a su alrededor, como la sombra del manzanillo.

«¡Si tan siquiera se pudiera ver!», se decía. De repente, aquella soledad cercada le daba fiebre. Hubiera dado un año de su vida para rasgar aquella cortina de ramas apartar los barrotes de aquella jaula verde en torno a la cual la tierra ardía.

Antes de bajar hacia las Houches, el sendero atravesaba durante unos cien metros la cima de la pequeña meseta que se unía con la de las Buttés, en medio de un abetal todavía joven donde el bosque se aireaba un momento. El horizonte todavía se escondía por detrás de las ramas, pero un viento bastante vivo y fresco ya, que venía del norte, barría la meseta y transportaba los ruidos. El lugar, a pesar del sol, estaba triste y sombrío, y al pie de un abeto el agua goteaba de uno de esos pilones de piedra cubiertos de musgo, que aquí y allá recuerdan por sí solos los bosques galantes de Shakespeare, y devolvían el Techo a un salvajismo más melancólico.

En cuanto se colocaba uno al nivel mismo de la meseta, el viento le arrojaba al rostro por entre los abetos una especie de enorme estruendo sombrío, un amontonamiento de pesados convoyes que traquetean interminablemente por las carreteras reventadas y que parecían desfondar todo el horizonte del noroeste.

«Queda menos lejos del blocao de lo que pensábamos —pensó Grange—, y hasta se diría…».

Tendía el oído, extrañamente agitado. El espacio libre y la larga caída del llano instalado hacia el norte, que aquí se presentía tras la bóveda boscosa, daba por vez primera a la batalla un carácter panorámico, de acontecimiento: la sensación de peligro y el miedo a la soledad dejaban paso a un sentimiento de una nueva dimensión: un reino terrestre estaba preso del fuego del cielo. Lo que se pensaba de todo aquello no tenía mucha importancia. Tan solo sobre aquella base de una pesada roedura, aquel derrumbamiento de acantilado asaltado por las olas, al aguzar el oído, se distinguía un sonido mucho más cercano que acuchillaba oblicuamente el bosque a la altura de la carretera de las Houches: un jadear ininterrumpido de motores que crecía a intervalos, y por detrás otro sobresalto, un baile de chasquidos metálicos, como si se hubiesen arrojado sin demasiada prisa enormes chapas de hojalata sobre un pavimento desigual. Los carros oruga.

«*Ellos* están ahí», se dijo Grange. Palideció y se volvió a arrinconar detrás de un abeto. La cabeza le daba vueltas levemente; incrédulo, miraba a su alrededor cómo se movía el decorado de ópera de aquel bosque irrisorio. Un sentimiento que le desarraigaba, de *abandonado a su suerte*, le paralizaba. El río de chatarra metálica se deslizaba en toda su extensión, apacible, adormecedor e interminable: en una suerte de embrutecimiento, él miraba pasar el tren.

Al acercarse al blocao, silbó para avisar. En cuanto volvió a bajar de aquella cresta, cesaban como por encanto el bambolear del convoy y el estruendo de la batalla. Una débil bruma de calor temblaba aún sobre la calzada ardiente de la tarde; una docena de

cuervos picoteaban sobre el sendero, bajo un sol ahora desgarrado por las ramas. El pensamiento de castillo mágico, de *isla* preservada volvía a florecer a su pesar, se filtraba todavía como una loca esperanza.

—Uno no se da cuenta de gran cosa —dijo cuando se hubo introducido en el blocao—. Siguen los bombardeos sobre el Mosa. De todas formas —añadió con demasiada rapidez, encogiéndose de hombros— antes de la noche sabremos qué pasa.

Bebieron por turno de la cantimplora de Gourcuff, con seriedad, y volvieron a ocupar sus puestos. Olivon sacudió sobre el cemento las últimas gotas de la cantimplora vacía, sin decir nada. «Ya están al tanto —pensó Grange asombrado—. O han adivinado. Por mi voz». A su pesar, sentía el corazón un poco más aligerado.

Transcurrió casi otra media hora más. En el blocao se había instalado un silencio delgado, el silencio de los ojos aguzados, que no pesa tanto como el de los oídos tendidos, el silencio de un obrador absorto en delicados trabajos de aguja. Cada minuto, Grange, a quien estorbaba la estrechez de la tronera para enfocar sus gemelos, empujaba a Hervouët con el brazo y pegaba el ojo un momento al visor del cañón; ya no se movía nada en la penumbra del hormigón, a no ser aquella guerra infantil y solapada, a codazos. La luz amarilleaba. La grava del camino, que por la tarde quemaba las pestañas a través de la estrecha tronera, se volvía con la lejanía suave para la vista y pulposa como la arena del mar; los matices del atardecer se imprimían uno tras otro en el fondo de los ojos abrigados con delicadeza china de cámara oscura. Un delgado y estremecido trazo, dibujado en ágil cursiva, atravesó el blanco sendero y se perdió en el margen de hierba: una marta. Hubo después un momento de silencio tranquilo. Luego, de repente, los cuervos se echaron a volar, como los cuervos de Wotan, y un cándido ronroneo, contento de susurrar en el suave atardecer, un ronroneo inocente despertó en el fondo de la alameda.

—¡*Cuidado*! —lanzó Gourcuff a Hervouët con un breve ladrido.

El ronroneo no se apresuraba en comparecer; se tomaba su tiempo. Se oyó con claridad al conductor cambiar de velocidad al abordar el lado invisible de la pendiente, y de repente algo inesperado en aquel ronroneo demasiado ligero y demasiado rápido hizo que Grange se llevara la mano al bolsillo, tanteando nerviosamente en busca del cuaderno de siluetas.

El vehículo se perfiló de repente, mucho más lejos de lo que se hubiera pensado: una negra y estrecha silueta, medio devorada por el temblor de la ruta. Estrecha y frágil: frágil. Primero creció perfectamente inmóvil, y después, mientras comenzaba a bajar insensiblemente, derivó hacia el borde del camino y se plantó de un frenazo, limpiamente, ante el límite del campo de minas, con aquella perplejidad un poco cómica de la hormiga que husmea en el borde de un tablón.

—¡Paletos! —resopló Olivon a media voz, atontado.

—¡Tu padre! —cortó Hervouët. Con el ojo pegado al visor, acariciaba malévolamente la rueda de apuntar—. *Es un verde*.

El capó, tras haber husmeado el obstáculo, volvió a deslizarse suavemente, y de repente cabeceó sobre el badén más pesadamente de lo que se hubiera pensado. «No es un *turismo* —pensó Grange—; una camioneta». El capó, ahora en el llano, crecía muy deprisa, erguido y muy sombrío, en una especie de carga belicosa, taurina —*levantado*— como si estuviera resoplando vapor por la nariz. «¡Ahora!», pensó Grange. Una última duda atroz le retorció el vientre, pero de repente, a diez centímetros de su mejilla, vio la boca de Hervouët que se abría lentamente, como en una caseta de tiro.

—¡Ya! —exclamó.

El disparo salió con una dureza tan brutal que Grange, tendido junto al cañón, creyó sentir que el impacto le destrozaba el hombro. Una lóbrega sacudida estremeció al vehículo, que vomitó de repente por la parte superior un ramillete de largos filamentos de papel, como serpentinas, y después el capó se inclinó hacia la banqueta de

la derecha cayendo de nariz, como si se alojara, pero sin volcar, y se inmovilizó completamente contra la espesura.

—¡En los morros! —ladró Gourcuff con los dientes apretados, y con el petardeo sobresaltado y furibundo de una motocicleta que arranca en un garaje estrecho, vació sobre los restos la mitad de un cargador.

En el círculo de los gemelos, tras el parabrisas hecho añicos, los asientos aparecían vacíos, pero las ramas que surgían de la espesura impedían verlo con claridad. Uno de los neumáticos delanteros había reventado. Y por lo demás, la primera ojeada hacía inútil cualquier pregunta: el coche estaba muerto, tan muerto como solo un hombre puede estarlo, ya desposado con las hierbas locas, borrado, desgastado por una decoloración lívida que debía de ser el polvo de vidrio del parabrisas destrozado; el vehículo parecía ya envuelto en telarañas. La matanza había dejado a Grange las manos sudorosas; una barra fría le aplastaba la nuca; sentía contra sí el relente de sudor áspero y nuevo que surgía del chaquetón de Hervouët. El olor a pólvora le picaba brutalmente en la nariz, y los tópicos no mentían: era embriagador.

—Vete a ver —dijo Grange a Olivon—. Por la galería y la espesura. Nosotros te cubrimos.

Muy silenciosos tras sus armas recargadas, siguieron la figura de Olivon que se colaba por entre la espesura. Avanzaba con una lentitud abominable: hubieran querido empujarle con la mano. Ahora había refrescado: las manchas de sol se apagaban una a una sobre la carretera. El silencio que había regresado era aquel petrificado que sigue al chasquido de una bofetada: se advertía que una especie de cólera fría y descomunal se iba acumulando mortalmente en alguna parte antes de explotar.

«No es tanto eso de: "nos van a matar" —pensó Grange humedeciendo con su lengua sus encías secas—. Es curioso; sería más bien: nos van a *castigar*».

Por los gemelos vio a Olivon saltar a la parte trasera de la camioneta, y regresar luego al blocao corriendo por el camino.

—Hay dos —dijo, sin aliento—. Jóvenes.

Arrojó en la caja de cartuchos dos charreteras de color gris verde, dos gruesos revólveres de tambor, de un modelo anticuado, y algunas placas de color gris claro, semejantes al cartón de embalar: galletas de *knäckebrot* de centeno, que crujían en la boca con un gusto agrio e insípido: una comida triste.

—No —añadió, un poco avergonzado—. No había papeles.

—¿Y la carga?

—Cartillas militares, eso debía de ser, mi teniente —dijo con aire molesto—. Cajas repletas de cartillas militares.

Y añadió con voz ni alta ni baja:

—Debe de haber para toda una división.

Se miraron unos a otros, desconcertados.

—¡Mierda! —dijo al fin Hervouët, aterrado. Un fantasma oscuro y espantoso, el fantasma de lo *sagrado*, volvía a surgir de repente en pleno bosque desde las profundidades del cuartel: habían puesto su mano sobre los arcanos. Las consecuencias eran imprevisibles.

Descorcharon una botella de la *reserva* y volvieron a sus puestos. La atmósfera era pesada y ahora el vino tinto les pesaba en el estómago. El olor a pólvora rancia volvía a caer áspero y frío sobre el húmedo hormigón. El último reguero oblicuo del sol ascendió sobre la espesura a la izquierda del camino, luego se apagó, y de repente la perspectiva entera y friolenta pareció bascular en el atardecer. Y después, otra vez, sin darse prisa, como un avispero que se despierta tarde, la lejana aspillera de la carretera soltó un segundo ronroneo. Y en aquella ocasión un desagradable estremecimiento les recorrió a flor de piel. El zumbido invisible infestaba el atardecer, e incluso los bosques, a su alrededor, parecían volverse menos seguros y hostiles, y hormiguear de repente por todos sus senderos escondidos.

El rugido del motor se desvaneció antes de alcanzar la cresta, pero otro le relevó casi enseguida. Al hilo de la carretera y tras la corta pendiente, a veces empinada y otras moderada, el conciliábulo envenenado de los rugidos ya no cesaba.

—Quizá hayan establecido una desviación a través del bosque. Con toda seguridad, han establecido una desviación a través del bosque…

Grange aguzaba el oído, intentaba persuadirse estúpida y desesperadamente, de que los rugidos torcían hacia la izquierda. De repente, una granizada pesada y brutal abofeteó de lleno el hormigón, y Grange, que miraba por la tronera, vio de repente un ramillete de luciérnagas, que surgía de la tierra y se abría enloquecido a través de las ramas, arrastrando detrás de sí un maullido múltiple, enfurecido y desesperado.

—¡Dios! —dijo Olivon con voz blanca—. Balas trazadoras…

Y de nuevo ya no se oía en el hormigón más que el áspero resoplar de establo que surgía de sus narices.

—¡Tira una ráfaga! —lanzó Grange a Gourcuff, nerviosamente.

Gourcuff meneó la cabeza. Al contraluz, aparecía como *incensado* junto al fusil ametrallador, como un viejo y miserable caballo.

—¡No se ve nada!

La voz era como un gemido infantil y angustiado.

—¡La espesura, al fondo! ¡Rocíales!

No hubo tiempo. Un choque lóbrego y cercano que retumbaba en pleno pecho, un seco paquete de deflagración explosiva, se aplastó contra el blocao, seguido de cascadas de un líquido tintineo de cristales rotos. De un solo golpe, los sacos terreros que cegaban la tronera se desparramaron, abriendo una brecha barrida por una blancura sucia y siniestra, en toda la profundidad del hormigón. Y frente a aquel día desnudo que por allí brotaba, lo último que vio Grange fue a Hervouët que daba marcha atrás paso a paso, muy lentamente, un poco pálido, hacia el muro del fondo, como si un ángel, a pesar suyo, le hubiera empujado por la espalda.

—Ya es el momento de larg…

«*Ha sido dentro* —pensó Grange—. No, ha sido fuera… No, ha sido dentro». No había demasiado humo. Bajo aquel latigazo que le había golpeado con cierta violencia en la pantorrilla y en la parte superior del muslo, se había dejado instintivamente caer al suelo,

casi blandamente, como un boxeador que *rueda tras el punch*. No se sentía gravemente alcanzado. Miraba encima de él, a través de aquella polvareda de cementería que se aferraba a la garganta, al cielo grisáceo de hormigón descascarillado a golpes de pico entre sus rebabas rectilíneas, con redondos desconchones más claros. No experimentaba más que un sentimiento de vacío en la cabeza y de frescura en las sienes, lo cual era el lado casi atractivo de aquel desmayo y —ya más allá— una relajación y un alivio que no eran más que el sentimiento de una página vuelta y un día acabado.

Grange empujó a Gourcuff hacia la trampilla de la galería, y una vez dentro hasta medio cuerpo en la escalera, se volvió para echar un último vistazo al blocao. Desde que había estallado el obús en el interior del bloque de hormigón, no había sentido prisa en ningún momento; se sentía preservado de modo inexplicable. Los cuerpos de Olivon y Hervouët estaban tumbados sobre el jergón; el capote que habían arrojado encima se había quedado demasiado corto: antes de dejar los rostros tapados y las piernas al descubierto, lo que inspiraba a Grange no sabía qué extraña sensación de ridículo, habían estirado el capote hacia abajo, solamente, y para no ver las caras habían acostado los cuerpos de lado, los dos juntos con el rostro vuelto hacia el hormigón. Grange palpó en su bolsillo las dos placas de identidad que había desatado de sus muñecas: las oyó tintinear contra una hebilla de metal pesado: la llave de Mona. El blocao era una ruina de yeso, donde el pie tropezaba con chatarras retorcidas; el polvo que ya volvía a caer pesadamente cubría de ceniza los pliegues del capote y trenzaba una sórdida nieve en las desgarraduras de la tela. Aquel polvo le irritaba. Se izó de nuevo a través de la trampilla, sacudió rabiosamente el capote y luego lo arrojó otra vez hacia aquellos rostros. Después se deslizó en la galería sin volverse, y volvió a cerrar la trampilla sobre su cabeza.

Al salir de la galería, el interior del bosque todavía aparecía claro. Se orientaron con la brújula de Grange y se hundieron en la

espesura en dirección oeste. Los ruidos de motores habían regresado sobre la carretera, y tras ellos, hacia la casa fuerte, sonaban voces que se llamaban a través del bosque, tranquilas y relajadas, como los cazadores que se llaman mutuamente después de la batida. Avanzaban, doblados, a través de la maleza apretada y flexible de las ramas de mayo, provocando tras ellos un surco bastante ruidoso de madera quebrada. Pero eso apenas les inquietaba; las voces a su espalda se iban apagando poco a poco; persistía, casi embriagador, aquel extraño sentimiento de inmunidad que suele darse entre los heridos y los presos. De cuando en cuando se detenían, agotados, y bebían de pie un sorbo de la cantimplora de Gourcuff. Todos sus pensamientos, de golpe, se habían puesto a correr por sí solos en otra pendiente. La guerra continuaba, pero se deslizaba ya muy lejos, con aquel ruido lánguido de las últimas gotas de un chaparrón que se secan en el cristal.

—¿Qué harás, después de la guerra? —preguntó Grange casi distraídamente.

Hablaban como se suele hablar en el andén de una estación, con la mente en otra parte, en el momento en que enganchan la máquina, y cuando un enlace va a precipitar adioses indiferentes.

Frente a ellos, el terreno comenzaba a hundirse suavemente: abordaban las gargantas de Braye, cuyo trazado, que rasgaba la meseta, venía a morir a poca distancia por detrás de la casa fuerte. Por aquel lado, el bosque era una tupida espesura de castaños jóvenes; a través de los rígidos tallos que apartaban con la mano, el camino se volvía agotador. A cada momento, el fusil de Gourcuff tropezaba en el entramado de las ramas; soltaba un taco; los faldones flotantes de los capotes se enganchaban en los zarzales; la funda de la bayoneta y las cantimploras tintineaban en la espesura como el rajado carillón de un rebaño que baja del monte.

«No llegaremos nunca —pensó Grange casi despreocupado—. Además…».

Su pierna empezó a hincharse y a hacerse más pesada. Se detuvo para cambiar el vendaje, y arrojó en la espesura las gasas

sucias. Cuando se apoyó en el talón, un dolor punzante, agudo y lancinante, se le hundió hasta los riñones; volvió a tomar aliento largamente, con los ojos cerrados y las sienes frías, secándose con la mano la frente húmeda de un sudor malsano. El bosque empezaba a oscurecer; en el cielo, que ya palidecía, dos o tres estrellas líquidas temblaban ya en la punta de las ramas. Habían cesado los ruidos de las voces y de los motores. La sangre que había perdido le dejaba flotar, con la cabeza ligera, en la tranquila noche que avanzaba. Caminaban hacia el Mosa. Pero ya no era demasiado importante llegar al Mosa. Ya no era muy importante llegar a ninguna parte. Contra la áspera tela que se frotaba contra la piel, sentía en su muñeca el ligero estremecimiento aterciopelado de la fiebre, todavía casi voluptuoso.

—Para —murmuró a Gourcuff, tirándole de la funda de la bayoneta, cuyo tintineo le horripilaba—. Tengo sed.

Ya no tenían en sus cantimploras más que vino tinto: nada más probar esta vez el líquido rasposo, una náusea instantánea le retorció el vientre, como si hubiera tragado serrín. Intentó enderezarse, pero su pierna se dobló por debajo, repentinamente acribillada de agujas. Se levantó el pantalón hasta la rodilla, hinchada, dura, veteada por leves placas azuladas. «Sin duda un trozo de metralla que no he advertido», pensó. Se reclinó en el musgo contra un brote de castaño, con la pierna extendida recta frente a él. Otra vez un acceso de sudor helado le humedeció con su rápido roce, descendió desde sus sienes hasta el vientre. Al pasar la mano por detrás, bajo el cinturón, para aflojarlo, la retiró pringosa de sangre: también le habían alcanzado en los riñones.

—Esto no va bien —dijo con voz tajante—. Déjame aquí.

Miraba a Gourcuff que, plantado delante de él, con las piernas abiertas, volvía a tapar su cantimplora con los labios entreabiertos y una perplejidad tan cómica que Grange sintió pasar en su interior, pero en la lejanía, como el fantasma de una risa que se deslizaba sobre su rostro sin dejarle moverse. De repente le llamaba la atención la torpeza de aquel hombre frente a la herida. Sin embargo,

en aquel momento, no le hubiera gustado tener una mujer a su lado.

—¡Vete! —reanudó con irritación—. Está ya anocheciendo.

Le tendió su brújula. Gourcuff, cabizbajo, seguía plantado frente a él; con la punta del zapato, removía las ramillas bajo el musgo, con aire indeciso. La noche caía rápidamente, borrando los rostros.

—Preferiría quedarme aquí —dijo finalmente Gourcuff con una mueca que parecía como las que indican el llanto. Tenía la brújula en las manos torpemente, como el platillo bajo la taza de café.

—No seas idiota. Lárgate. Te van a pescar aquí sin que sirva para nada. *Es una orden* —añadió Grange, con un tono que a su pesar sintió vagamente paródico. De nuevo le atravesó el sentimiento de que aquella guerra, hasta en sus menores detalles, remedaba algo, sin que se pudiera saber precisamente qué.

Tras unos segundos, Gourcuff meneó la cabeza, llenó una taza de vino y la colocó al lado de Grange, sobre el musgo; sacó de su morral un puñado de galletas, que envolvió en un papel de periódico. Luego reclinó a Grange cómodamente contra el castaño y le echó su manta por encima de las piernas. Grange adivinaba que estaba dando largas a propósito. Cuando ya no encontró nada que hacer, se acurrucó al lado del castaño, con las piernas cruzadas. Encendieron un cigarrillo con el mechero de yesca de Gourcuff. Había oscurecido ya; por precaución, cubrían con la concha del casco los diminutos puntos rojos que ya ardían en la oscuridad.

—Entonces, mi teniente, está bien, ya que usted lo quiere… —dijo Gourcuff una vez que se hubieron deseado buena suerte—. Si encuentro algunos compañeros por ahí, volveré a por usted —añadió con aire honesto.

Empezó a alejarse por detrás de los árboles con un paso cansino; un bulto pesado y torpe que se iba hundiendo poco a poco en la espesura de las vardascas. De cuando en cuando, se detenía y se volvía, y Grange adivinaba que estaba echando hacia él la mirada llena de pánico del perro que se larga, se vuelve y se descompone al ver de repente que ya no le llaman.

Escuchó durante largo rato los crujidos que se alejaban en la espesura, cada vez más débiles, y que se sumergían en el bosque como una piedra en el agua. Cuando se quedaba completamente inmóvil, su pierna apenas le hacía sufrir. La frescura que caía con la noche no se había vuelto aún desagradable. Maquinalmente mordisqueó un trozo de galleta, pero enseguida lo escupió: aquella harina con gusto de yeso se le pegaba a la lengua: otra vez tenía sed. Por encima, un resto de claridad verdosa se arrastraba todavía por entre las ramas; sobre el bosque caía la estupefacta tranquilidad del primer momento de la noche, antes de que despierten las pisadas de los animales nocturnos. A esta hora era solamente el bosque quien vivía aún, no los animales: de cuando en cuando, una rama parecía relajarse en la espesura tras el calor de la jornada, arrastrando detrás de sí un roce de palma lánguida y plumosa, como el de los jardines después de la lluvia.

«¡Qué ausencia!», pensó.

Los recuerdos se arremolinaban en su cabeza, y eran los de una extraña tierra sin hombres: recuerdos de caminatas por el bosque invernal, de algunas tardes en la casa fuerte donde tan solo se veían por la ventana bajo el sol brumoso las tibias gotas del deshielo que crecían una a una en la extremidad de las ramas. La guerra se deslizaba por allí, extraña e incongruente, a la manera de un tren rápido de noche cuyo estruendo crece brutalmente, se desliza por el horizonte y se apaga en campo abierto. Completamente tumbado en el suelo, el frío empezaba a apoderarse de él, pero le invadía una inexpresable quietud.

«Estoy bien aquí…», se dijo. De repente pensó que la guerra estaba perdida, pero fue de una manera apacible y distraída. «Estoy desmovilizado», soñó también. De repente se le ocurrió que las Falizes estaban muy cerca. La idea de una madriguera, de un lugar cerrado, se hacía poco a poco obsesionante; recordaba que todos los heridos se arrastran hacia una casa. Había un pozo de agua fresca, un pozo profundo, muy cerca de la casa de Mona. El sabor de

aquella agua negra le impregnaba la garganta; sentía en su boca aquel contacto frío y delicioso.

«Lo intentaré dentro de un rato —se dijo—, pero no enseguida. Necesito recobrar las fuerzas».

Meneó la cabeza dos o tres veces en la oscuridad, satisfecho de razonar tan bien. El sendero que llevaba a las Falizes debía de pasar muy cerca, en alguna parte hacia el este. Pero ¿dónde estaba el este? Recordó de repente que le había dado su brújula a Gourcuff: una breve cólera, demencial y testaruda, le sacudió contra el árbol; dos o tres gruesas lágrimas de ira se deslizaron por sus mejillas. Pero su pensamiento seguía a la deriva a su pesar, perdía las anclas: pensó que Olivon y Hervouët tal vez fuesen condecorados: nadie podía decir —nadie— que no habían defendido el blocao.

A título postumo, pensó. La fórmula le daba vueltas en la cabeza maquinalmente: le parecía un poco abstrusa, pero importante y hasta imponente, como esos sellos de los viejos pergaminos oficiales sujetos por el lazo de una cinta de seda. La fiebre regresaba; comprendió que si esperaba más ya no podría ponerse de pie. Bebió un poco de vino de la taza de Gourcuff, se metió las galletas en el bolsillo, y luego cortó con su cuchillo una rama de encina y se fabricó con ella un bastón. Después de algunos minutos de esfuerzos, consiguió levantarse: a condición de no doblar la rodilla, podía ayudarse con su pierna herida casi como con una pata de palo. El ladrido de un perro se oía a intervalos hacia la derecha, en la noche bastante clara; se introdujo en la maleza por aquel lado, y cien pasos más lejos desembocó en el sendero de las Falizes. Una prisa, una angustia infantil le arrastraba ahora hacia delante, arrancando paso tras paso su pierna enferma de los hoyos del negro sendero: estaba caminando hacia la casa como si lo estuvieran esperando. Cuando se detenía, con las sienes palpitando de fiebre, empapado en sudor, tendía otra vez el oído hacia el silencio de la espesura, asombrado de aquel mundo alrededor que dejaba huir al hombre como un montón de arena deja escapar el agua. Una debilidad le oprimió la nuca; tiró el casco: le alivió el aire fresco en

torno a su cuello. «¡Nadie! —se repetía—. ¡Nadie!». Otra vez tuvo ganas de llorar por sí mismo; tenía un nudo en el corazón. «Quizá voy a morir», pensó aun. Su espíritu se le atragantaba a su pesar, arrastrado por una creciente pesadez: ahora pensaba en la gangrena que se produce en las heridas infectadas; le asaltó de repente la idea fija y delirante de que su pierna se estaba poniendo negra: se detuvo, se tumbó en el suelo y empezó a levantarse la pernera del pantalón. «He olvidado mi linterna», pensó bruscamente, y de nuevo se vio sacudido en un extraño hipo por una cólera loca e impotente: inclinado hacia delante en las espesas tinieblas, intentaba a sacudidas de sus riñones doloridos acercar el ojo a la pierna. Sintió que iba a desmayarse —un reguero de sudor frío corría de su frente a sus riñones—, y acostado de lado vomitó sobre la hierba con pequeñas arcadas el vino tinto y el pedazo de galleta que había comido. Sin embargo, en cuanto estaba tendido e inmóvil, de nuevo sufría poco y sus fuerzas regresaban, y le invadía un sentimiento de tranquilidad y de estúpida felicidad, como si le llegara de la misma tierra. «Se diría que estoy convaleciente —soñó—. Pero ¿de qué?». Se quedó así tumbado más de una hora. Ya no tenía prisa por marcharse; miraba por encima las ramas de los árboles que abovedaban a medias el camino sobre un cielo más claro: le parecía que la noche se extendía delante de él con el reguero de aquella bóveda insondablemente larga y apacible, y se sentía perdido, pero perdido de verdad, fuera de todos los carriles: nadie le esperaría ya jamás, en ninguna parte. Aquel momento le pareció delicioso. Cuando el frío empezó a volverse insoportable, se puso de pie casi con facilidad. Enseguida el sendero pareció endurecerse bajo sus pasos, despertando en la negrura el eco amplio y apagado de una estancia vacía; antes de darse cuenta, se encontraba ya en el poblado: por aquel lado, las anchas paredes ciegas de las granjas parecían soldarse estrechamente a la espesura. A la entrada de la calleja a la que daba la casa de Mona se detuvo por última vez para escuchar. Aquí, las techumbres rígidas de los muros y de las casas que la recortaban parecían volver la noche mucho más nítida y

hueca. El silencio era absoluto, pero ya no era el del bosque. Era como un silencio viudo, repleto de ese matiz apesadumbrado y ciego que otorgan a la noche los voladizos en los muros de piedra. Tan solo hacia la derecha, allí donde se abría un poco el claro entre el villorrio y el bosque, los huertos trastornados por la espuma de mayo empujaban contra las casas negras una marea suave y respirable que elevaba la noche y la hacía crecer, inmóvil, bajo el cielo estrellado; al otro lado del pueblo, el perro se ponía a ladrar otra vez a intervalos, y de nuevo le asaltaba el sentimiento de tranquilidad suave y mágico que le había invadido en el camino. En la callejuela, se sintió de repente sin fuerzas, había arrojado el bastón y se aferraba con una mano a las estacas de los cercados, mientras que con la otra ya tenía la llave, envuelta en su pañuelo; el olor de los huertos se le subía a la cabeza. «Ya llego —pensaba—, ¡ya entro!». Sus dientes castañeteaban, y la llave temblaba en su mano, menos por la fiebre que por una delirante premura; de vez en vez se cogía la muñeca con la mano izquierda, intentando calmar aquellas locas sacudidas. «No voy a poder abrir», pensó, y sostenía con la mano su cabeza demasiado pesada. «No podré». Sin embargo tuvo fuerzas para cerrar la puerta detrás de sí, a doble cerrojo, y luego, en la espesa oscuridad, avanzó hacia el fondo de la habitación con las manos extendidas frente a sí, topó con la rodilla en el borde de la cama, y se derrumbó en ella boca arriba, con las piernas abiertas.

Permaneció durante bastante rato tendido e inmóvil; recuperaba el aliento; se calmaban los latidos de su corazón. Una claridad muy débil y gris se diluía ahora en la habitación, recortando el volante de la puerta y los corazones de los postigos. El edredón cedía mullidamente a su peso; se sentía allí agazapado como en el interior de un vientre; el silencio le parecía maravilloso, barnizado con un débil olor a cera, saneado por la fragancia salubre y amarga de la lavanda. Su cuerpo se recuperaba poco a poco en aquel silencio negro, y sus fuerzas volvían.

«¡Qué historia!», pensó. Se sentía todavía un poco aturdido, pero intentaba concentrar sus ideas; comprendía que la puerta que había cerrado tras él había marcado el final, se había cerrado como sobre un epílogo: su breve aventura de guerra había terminado. Lo que le llamaba la atención era el vacío que se había hecho a su alrededor; un vacío fantasmal, boquiabierto e inexpresivo que le aspiraba. Había echado a Mona. Olivon y Hervouët estaban muertos. Gourcuff se había marchado. La guerra se deslizaba muy lejos, muy insignificante ahora, devorada ya por aquellas sombras terrosas y pesadas que volvían a agazaparse en círculo. Miraba alrededor, todavía aturdido por el choque de su herida, cómo flotaba el agua pesada en la habitación enclaustrada que dormía de pie bajo la luna, aplastada por el silencio del campo. «¡Qué mudanza!», pensó. Intentaba recordar que había estado acechando desde su ventana durante todo el invierno, a lo lejos en la carretera con aquella fiebre, con aquella enfermiza curiosidad. «Tenía miedo y ganas al mismo tiempo —se dijo—. Esperaba que algo llegara. Hasta había hecho sitio para algo…». Y ahora sabía bien que algo había llegado, pero le parecía que no había sido real: la guerra continuaba escondiéndose detrás de sus fantasmas, y el mundo a su alrededor se vaciaba silenciosamente. Ahora volvía el recuerdo de las rondas nocturnas por el bosque, en la orilla de la frontera muda, de donde tantas veces había regresado hacia esta cama, hacia Mona. Nada se había encarnado. El mundo permanecía evasivo, guardaba un contacto algodonoso, blando, como el de los cuartos de hotel bajo la tétrica luz azul. Tendido en la cama, en medio de la oscuridad, en el hueco de la casa vacía, volvía a ser el ciego merodeador que había sido durante todo aquel invierno; seguía deslizándose por una linde crepuscular e indecisa, como cuando se camina por la noche a la orilla de una playa. «Pero ahora toco fondo —se dijo con una especie de seguridad—. Ya no hay nada más que esperar. Nada más. He vuelto».

«No debo encender la luz», pensó. Se puso de pie, buscó a tientas el tocador, encontró el jarro de agua colocado en medio del

barreño y bebió largo rato; sentía por momentos deslizarse por su lengua una delgada e insípida película de polvo; pensó que hacía menos de ocho días que había dejado a Mona. Después se tumbó sobre la moqueta y se lavó la herida. El agua se derramaba por el suelo sin ruido, empapando lentamente la espesa alfombra. El líquido frío le quemaba, pero después de lavar la llaga le pareció que el dolor se calmaba un poco: se volvió a poner de pie y bebió un poco más de agua. Una débil sombra gris parecía llegar hasta él desde el fondo de la habitación, y hacerle una señal; levantó la mano: la sombra en el espejo repitió el gesto con una extenuada lentitud, como si flotara entre vapores de agua; se inclinó hacia delante hasta casi pegar la nariz en el espejo, pero la sombra permanecía difusa, devorada por todas partes por la oscuridad: la vida no se reunía consigo misma: ya no había nada, sino aquel cara a cara un poco más cercano con una sombra velada que no podía llegar a divisar del todo. Sin embargo, algunos pensamientos que ahora le parecían repentinamente lejanos, seguían flotando algunos instantes en su cerebro: se preguntaba si Gourcuff habría llegado al Mosa. «Varin tenía razón en lo de las cureñas», se dijo con imparcialidad. Pero todo aquello le era indiferente. No pasaba nada. No había nadie. Solo aquella sombra tenaz, velada, que intimidaba flotando hacia él sin unírsele jamás, desde el fondo de sus limbos vagos; y aquel silencio que aturdía.

Sin embargo, un viejo cansancio le cargaba de plomo ahora la cabeza y le entumecía, y se sentía invadido por una pesada soñolencia. Se tumbó de nuevo por completo sobre el edredón, sin quitarse la ropa, con una pierna desnuda: el silencio se cerró sobre él como un agua tranquila. Recordó que a veces lo había escuchado tendido junto a Mona dormida: soñó con ella un momento más todavía; volvía a ver la carretera bajo la lluvia, allí donde la había encontrado, donde tanto habían reído cuando ella le dijo «¡Soy viuda!». Pero incluso aquel pensamiento no permanecía: le parecía que ella, a su pesar, regresaba a otras aguas más ligeras. «Más abajo —se decía—, mucho más abajo…». Todavía escuchó ladrar al

perro dos o tres veces más, y luego el grito de la zumaya en la linde más cercana a los bosques, y después ya no oyó nada más: la tierra a su alrededor estaba muerta como una llanura de nieve. La vida volvía a caer en aquel silencio dulzón de pradera de asfódelos, llena con el leve rozar de la sangre en la oreja, como en el fondo de una caracola el ruido de un mar al que jamás se llega. Al darse la vuelta pesadamente, escuchó el ruido de las placas de identidad que crujían en el bolsillo arrugado; se preguntó qué era lo que Olivon y Hervouët habían pagado con aquella fúnebre moneda. «Nada, desde luego», pensó. Permaneció un momento en la oscuridad con los ojos abiertos hacia el techo de par en par, completamente inmóvil, escuchando el zumbido de una mosca azul que tropezaba pesadamente en los muros y los cristales. Luego levantó la manta hasta su cabeza y se durmió.



Julien Gracq es el seudónimo utilizado por Louis Poirier para firmar su obra literaria. Nacido en Saint-Florent-le-Vieil en 1910, fue un estudiante brillante que obtuvo la licenciatura en geografía y en la Sección Diplomática de la Escuela de Ciencias Políticas. Ya en su juventud sintió una gran pasión por la lectura y predilección por Gide, Valéry, Claudel, Cocteau y el movimiento surrealista francés. En 1936 participó en las reuniones que prepararon las elecciones del Frente Popular y entró a formar parte del Partido Comunista, pero en 1939 dejó toda actividad política por su desacuerdo ante el pacto de no agresión entre el gobierno de Stalin y el de Hitler. Prisionero durante la Segunda Guerra Mundial, en 1947 ganó una plaza de profesor de historia que conservó hasta su jubilación en 1970. Su obra narrativa se inició en 1938 con la publicación de En el castillo de Argol. A ella le siguieron novelas como Un beau ténébreaux (1945), El mar de las Sirtes (1951, premio Goncourt), Los ojos del bosque (1958) y La Presqîle (1970); obras de teatro como Le Roi

Pêcheur (1949); y ensayos como Préferences (1961) o En lisant, en écrivant (1980). Algunas de sus novelas, como Los ojos del bosque o Un beau ténébreaux han sido llevadas al cine.

Notas

[1] Vamos a bailar por todos los cafetines / en la tierra firme. (*N. de los T.*) **<<**

[2] Taube: pichón en alemán. Así llamaban los franceses en la guerra de 1911-1918 a los cazas alemanes que bombardeaban París. (N. de los T.) **<<**